

Emèt

Nicola Viceconti

Emèt

El deber de la verdad

Nicola Viceconti



ACERCÁNDONOS
EDICIONES

Viceconti, Nicola

Emét : el deber de la verdad . - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Acercándonos Editorial, 2015.

160 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1750-61-0

1. Literatura Italiana. I. Título

CDD 850

Fecha de catalogación: 22/04/2015

Edición:

Acercándonos Ediciones

de Cooperativa de Trabajo Comunidad Limitada

Ronedau 1651, Cdad. Aut. Bs As.

Traducción: *Mena Provenzano*

Web: www.acercandonoscultura.com.ar

Fan Page: *Acercándonos Cultural*

Twitter: *@mcacercandonos*

Primera edición de 500 ejemplares, abril de 2015.

Hacemos libros soñando un mundo mejor ...

Ojalá que este ejemplar colabore a ese fin.

***Los personajes y los eventos de esta novela son ficticios,
y por tanto no corresponden a personas y situaciones reales***

Deseo agradecer a Mena Provenzano por su trabajo de traducción, sentido, atento y preciso, a través del cual logró transmitir mis pensamientos en Argentina.

Agradezco a Rafael Di Maio por su importante aporte en una primera revisión del texto en castellano y a los amigos Patrizia Coleti, Roberta Di Clemente y Claudio Pontellini por haber prestados sus voces, dándole vida en el booktrailer a los protagonistas de la novela.

Concluyo agradeciendo al editor en Buenos Aires de “Acercádonos Ediciones” por haber creído en mi enésima obra literaria.

*Es hacia la verdad hacia donde corremos, la pluma y yo,
la verdad que siempre espero que me salga al encuentro,
desde el fondo de una página en blanco*

Italo Calvino

EMÈT - VERDAD

La verdad o emèt es el sello de Dios según los rabinos. Las tres letras de estas palabras son la primera, la del medio y la última letra del alfabeto judío. La verdad tiene que ser plena y lo suficiente grande como para contener todas las letras, todas las palabras, toda la vida. Aplicando las técnicas de Kabbalah, si quitamos la נ (valor negativo, = no) de las otras dos letras מות (muerte) se puede interpretar de esta manera: la no verdad conduce a la muerte; detenerse, no hacer lo posible para entender y comunicar, es una forma de morir.

En cambio, שקר shéqer o el «falso» está constituido por tres letras unidas una a la otra hacia el final del alfabeto. Éstas constituyen un pequeño círculo cerrado en el cual se critica y se susurra entre sus hendiduras, impidiendo que la luz de la verdad pueda deslumbrar en su interior. El sello divino de la verdad nos manda ser honestos y vivir con integridad. Esta se refiere a cada aspecto de nuestra vida, desde los negocios hasta la manera en la cual expresamos nuestra fe en Dios. En la Biblia, emèt se utiliza sólo en base a una profunda e inexorable convicción, que tiene una fuerte relación con la palabra emunàh o “fe”. La veracidad de nuestra perspectiva se demuestra en cómo se mantiene tal punto de vista. En definitiva, las cosas por las cuales estamos dispuestos a vivir y morir se convierten en nuestra verdad personal. Es con este espíritu que la liturgia judía agrega la palabra emèt a la conclusión del shemà, confirmando nuestro testimonio personal a la verdad de Dios.

Maria Rosaria Fazio
(Estudiosa de mística judía)

La noticia

Página 12, edición del 4 de febrero de 2014

Un artículo de cinco columnas llamado “Helene Sanz: la diva engañada” ocupa toda la página de la sección de cultura. Lo leo atentamente con un nudo en la garganta y al final exhalo un suspiro de alivio. Bien realizado, escrito con un lenguaje claro, directo, atento a no caer ni siquiera por un momento en sensacionalismo. El reportaje reconstruye cuidadosamente una increíble historia adornada con discretas reflexiones. Es mi historia.

Termino de leer, vuelvo a doblar el periódico y lo dejo sobre la mesa del porche. Voy hasta el teléfono y hago dos llamadas; concisas como un comunicado de prensa. Llamo primero a Sara, mi hija, luego a la redacción del periódico. Le agradezco a las dos.

Voy a la cocina y me preparo un fernet con hielo. Estoy sola, agarro el vaso y lo levanto como si estuviera haciendo un brindis pensando en los años venideros. ¡Quién sabe cuántos me quedan por vivir! Bebo todo de un golpe y de repente me contagia una extraña alegría. Me dan ganas de reír mientras acerco mi espalda a la pared; cierro los ojos y me quedo así, inmóvil, en silencio. El único movimiento que hago es el de girar la mano con la que sostengo el vaso; el único ruido que se escucha es el tintinear de los cubitos de hielo que golpean suavemente el cristal.

Regreso al porche y abro nuevamente el periódico; la página sigue siendo la misma y mi mirada cae una vez más en el artículo, lo leo de nuevo, enfocándome en la última frase.

“...quiero que el mundo sepa la falsa realidad en la que viví en todos estos años...”

Y más adelante: “...*Lo que hice fue un gesto de valor también, de quien tomó la decisión de luchar contra todo tipo de intento en ocultar la verdad acerca de la historia de este país*”.

Aunque por diferentes motivos, tengo por un momento la sensación de parecerme a aquellas madres que dedicaron su vida a la búsqueda de la verdad sobre sus hijos desaparecidos. Siento su coraje, su fuerza y por fin entiendo lo que significa vivir en una Argentina libre y valiente.

El artículo está firmado con dos letras: A.H.

Son las iniciales de Alicia Hernández, una joven *free lance* bastante conocida en el mundo del periodismo porteño. Además de colaborar con uno de los periódicos más importantes del país, esta periodista escribe también para un par de revistas culturales y es experta de teatro. La conocí hace unos meses gracias a la presentación de un libro sobre la historia de *Les Luthiers*.

Aquella noche yo era la invitada de honor y mi testimonio como actriz, nacida y crecida en el escenario tuvo la intención de reflexionar sobre el futuro del arte de la actuación en un período de crisis. Acepté la invitación aunque no compartía totalmente la visión pesimista del presentador. Siempre he tenido una particular admiración por el teatro y considero denigrante compararlo de igual modo a un viejo moribundo incapaz de levantarse. Siempre idealicé al teatro como una relación de amor entre el actor y el espectador, una unión auténtica y sólida, capaz de superar cualquier dificultad. El teatro no padece de crisis, pero sí puede cambiar de rostro, se maquilla nuevamente a través de su natural cambio estético. Sus altos y bajos nunca representan un desamor por parte del público, sino más bien, estos mismos altibajos memorizan los tiempos fisiológicos de los actores para conquistar cada vez más espectadores con nuevas representaciones.

Un experto de publicidad habría definido mi participación como pura estrategia de marketing. Pero para mí fue nada más que una pequeña

contribución al enorme mosaico cultural. Terminé mi intervención entre los aplausos de las numerosas personas presentes luego de haber improvisado una breve interpretación de “*Las manos sucias*” de Jean Paul Sartre. Una vez más sentí haber transmitido la magia en la actuación.

—¡Muy bien Olga! — alguien exclamó en voz alta desde el fondo de la sala.

Me emocioné escuchándome llamar así.

Pasaron casi cuarenta años del éxito de la obra teatral en la cual había interpretado Olga “*la protectora*” y, aún hoy día, encuentro algún viejo admirador que me recuerda así.

Al final del evento, Alicia Hernández se me acercó y me preguntó: “*Señora Sanz, si usted pudiera volver atrás, ¿tomaría las mismas decisiones?*”

Dudé unos segundos antes de responder. La joven periodista se refería a mi carrera artística en Europa y seguramente no tenía idea de que desde ese momento hasta no mucho después, una pregunta tan simple se habría colado hasta lugares recónditos de mi vida privada, despertando dudas e interrogantes que llevaba a rastras desde hace años. Las mismas que pude aclarar sólo unos días después gracias al encuentro con un total desconocido.

A diferencia de otras periodistas que me habían entrevistado para preparar un artículo sobre aquel evento, Alicia Hernández no tomó ninguna nota, me escuchó con atención y al final me agradeció con beneplácito. Fue una conversación agradable, en la cual ella manifestó su particular interés en todo lo que me concernía, omitiendo completamente los contenidos de mi intervención. Sólo después fue que confesó ser mi admiradora y que habría hecho cualquier cosa para

escribir sobre mí. No olvido sus palabras y hoy la agradezco por lo que hizo, por el reportaje que escribió, por la ayuda que me dio.

Existen verdades importantes que aunque pertenecen al círculo privado de una persona, tienen un significado histórico y social que no pueden permanecer encerradas en un cajón.

Mi historia es una de éstas, de interés por toda la colectividad y hacerla pública, fue un deber moral.

Entonces lo hice por un sentido de justicia y sobre todo por una forma de respeto hacia este maravilloso país al que amo con todo mi ser y por el cual daría toda mi vida. Tuve que exponerme en primera persona para hacerlo, aprovechándome de la popularidad que me acompaña desde hace ya unos años. No se trataba de una entrevista biográfica para complacer a un artista salida de escena, ni de una desesperada necesidad de protagonismo de una vieja diva del teatro. Se trataba de una denuncia, una verdadera revelación. Siempre he pensado que Hernández fuera la persona exacta para hacer pública mi verdad. Conozco a varios periodistas que se habrían precipitado para obtener la exclusiva, pero la elegí a ella, sin dudarle. A pesar de su joven edad, Alicia es una periodista seria, atenta y sobre todo, conoce la historia del teatro, elemento indispensable para escribir sobre mí.

Su estilo periodístico se mezcla entre la literatura y la investigación y sus artículos parecen salir de las novelas policiales. Por este motivo habrá aceptado escribir sobre mí; sin embargo, la historia que le había adelantado y que me ayudó a terminar antes de publicarla, se parece a una novela policial que había amontonado porque no tenía un final.

Lo de las historias incompletas tiene que ser una habilidad mía. Me pasa sobre todo con los libros. Empiezo a leerlos con mucho interés sin lograr terminarlos. El porqué de esta costumbre no depende de un escaso gusto por la lectura. Me encanta leer y me parece genial plas-

mar el producto de la imaginación en hojas de papel. El hecho es que no logro digerir los finales predeterminados y cuando llego a leer la mitad de las historias cierro el libro y sigo adelante autónomamente con la fantasía. Es como si tomara prestado la idea principal del autor y desarrollara la historia desde mi perspectiva, dejando que el punto de vista del autor desaparezca en la nada o se pierda en los agradecimientos del libro. En algunos casos me limito a saltar las últimas páginas, en las cuales casi siempre se encuentran las reflexiones del autor.

Pero, en el final de mi historia la realidad superó la imaginación. Tiene que ser una capacidad de los pueblos que viven en esta parte del mundo, donde todo lo extraordinario logra meterse con mucha naturalidad en cada aspecto de la vida. Pero no es fácil de entender cuando la realidad irrumpe sin avisar, como me sucedió a mí.

En mi opinión, elegí a Alicia Hernández porque se parece a mí cuando tenía poco más de veinte años. Habrá sido por sus largos cabellos negros, recogidos en un foulard, así como los llevaba yo, o por su piel clara. O quizás habrá sido por su sensual y elegante delgadez, pero en Alicia reencontré algo de mi juventud que casi había olvidado.

La semana pasada, cuando la llamé para pedirle de encontrarnos, ella estaba en el centro. Estaba recopilando información para un artículo sobre los artistas callejeros de Plaza de Mayo. Se oía la música de los acróbatas, y los gritos de alegría de los niños. Ella tampoco quiso saber el motivo por el cual la llamé. Estaba dispuesta a encontrarme directamente el día después en mi departamento. Ninguna de las dos iba a imaginar que pasaríamos juntas toda la noche.

La esperé en el porche, en compañía de Lulú, mi vieja gata. Me senté en el sillón buscando las palabras adecuadas para empezar a contar la historia de mi vida. Se trataba de resumir acontecimientos del pasado que creía haber enterrado.

No logré abrir los cajones de la memoria ya que un trueno imprevisto me hizo saltar. Levanté mi mirada al cielo y noté unas enormes nubes acercándose por el horizonte. Eran oscuras y amenazadoras, como el ruido del viento que las acompañaba. El servicio meteorológico lo había previsto y en la radio habían anunciado varias veces la alarma sobre la posibilidad de lluvia en la ciudad de Buenos Aires. Bastaron pocos minutos y la luz dorada de la tarde de verano se oscureció, mientras en el aire húmedo que provenía del frío sur, se sentía el fuerte olor a lluvia que estaba por llegar.

Y como pasa siempre que llueve en Buenos Aires se manifiesta un espectáculo surreal: las personas en las calles se parecen a unas hormigas enloquecidas, de repente el tráfico aumenta, el sonido de las bocinas se vuelve insoportable y un frenesí colectivo se apodera de la ciudad. Desde la calle se levanta inevitablemente un concierto de sonidos y de voces.

Para ver mejor me acerqué a la ventana y moví la cortina. Había una escapatoria caótica general, y en unos minutos la plaza estaba completamente vacía. Sólo un vendedor ambulante permaneció allí, concentrado en recoger sus cosas; todos los demás ya habían ido cargando rápidamente sus mercancías en camionetas. Un poco más allá, un perro corría feliz detrás de una hoja de un periódico llevada por el viento. Era un cachorro blanco de dogo con una mancha negra en el hocico. Sonreí pensando en su ingenuidad, luego me entristecí. Tarde o temprano él también habría terminado de soñar, la cruda realidad de la vida lo habría llevado a tener que distinguir entre los objetos y las cosas animadas y, como yo, dejaría de correr detrás de las apariencias, para así probar por primera vez el sabor de la decepción.

Decepción, ¡Qué palabra tan rara! Su significado es flexible, tanto como para incorporar otros conceptos que al igual que las matrioskas,

no dejan de aflorar, si se remueve una. Un término que abarca el desaliento, el desengaño, el fracaso y, ¿por qué no?, la frustración. La decepción es un puño en el estómago si alguien te la provoca, pero es una carga en la consciencia si nace dentro a partir de decisiones equivocadas. Voy a morir preguntándome qué habría podido hacer para evitarla.

Reconocí a Alicia Hernández mientras se bajaba del taxi que se había parado al otro lado de la plaza. Abrió el paraguas con dificultad a causa del fuerte viento, tomó de su cartera unos pesos y se los dio al taxista. Cruzó la calle, intentando conseguir la dirección, luego levantó instintivamente la mirada como si hubiera advertido mi presencia y me ubicó detrás de la ventana. El portón estaba entrecerrado y le hice señas para que pasara. Cuando abrí la puerta me encontré con su sonrisa limpia, sincera, la misma que yo tenía a su edad. Fue en ese entonces que pude observarla mejor y me di cuenta de lo interesante que era y me paré unos segundos para mirarla, llevaba una camisa blanca con un pantalón de lino del mismo color arena que se ajustaba suavemente distribuido a sus formas delgadas y un fino collar de oro blanco sobresalía del escote de la camisa exaltando su gracia.

—Buenos días Señora Sanz —me dijo estrechándome la mano.

—Vení querida, ¡ponéte cómoda! Y no me llames señora Sanz, me hacés sentir más vieja de lo que soy.

—Está bien Helene —contestó apoyando una mano en mi hombro.

—Eso, así está mejor —agregué.

Pasamos al porche y cuando Alicia se dio cuenta de la presencia de Lulú, que se había apoderado del sillón, no pudo evitar alabarla.

—¡Es maravillosa! —exclamó sentándose.

—Sí, linda y prepotente —respondí —cuidado. Por lo general no es tan sociable con los extranjeros.

Alicia la tomó en sus brazos y empezó a acariciarla. Bastó poco para que Lulú y la joven invitada llegaran a ser amigas.

—Te preguntarás el motivo por el cual te llamé —dije mientras me encendía un cigarrillo.

—¡A decir verdad, no! Acepté sin hacerme preguntas. Soy su admiradora y estar aquí me parece un sueño.

—Te agradezco Alicia por las lindas palabras... pero te contacté para contarte una historia.

—Imaginaba que fuera algo referente a mi trabajo. ¿Quiere hacer una entrevista?

—Más que una entrevista, quisiera revelarte una verdad inquietante.

—¡Entonces es el relato de una verdad! —agregó.

—Sí, quizá sea la definición correcta —contesté después de haber reflexionado un momento sobre su precisa observación.

—Me imagino que se refiera al teatro.

Hubo una pausa en la cual Alicia se quedó esperando mi confirmación.

—No, no exactamente. Lo que quiero hacer público se refiere a mi vida privada.

—¿Algo en particular?

—¡Sí! El caso Tomasi.

Alicia se quedó callada. Por un momento creí lanzarme por un sendero demasiado desconocido para ella. Efectivamente todavía no había nacido cuando apareció el nombre de Tomasi en los periódicos de Buenos Aires, pero tuve que cambiar de opinión inmediatamente.

— ¿Está hablando de Diego Ernesto Tomasi, su esposo?

— ¡Sí!

Alicia agarró el cuaderno de su cartera, mientras la liberé de la intromisión de Lulú que plácidamente se había dormido en sus piernas. Estábamos listas, o al menos habíamos establecido nuestro punto de partida.

El caso Tomasi

La historia que conocía Alicia sobre el caso Tomasi era la que recordaban todos los argentinos con buena memoria: la misma que yo también conocía hasta el día de la verdad. Aunque desde aquel momento sentía repugnancia hacia mi esposo, de igual manera decidí hablar una vez más de él para reconstruir los hechos desde el día de su desaparición.

Diego Ernesto Tomasi fue asesinado cruelmente el 14 de enero de 1964 en la entrada de un bar, en una calle aislada de Mercedes, en la provincia de Buenos Aires. A pesar de ser una joven actriz, ya gozaba de una discreta notoriedad en el mundo del teatro y la noticia no pasó inadvertida ante la prensa. Los periódicos hablaron fervientemente de ello por tres semanas y luego el caso pasó al olvido.

“*¡Homicidio por robo!*” sentenció el comisario encargado de la investigación. Y los acontecimientos inherentes a su muerte estaban inmersos en un hilo de misterio que fueron archivados diligentemente.

Inclusive muerto, Diego Tomasi siguió ocupando un lugar central en mi vida, ilusionándome de que fuera él el hombre que siempre había deseado, justo el compañero de vida que quería a mi lado.

¿Era en verdad el amor que siempre soñé? ¿O simplemente tenía la ilusión de probar un sentimiento tan noble?

Si tan sólo hubiera tenido más cuidado sobre algunos aspectos, habría podido dar una respuesta a estas preguntas y, quizás habría podido recuperar ya desde hace tiempo la libertad perdida.

Diego Tomasi era el hombre equivocado, el polo opuesto que habría tenido que evitar desde el primer encuentro. Lamentablemente, pequé

de ingenuidad y por años pagué las consecuencias. Las sombras de su asesinato y de nuestra breve relación se quedaron en mi piel marcadas a fuego.

Cuando decidí revelar todo a Alicia, asumí la responsabilidad de suministrar un resumen real de los acontecimientos. Mi objetivo era también el de agregar testimonios de las emociones y sensaciones que viví en estos años. Para no disipar mis estados de ánimos decidí dosificar las informaciones, contándole un poco a la vez, detalladamente, como si reviviera de nuevo aquellos momentos. Incluso la decisión de empezar con la fecha de aquel misterioso crimen no fue casual. Fue un momento que representó un cambio importante en mi vida.

—Un triste acontecimiento —exclamó Alicia.

—¡Sí! Un homicidio siempre es triste, sobre todo cuando no se encuentra al culpable.

—O a los culpables —agregó ella.

Bastó aquella simple observación para darme cuenta que Alicia conocía los detalles de la prensa.

El interés y la admiración hacia mí tanto como actriz como mujer, probablemente la llevaron a documentarse con cuidado sobre el delito y a leer todos los artículos que la prensa dedicó a la historia. Hacía referencia al testimonio de un viejo borracho, el único testigo que la policía encontró en el lugar del delito. Cuando el comisario interrogó al hombre, dio una versión confusa de los hechos y, al final, su relato fue juzgado como insignificante para las investigaciones. Se esfumó la esperanza de conseguir algún indicio y pronto los investigadores se encontraron en un callejón sin salida.

—Habrías tenido que ver cómo se agitaba aquel viejo cuando intentaba explicar a los agentes “*Eran dos... los vi con mis ojos... ¡Eran dos!*”, repetía asustado mientras lo subían al patrullero.

—Sí, recuerdo sus declaraciones, pero era un pobre viejo borracho —comentó Alicia, remarcando ella también la inutilidad de aquel testimonio.

—Así es, por este motivo nadie le creyó... —agregué.

—¿Qué significa?

—Nada querida. Me pregunto sólo qué resultado habría tenido el caso Tomasi si hubieran hecho caso a sus palabras.

Sólo entonces Alicia levantó la cabeza y me miró; en sus ojos podía leer una curiosidad casi tangible.

—No entiendo —me dijo con la mirada perpleja.

—¿Cómo podés no entender? ¡El viejo decía la verdad!

Alicia se quedó callada por un momento. Luego, como un río desbordado empezó a hacerme mil preguntas.

—¿En serio fue así? ¿Entonces eran dos asesinos?

—No, no exactamente... —contesté.

—Helene, ¿Hay progresos en las investigaciones?

—No... no, es que lo que escribieron los periódicos no era exacto. ¡La dinámica del homicidio es completamente diferente a la versión que sabemos!

—¿No habrán abierto de nuevo el caso? preguntó con los ojos bien abiertos por el asombro.

No contesté.

La insistencia de Alicia en querer conocer la verdad sobre el caso Tomasi me mezcló las ideas y no pude seguirla más. El ritmo agitado con el cual me hacía las preguntas no me dejaba tiempo para reflexionar. Exhalé un profundo suspiro: fue entonces que me di cuenta de haber empezado con el pie equivocado. El episodio del testigo no podía ser contado así rápidamente. Necesitaba describirle también la relación con Diego, hablarle de nuestro primer encuentro, de nuestra

pasión en común por el arte, del amor hacia el barrio de Palermo. Y, lo más importante, la decisión de vivir en este departamento.

No había ni siquiera empezado a contarle las cosas y ya me parecía que no lo estaba haciendo como habría querido.

Alicia reconoció mi incomodidad y bajó la intransigencia de la curiosidad periodística. Le expliqué que el episodio del viejo borracho era sólo uno de los muchos casos abiertos. Había otros detalles, no muy claros de igual manera, a esclarecer.

—Te voy a contar todo, una cosa a la vez, así asimilarás bien la historia y vas a poder escribirla con precisión.

—Está bien —dijo.

—Sólo te pido que prestes atención a cada palabra como parte de una verdad que vas a reconstruir solamente al final, cuando te des cuenta de que también un pequeño detalle, aparentemente casual, te será útil.

Alicia asintió.

Me dio sed y fui a la cocina a tomar la tetera que había dejado enfriando en la heladera. Lo serví en tazas de porcelana en una bandeja junto a unos alfajores y caramelos de cebada. Mientras tanto, afuera, la tan anunciada tormenta se desató en todo su ímpetu, granizo y lluvia empezaron a golpear asiduamente sobre los vidrios de las ventanas. Alicia y yo permanecemos inmóviles, en silencio, dejándonos dominar por el ruido amplificado que provenía del techo del porche. Así trascurrieron unos minutos, luego retomamos la conversación de manera más coloquial y despreocupada. Me tranquilicé y la naturaleza de aquel momento dejó nuevamente espacio a mis recuerdos.

Empecé a contarle lo de la llamada con la cual la policía de Mercedes me convocó urgentemente para informarme del homicidio. Eran las dos de la tarde y no tenía noticias de mi esposo desde hacía unas

horas. Había salido de casa el día anterior, en la madrugada, después de haber recibido una extraña llamada. A decir la verdad se trataba nada más de una de las muchas llamadas perdidas que desde hace una semana llegaban sin parar en cada hora del día y de la noche.

Alicia me interrumpió pidiéndome si en aquel período había notado algo raro en la actitud de mi esposo. Le contesté que al principio había pensado en alguien que se equivocó de número, pero sólo más adelante empecé a dudar de que Diego me estuviera escondiendo algo. Pero nunca habría imaginado que aquel toque representara una señal para él.

De hecho, Diego se levantó de la cama como un resorte, se vistió rápidamente y se fue. No tuve tiempo ni siquiera de preguntarle adónde iba. Entre dormida y despierta oí el ruido de la puerta que cerró, antes de que bajara con prisa por las escaleras.

Pasé las primeras horas de su ausencia con un raro presentimiento, mientras las preguntas sin respuestas empezaron a atormentarme: ¿Por qué salió sin dejarme ni siquiera un mensaje como solía hacer? ¿Por qué tan a prisa? Y sobre todo, ¿Quién le hacía el toque muchas veces al teléfono?

Preparé el almuerzo y lo serví en la mesa como si él estuviera por llegar de un momento a otro. Luego, me asomé a la ventana con la esperanza de verlo entre las pocas personas que estaban en la plaza a esa hora. Eché una rápida ojeada y angustiada volví a entrar. Si él hubiera estado entre aquellas personas lo habría reconocido sin problemas. Un pedazo de hombre como él no pasaba desapercibido ni siquiera a un desconocido, y ni hablar de mí que en aquel período estaba perdidamente enamorada.

—...Pero él no llegó... —susurró Alicia.

—De Diego, ni la sombra.

—¿Discutieron? ¿De verdad no le dijo nada antes de salir?¿Ni una palabra?

Su pregunta me sorprendió. ¿Cómo se le pudo escapar un detalle tan importante? Diego Tomasi era mudo y todos lo conocían como el pintor silencioso. Fingí no entender y proseguí:

—...entre nosotros no había una tal crisis como para justificar su repentino alejamiento. ¿Querías saber esto, verdad?

—Exacto.

—Esa mañana Diego salió de la casa sin siquiera despedirse de mí.

Alicia me leyó el pensamiento.

—Disculpe Helene por haber metido la pata. Se me olvidó de que su esposo tenía serios problemas de salud y de que no hablaba.

Sonreí pensando en el juego de palabras que utilizó para evitar un término más directo.

—Tranquila querida, no hace falta utilizar eufemismos: ¡Todos sabían que Diego Tomasi era mudo!

Le ofrecí más té y luego le expliqué a Alicia que Diego casi nunca salía solo de la casa, a excepción de algunos breves paseos por el barrio, pasaba los días enteros encerrado en la casa leyendo y pintando.

—Se colocaba justo allí —le dije indicándole una esquina del porche.

—¿Aquellos son suyos? —me preguntó mirando hacia los cuadros que se entreveían en el comedor.

—No, los suyos los dejé en la bodega esperando que alguien se los lleve o los quemé —contesté con desprecio.

Fue la primera manifestación de odio hacia Diego. Una actitud impulsiva que tuve que reprimir para no arruinarlo todo. Me prometí a mí misma no cambiar el orden de las cosas a decir y, sobre todo, no utilizarla a ella para desahogarme. Su papel era preciso: le confié la tarea de reescribir la historia de mi vida y también para agregar una pieza a

una verdad que pertenece a todos. Habría sido una estúpida si hubiera empleado este encuentro principalmente para criticar a Diego Tomasi. Lo más importante era revelar el oscuro secreto que aquel hombre había ocultado durante toda una vida.

—¿Sus cuadros tenían valor? —me preguntó Alicia, enfocándose una vez más en el tema de la pintura.

—¡Sí! Diría que sí. Diego Tomasi era un buen pintor. Lo afirmó también German López, uno de los mejores críticos de arte de Buenos Aires.

—¿Y entonces por qué los quiere tirar?

Me di cuenta de que no le hice entender a Alicia que mi principal objetivo era el de borrar las relaciones con el pasado y de alejarme de cada referencia material o espiritual hacia Diego. Y de alguna manera, los cuadros representaban nuestro anillo de conjunción.

—¿Qué hay de tan raro? ¿No le contentaba el hecho de que la tomara como fuente de inspiración en sus pinturas? —me preguntó ingenuamente.

—Sí, hace mucho tiempo me sentía orgullosa de ello, aunque no siempre apreciaba su loco y oscuro talento.

Cerré los ojos y la imagen de su última pintura se me apareció bruscamente. Representaba a una mujer con una expresión de terror con la intención de cruzar rápidamente la calle con un niño en brazos. En el fondo, se destacaba un enorme edificio blanco bajo un cielo nublado.

Sentí un escalofrío en la espalda como si tuviera hielo bajo la camisa. Abrí los ojos asustada y sólo entonces borré la imagen de aquella mujer sustituyéndola por el rostro claro y tranquilizador de Alicia.

—Te lo ruego, ¡Terminemos con la pintura de Diego! Ya dediqué bastante tiempo hablando de sus cuadros.

—De acuerdo Helene, de no haber sido por una de sus viejas declaraciones no le habría preguntado nada sobre el señor Tomasi como pintor.

—¿A qué te referís? ¿Cuál declaración?

—La que dio en una entrevista hace un par de años hablando de su esposo. Usted dijo que él se expresaba a través de la pintura, de que ésta era su voz. ¿En verdad era así?

Eché a reír y el eco de la risa resonó en la pieza. Llegó el momento de revelarle a Alicia la primera noticia impactante sobre el pintor silencioso.

—Eso fue lo que creí durante todos esos años, que la pintura fuera su voz pero desde cuando descubrí la verdad, sus cuadros se convirtieron en gritos insoportables que mis oídos no quisieron escuchar nunca más. Por tal motivo los saqué de las habitaciones.

Alicia anotó rápidamente algo en su cuaderno y luego volvió al tema principal de la entrevista.

—¿De qué verdad me está hablando?

—¡Del engaño! Fue toda una mentira: ¡Diego Tomasi no era mudo!

Silencio sepulcral. Alicia no se esperaba tal noticia y me miró atónita. En ese momento se dio cuenta de cuánto fuese complicada la historia que había apenas empezado a contarle.

—Y ésta es sólo la primera de sus mentiras —agregué.

Dejé asentar la noticia en su mente un instante antes de retomar la palabra. Mientras tanto me encendí otro cigarrillo y llevé a la cocina la bandeja con los vasos sucios. Cuando volví, la encontré de pie recostada a la ventana mirando afuera distraídamente.

—¿Cómo se puede mentir sobre algo semejante? —me dijo sin siquiera mirarme.

—Yo también me lo pregunté cuando me enteré.

—¡Es increíble! La engañó por dos años.

—Dos fueron los que vivió conmigo. Antes y después actuó su papel con otros.

—¡Un monstruo! —exclamó Alicia.

—Sí, vení que te cuento lo demás.

Nos sentamos de nuevo, listas para retomar después de la breve pausa. Eran las siete de la tarde, había terminado de llover y el sol volvió a calentar el aire a pesar de la hora.

Alicia tenía razón: Diego era un monstruo y no solamente por actuar durante dos años el papel del esposo mudo. Toda su vida fue un engaño, empezando por su misma identidad. Y yo que había creído en la historia del accidente de sus padres, ¡un desastre del cual él se salvó milagrosamente! ¿Cómo pude creer en aquel cuento tan imaginativo como falso que me escribió en una carta para explicarme la causa de su mudez?

“Tenía trece años cuando vi con mis ojos la muerte de mis padres. Se precipitaron con el auto en un despeñadero después de un vuelo de más de treinta metros. Yo estaba allí en la curva con mis tíos. Pasé las vacaciones con ellos y mis padres pasaron a buscarme. Pero aquel encuentro resultó fatal. El auto mantuvo velocidad continua coleándose por el ripio hasta dar con la baranda. Nunca se supo si fue por un fallo en los frenos o por el estallido de un neumático, apenas le dio tiempo a mi tío de tomarme por un brazo y correrme para sacarme de la trayectoria. Vi la expresión de miedo en el rostro de mis padres antes de que desaparecieran en el vacío. Grité con todas mis fuerzas. Un grito de dolor tan potente que me hizo perder la voz para siempre.”

Describí a Alicia la escena tal como me la había contado Diego. Obviamente, ella quedó conmocionada.

—Es serio y vergonzoso lo que hizo ese hijo de puta —se me escapó.

Mi esfuerzo por mantener la calma no sirvió para nada. La rabia se apoderó de mí: la sentía crecer en el estómago como la espuma. Sentí la misma sensación de inquietud cuando volví a entrar en esta casa después de haberla dejada por más de cuarenta años. No sabría decir dónde encontré el valor y la fuerza para retomar algo que era mío y darle un borrón y cuenta nueva a mi pasado.

Bastó poco desde que me había enterado de quién era Diego Tomasi para querer borrar cada rastro suyo. Empecé con los cuadros: los quité uno a uno de las paredes, luego limpié los cajones con todos sus objetos y tiré la ropa que quedó en el armario como reliquias en un museo abandonado. Superé cada inhibición psicológica que me había tenido como rehén por años. Actué por instinto, el peor de ellos, aquel provocado por la ira, que no deja lugar a ningún replanteo y logré finalmente dar el primer paso, el más importante, el comienzo de un nuevo camino. El día siguiente llamé a un equipo de obreros para acomodar la casa y dentro de una semana volví a vivir allí.

En cambio, para purificarme de mis errores tuve que enfrentar un camino más complejo. Mientras en el departamento tuve que cambiar los muebles y repintar las paredes para tener una sensación de renovación, en el ámbito personal fue necesario trabajar sobre la consciencia, intentando racionalizar lo más posible para no perder la cordura. Esto también para evitar mancharme con la pintura indeleble del arrepentimiento por haber descuidado cada posibilidad de salvarme de una miserable vida llena de engaños. Aún hoy, a pesar del apoyo de mi hija, una parte de mí cree que tal vez habría podido hacer algo para

evitar todo esto. Por eso pagué un precio muy alto mis sentimientos de culpa, sintiéndome como si hubiera sido violada físicamente y moralmente, pisoteando mi dignidad. Un abuso por el cual no hace falta pasar horas duchándose para borrar las marcas de la violencia. Las cicatrices, sobre todo las del alma, permanecen por tiempo. Sólo se pueden mitigar haciendo un trabajo interior, un poco a la vez. Así hice durante todos estos años, intentando reaccionar.

Pero de eso le habría hablado a Alicia en otro momento. Para no perder el hilo en la reconstrucción de los acontecimientos, volví a hablar de aquella tarde cuando me llamaron de la policía.

—Entré en un estado de pánico y empecé a temer lo peor —dije.

Alicia leyó de nuevo sus notas.

—¿Mientras, no recibió noticia alguna de Diego?

—No. Silencio total. Me parecía vivir una pesadilla, de ser víctima de una situación que ya no podía controlar más. Luego, instintivamente agarré el teléfono y llamé a todos los que tenía en la agenda: amigos, conocidos, dueños de las tiendas donde solíamos ir, para preguntar si alguno de ellos lo hubiese visto en las últimas horas. Recibí sólo respuestas negativas: Diego simplemente se esfumó.

—¿Y luego?, ¿Qué pasó?

Me quedé así por un tiempo indefinido hasta cuando la voz de Pier, el coreógrafo de la compañía teatral, me llevó a la realidad. “*Helene, Helene... ¡Apuráte que te están esperando!*” gritó desde la calle haciéndome señas para bajar.

Aquella tarde teníamos que ensayar para el espectáculo que habíamos organizado para la nueva temporada teatral. Me asomé a la ventana y en aquel preciso momento llegó la llamada. Creo que tenía un aspecto horrible, pues, hasta Pier se dio cuenta y viéndome en aquel estado cambió su expresión. Intentó preguntarme algo pero lo paré

enseguida. No quería parecer preocupada y mostré una forzada desenvoltura. Luego le hice una seña con la mano, que se adelantara, que lo alcanzaría en el teatro. Tal vez en aquel momento me ilusioné de que la cosa hubiese tenido un desenlace positivo, pero me equivoqué. A Pier no le dio tiempo de cruzar la calle pues mis gritos de desesperación lo obligaron a regresarse para socorrerme.

—¿Fue él quien la llevó a Mercedes? —preguntó Alicia.

—Sí.

—¿Cómo le comunicaron la noticia?

—Con una frase común y fría: “...¿*Usted es la señora Sanz, la esposa de Diego Tomasi? Su marido fue víctima de una agresión...*”

—Entonces con la frialdad de un comunicado... —comentó Alicia sarcásticamente.

—Sí...Al menos tuvieron la cautela de no decirme que ya estaba muerto —le contesté.

—Creo que es la praxis. En casos de asesinatos prefieren siempre hablar en persona con los parientes de las víctimas.

—...te aseguro que aunque durante la llamada nunca mencionaron la palabra homicidio, la voz del policía resonó en mi mente como un anuncio de muerte que me persiguió por todo el viaje.

—Debe haber sido terrible —comentó Alicia.

—¡Sí! Mercedes está a más de una hora de Buenos Aires.

Llegamos alrededor de las tres de la tarde a una atmósfera surreal. Atravesamos la ciudad, las calles estaban desiertas y las pocas tiendas que había, estaban todavía cerradas. Una vez en el centro, Pier pidió información a un vendedor ambulante.

“¿*Vinieron por lo del asesinato de aquel miserable?*”, preguntó el hombre.

Pier murmuró algo esperando que yo no lo hubiera oído. El vendedor agregó con un tono morboso:

“¡Lo mataron con un tiro de pistola! ¡Aquí, justo aquí!”, dijo señalando con el dedo en medio de la frente.

Fue así que me enteré de la noticia de la muerte de mi marido. Fue como una ducha de agua fría que de repente me quitó el aliento, inevitablemente. Una sensación sofocante invadió mi cuerpo dejándome inmóvil. Dejé caer mi cabeza sobre el espaldar y abrí la ventanilla intentando tomar un poco de aire para no desmayarme.

“Sigán derecho por la calle S. Martín hasta el Monumento del Pescador. No hay manera de perderse, encontrarán a la policía allí aún...”.

Aquellas palabras me cayeron como piedras. Hice señas a Pier de seguir adelante; él me miró con una expresión entre incredulidad y compasión, luego prosiguió rápidamente. Tardamos poco tiempo en llegar a la escena del crimen: la acera fue acordonada y un par de policías estaban completando las inspecciones en todo el cuerpo, antes de llevarlo a la morgue del hospital Dubarry. Diego yacía en el suelo, cubierto con una sábana blanca de la cual sobresalía una mano. Reconocí su reloj.

A la altura de la cabeza, sobre el asfalto caliente, un reguero de sangre relucía bajo los rayos del sol. Detrás de las barricadas, algunos curiosos se congregaron para presenciar lo que parecía la escena de una película de suspenso, demasiado atrevida para la realidad de una ciudad como Mercedes. Un poco más allá, el dueño del bar hablaba y gesticulaba ávidamente con los oficiales. Su esposa, una mujer de media edad que se encontraba con él en el momento del homicidio, repetía todo. Ambos declararon haber oído un disparo y haberse lanzado a la calle para ver qué estaba pasando. Encontraron el cuerpo de Diego en

la entrada de su local mientras Pablito, el viejo borracho del barrio, gritaba asustado desde el otro lado de la calle. Los dos afirmaron inclusive haber notado en el fondo de la calle a alguien alejarse con un ritmo acelerado.

Bajé del auto y el comisario vino hasta donde estaba yo.

Me contuvo por unos minutos antes de dejarme acercar a Diego para reconocer al cadáver.

—Fue el momento más triste —expliqué a Alicia.

Cuando el oficial descubrió la sábana, apareció ante mis ojos una escena aterradora. De repente sentí mi cuerpo ceder y se me desplomaron las piernas, como si se hubiera abierto un agujero en el suelo. Pier tuvo que atajarme para evitar que cayera.

—Los periódicos hablaron de un tiro de pistola a quemarropa. ¿Fue así?

—Sí. Diego tenía un hueco en el medio de la frente, exactamente como había dicho el vendedor.

—Debe haber sido terrible. Helene, dejémoslo así... —dijo Alicia para no hacerme revivir el dolor de aquel momento. Recordar tal episodio no representaba más que una fuente de dolor para mí, así que proseguí:

—Pier agarró mi rostro entre sus manos intentando consolarme, mientras las lágrimas caían sin parar bajo los lentes. Aquel llanto fue la confirmación de haber reconocido al cadáver. Sólo entonces el comisario hizo seña al policía para cubrir el cuerpo con la sábana.

Detalles

Permanecí inmóvil ante el cuerpo de Diego, encerrado en la silueta de tiza dibujada sobre el asfalto. Miraba su mano que por distracción dejaron descubierta a los ojos de todos. Me detuve recordando las veces en que la acariciaba o la veía mover con ligereza mientras Diego pintaba. La movía en el lienzo alternando movimientos lentos y repentinos, como hace un director de orquesta cuando susurra el latido de una melodía a sus músicos. Instintivamente, cerré los ojos y apreté mi mano, creyendo tomar la suya. Por un momento probé la sensación de tocarlo físicamente, o esto fue lo que creí. Ese fue nuestro último contacto.

Hacía dos horas que Diego había muerto y su cuerpo todavía estaba caliente. En el breve momento que logré entreverlo bajo la sábana, noté los músculos relajados de la cara, como si alguien acabara de hacerle un masaje en el rostro hasta hacerlo parecer unos años más joven. Si es verdad lo que dicen que la última expresión del muerto desvela el estado de ánimo que la víctima tenía poco antes de morir, entonces Diego debía estar distraído cuando lo mataron. Su rostro estaba inmóvil, sin expresión; las arrugas y líneas de expresión alrededor de la boca desaparecieron casi del todo y no tenía más esa inconfundible mirada y ceño fruncido. La única marca evidente era el hueco en la frente.

Incluso la mano parecía menos huesuda: la piel en el dorso estaba suave, como si estuviera cubierta con una fina capa de cera. Las yemas de los dedos tocando el suelo, estaban duras como pedazos de madera, y el dedo medio estaba cubierto por un vendaje que por más que me esforzara en recordar, estaba segura de no haberlo visto nunca.

El reloj de oro de Diego relucía a la luz del sol; noté la correa floja y

las manecillas aún en movimiento. Las ironías de la vida, pensé... El fino ruido del tiempo de un lado y el silencio del descanso eterno del otro, tan cerca, inalterados en su contradicción. En ese momento perdí la idea que tenía sobre el tiempo de la muerte como a un tiempo finito, y a pesar de que el reloj reproducía sólo un movimiento mecánico, ese suave desplazamiento me causó la impresión de que bajo las sábanas Diego estuviera vivo aún.

Me perdí en el laberinto de mis pensamientos cuando de repente la voz de Pier irrumpió.

—Vamos Helene —me susurró al oído.

Delante de nosotros muchos ojos seguían observándonos. Los numerosos espectadores permanecían en las barreras como unos buitres sin perderse nada del espectáculo. Esperaban con calma cualquier otra sorpresa que les satisficiera la curiosidad morbosa que les obligaba a quedarse en la escena del crimen. Los miraba desde una perspectiva en tercera persona, como quien se encuentra allí por error, esperando tarde o temprano despertarme definitivamente de una pesadilla.

Mientras tanto el comisario se acercó a Pier y los dos empezaron a conversar. Se distanciaron un poco, pero aun así, logré captar el mensaje de su conversación:

—¿... Usted es Pier Meunier? —preguntó el comisario.

—Sí, soy yo.

—¿Es un amigo de la Señora Sanz?

—Sí, nos conocemos desde hace varios años.

—La señora está muy dolida y no me parece el caso de oprimirla más en este momento. Hay algo que quisiera saber, ¿puedo robarle unos minutos?

—Claro que sí comisario, puede hablar conmigo. —contestó Pier.

El comisario encendió un cigarrillo, hizo seña a unos agentes de que no quería ser molestado y prosiguió:

—Fue asesinado en plena luz del día, no sabemos con precisión cómo aconteció, pero conforme a los primeros hallazgos nos parece que fue una ejecución en su totalidad.

—Lo que pasó es terrible señor comisario... ¡Es terrible! —repitió Pier.

—Sí, un homicidio de este tipo es algo fuera de lo normal por aquí. —Respondió moviendo la cabeza —¿Usted conocía bien también el señor Tomasi?

—Sí, era un hombre tranquilo y nunca hizo daño a nadie. Me pregunto quién puede haberlo asesinado.

—Es pronto aún para poder dar una respuesta, ¡aunque es evidente de que nos encontramos delante a un ajuste de cuentas!

—¿Un ajuste de cuentas? —Exclamó Pier —¿Pero de qué me está hablando? Conocía bien al señor Tomasi y puedo asegurarle de que era una persona respetada y que sobre todo, no tenía enemigos.

—No pongo en duda pero en esta primera fase no podemos descartar ninguna hipótesis. ¿Usted comprende, no? ¡Puede ser todo y el contrario de todo!

—Sí, pero...

—Escuche señor Meunier —intervino el comisario con un tono de voz más determinado —investigar sobre todo es mi trabajo y nunca me he equivocado en cuarenta años. Déjemelo a mí, ¡le aseguro que tarde o temprano vamos a descubrir algo! Usted sólo tiene que ayudar a la señora Sanz.

El comisario buscaba desesperadamente un indicio, una señal, algo, cualquier cosa que arrojara luces sobre un homicidio muy complejo: de la dinámica de los hechos a la credibilidad del único

testigo y, sobre todo el misterio del móvil. Justo sobre este último detalle, con el pasar de las horas, la hipótesis del robo enunciada al principio ya perdía su coherencia. A pesar de que el asesino hubiese vaciado la billetera de Diego, aún quedaba un gran pedazo del rompecabezas en manos de los investigadores: El reloj.

¿Por qué el ladrón dejó un botín de tal valor? ¿Y por qué prefirió llevarse sólo un puñado de pesos? Un verdadero experto no hubiera dejado un Rolex de oro del '36. “*¡Un ladrón extraño!*” dijo repetidas veces el comisario en el lugar del crimen. Pero, al mismo tiempo, el asesino no parecía tampoco ni estúpido, ni improvisado: realizó un trabajo limpio y no dejó pistas. No podía ser inexperto.

—Le garantizo que vamos a hacer todo lo posible para descubrir la verdad, sólo tiene que tener confianza. dijo el comisario.

—¡Es increíble! —agregó Pier.

—Cada crimen tiene una historia increíble detrás de sí.

Pier estaba tan confundido como yo. Lo vi con el rabo del ojo mientras se secaba una lágrima y se esforzaba para mantener la calma.

—...Y referente al funeral, ¿Qué puedo decir a la señora Sanz?

—Harán falta al menos tres días para la autopsia, sólo hasta entonces el cadáver será devuelto a la familia para el sepelio.

Los dos se despidieron, el comisario se volteó y estaba por alejarse pero se regresó como quien olvida hacer una última pregunta.

—Que usted sepa... ¿El señor Tomasi salía con otra mujer?

Al oír esas palabras sentí un golpe de rabia y lo fulminé con la mirada. El comisario bajó la suya y disimuló como si nada hubiese ocurrido. Permaneció así esperando la respuesta de Pier. Una confirmación de tal insinuación ridícula habría abierto la pista de un caso de crimen pasional.

Pier sabía que Diego y yo éramos muy fieles, pero no contestó, quizá

porque no se esperaba una tal intromisión a mi vida privada. Sin embargo, aquel silencio producto sólo de su sensibilidad y de una actitud de confianza en mí, el comisario lo consideró como una aprobación. El malentendido que se creó dejaba lugar a la asunción de poder investigar el móvil del homicidio en una doble vida amorosa de Diego.

—¡Cuidela! —dijo el comisario con compasión antes de despedirse definitivamente de Pier.

“¡Cuidela”. Repetí esa frase sin saber que desde aquel momento tendría el papel de la viuda, entre la indiferencia y la compasión de todos. Era joven y no me imaginaba que la desaparición de Diego hubiera podido llevarme a la peor de las soledades. Y si hasta entonces creía que la muerte no podía dejar a nadie una herencia ya tuve que cambiar de opinión. Diego me dejó el testigo, tal cual como hacen los corredores en un maratón.

Además, por lo que se refiere al apoyo de los demás puedo decir que sólo Pier estuvo a mi lado en cada momento, mientras la gran audiencia de amigos y conocidos desapareció dejándome sola actuando en el triste y real escenario de la vida. Cuántas veces pensé en las palabras de mi abuela: “*Nos quedamos solos llorando al muerto*”, repetía resignada haciendo referencia al luto de su esposo. Yo era joven y todavía no comprendía el verdadero significado de aquel consejo; sólo después de muchos años su mensaje me fue más claro.

Mientras tanto llegó un auto de la policía con las sirenas a todo volumen. Un agente retiró las barreras y el auto pasó deteniéndose a unos metros del cuerpo de Diego. Bajaron dos hombres de los asientos posteriores: el magistrado y el médico forense. El comisario les dio una rápida bienvenida estrechándoles la mano, luego se detuvo a hablar con el primero de los dos para aportar un resumen de lo acontecido.

Sacó de sus bolsillos dos bolsas de plástico: en una estaba la cartera y el documento de identidad de Diego, y en la otra, las llaves del auto que habían encontrado a tres cuadras de distancia.

En cambio, el médico forense se dirigió directamente hacia el cadáver para cumplir con su tarea burocrática de constatar el deceso. Pasó delante de mí sin ni siquiera darse cuenta de mi presencia, apoyó la valija en el suelo, movió la sábana, echó una rápida ojeada y empezó la inspección externa desde la cabeza del cadáver. Todo esto duró unos segundos antes de que la policía forense se lo llevara para la autopsia. Sólo entonces habrían confirmado la verdadera causa de la muerte destacando elementos importantes y útiles para la investigación. El médico tocaba el cuerpo de Diego como a un chamán, manoseaba el cuello con los dedos, luego los sienes y por fin los párpados. Un procedimiento de controles mecánicos que había hecho quién sabe cuántas veces. Luego anotó algunos detalles en una hoja y se movió para llevar a cabo la revisión en las otras partes del cuerpo. En ese punto, el médico descubrió completamente al cadáver por unos instantes. Recuerdo aquel momento como a una verdadera pesadilla y no sabría decir si me dolió más ver a Diego en el suelo o la actitud indiferente del médico delante aquel cuerpo sin vida.

Observé a Diego hipnotizada, en una total indiferencia. Las voces de los demás me rodeaban como ráfagas de viento, las oía lejos, así estaría de concentrada en la escena que acababa de ver. La sensación era la de haber notado algo raro en su cuerpo, algún detalle que sin embargo no lograba discernir. Era como si mi mente hubiera agarrado mensajes subliminales difíciles de descifrar. Tuve que esperar un poco más antes de entender. Sólo me di cuenta de que tenía una incontenible necesidad de quedarme allí, al lado de Diego. Se trataba de una exigencia momentánea provocada por la imposibilidad de aceptar la

triste realidad de los acontecimientos que me estaban abrumando vertiginosamente.

La imprevista muerte de mi marido me parecía absurda y a pesar de que había revisado con mis ojos la existencia de aquel hueco en su frente y que el médico hubiera confirmado el deceso, no aceptaba su muerte. Como los incrédulos delante al milagro de la resurrección de Lázaro, yo también quería verlo antes de llorar al cadáver. Fue entonces que me acerqué nuevamente al cuerpo y con un gesto rápido removí del todo la sábana. Los presentes murmuraban sobre mi actitud irracional y enseguida un oficial me quitó la sábana de la mano y la puso de nuevo sobre el cadáver.

Había observado a Diego otra vez y ésta fue muy relevante. Fue en aquel momento que logré detectar algunas peculiaridades en su ropa. Nunca antes había visto esa camisa y esos mocasines de color marrón. ¿Por qué Diego estaba vestido así? ¿Y de dónde tomó esa ropa?

Me adelanté desorientada hacia el auto, mientras empecé a dudar sobre una posible relación extraconyugal suya, la misma hipótesis que dijo el comisario a Pier. Era una idea absurda, lo sé. Diego me amaba locamente y su vida giraba en torno a la mía. Él me acompañaba a todas partes, con una paciencia extraordinaria, me llevaba a los ensayos, a los debuts teatrales y salía con mis mismas amistades. En resumidas cuentas, era mi sombra. Sin embargo tenía que encontrar respuesta a mis interrogantes.

¿Qué tenía que hacer en Mercedes? ¿Y con quién tenía que encontrarse esa mañana?

Cuando uno intenta buscar una explicación a hechos que no tienen una razón aparente, se corre el riesgo de crearse una película con la fantasía y así me pasó esa tarde: muchas suposiciones empezaron a galopar en mi cabeza como caballos en estampida.

Antes de entrar en el auto, me crucé una vez más con la mirada del

comisario y noté que los dos estábamos pensando en la misma cosa.

—No es posible —pensé — ¡No puede ser un crimen pasional!

No había ninguna mujer por todo eso. El viejo, aunque estuviese borracho, habló de dos hombres: uno era Diego y el otro tenía que ser su asesino sin duda alguna. Los dueños del bar, en su opinión afirmaron haber visto un hombre alejarse con un ritmo acelerado de la escena del crimen, sin considerar a fin de cuentas que dos amantes nunca habrían elegido un lugar como Mercedes para encontrarse. Ese no es absolutamente el lugar ideal si se quiere pasar incógnito. Ya se sabe que en el pueblo apenas piensas en algo, y ya se entera todo mundo. Si hubiera habido en serio una aventura entre amantes, ¿qué lugar habría sido mejor que el centro de Buenos Aires? Allí es seguro que ciertas cosas se las lleva el viento, entre la indiferencia de todos.

Al anochecer partimos para Buenos Aires. Pier manejaba sin decir una palabra, entre nosotros sólo había un silencio avasallante. Además de la desesperación por la muerte de Diego, empecé a enojarme pensando en la última mirada del comisario. Tal vez porque, por primera vez, un ojo externo fue capaz de destapar la verdadera naturaleza de la relación con mi marido que, más allá del sentimiento manifestado, era todo un engaño. Pero yo ignoraba todo, hasta ese momento.

Un raro cumpleaños

La tragedia de la muerte de Diego me cayó encima como una gran piedra y la semana después de su funeral fue la peor de mi vida. En esos días se hizo más cierta la idea de dejar el departamento que habíamos compartido e irme de Buenos Aires después de poco tiempo. Era frágil y muy ingenua como para resolver el misterio sobre su homicidio y así me dejé llevar por el dolor hasta perder la capacidad de no organizar nada, incluso la más fútil de las cosas. Permanecí en el departamento en una deliberada soledad, vagando por los cuartos esperando la llegada de un instinto suicida, lo suficientemente fuerte para darle punto final a la situación. Me pasó muchas veces por la mente la idea de acabar con todo, pero el suicidio siempre requiere una buena dosis de valor que yo no tenía.

Me parecía estar en otro cuerpo, totalmente carente de energía y emociones: ninguna emotividad, enojo o lágrimas, como si de repente me hubiera convertido en una muñeca de plástico por dentro y por afuera.

La vida seguía adelante sin detenerse y con su ritmo habitual, mientras yo tenía la sensación de ir en cámara lenta. La cantidad de tranquilizantes que había ingerido para intentar calmar la angustia, me provocaron una parcial pérdida de la memoria. Vivía sin tiempo y sin nada que marcara las horas del día. Inclusive los receptores del hambre y de la sed se bloquearon. Sobrevivía inexplicablemente, reducida a casi nada, como una flor cortada y puesta en agua que inexorablemente termina por marchitarse.

A pesar de todo esto, pero justamente por estos motivos, un deseo comenzaba a moverse en mi mente: dejar Argentina. Quería recorrer en retrospectiva el camino de mis antepasados e irme a vivir a Europa. Te-

nía una urgente necesidad de reinventarme para no perder del todo la razón. Porque de eso mismo se trataba.

En los días sucesivos, empezaron a atormentarme los detalles que noté sobre el cuerpo de Diego, sobre todo por la noche, cuando en la oscuridad me sentía aún más indefensa y en valía a lo desconocido. Y aunque Pier hacía de todo para animarme a olvidar y a seguir adelante, yo no paraba de maquinarse sobre el misterio de la muerte absurda de mi marido.

Además de las cosas raras que había notado en su ropa, había varios elementos totalmente incomprensibles a los cuales todavía no había encontrado una respuesta. Como por ejemplo, algunas de sus pertenencias personales que me habían traído del hospital después de la autopsia. Me llamó la atención un paquete de cigarrillos porque Diego nunca había fumado. Me encontré también con una fina cadena de oro y un anillo de los cuales yo ignoraba por completo su existencia. En la cadena había una pequeña medalla con una imagen sagrada y atrás estaba su fecha de nacimiento. En cambio, en el anillo estaba esculpido el nombre de una mujer: Magdalena.

Al principio pensé en un error cometido por el personal de la morgue; pero luego llamé al hospital para aclarar las dudas y tuve que cambiar de opinión. Un empleado me aseguró que los cigarrillos y los objetos de oro fueron encontrados en la ropa de Diego Ernesto Tomasi.

En los siguientes años hubo otros episodios que se atribuían al mismo misterioso guión. Se trataba de pequeños eventos que inconscientemente siempre he minimizado y silenciado a mi nueva existencia. Luego, de repente, cuando creía que estaban enterrados para siempre, los vi resurgir todos juntos de la resaca del tormentoso mar de mi destino.

Alicia me escuchaba sin decir una palabra, como si estuviera siguiendo la trama de una película de suspenso. Ninguna de las dos se dio cuenta de haber pasado la hora de la cena. El reloj sobre el escaparate daba las nueve y treinta de la noche cuando la pobre Lulú, hambrienta, empezó a maullar con insistencia. Entonces me levanté, fui a la cocina y llené el bol con bizcochos. Luego regresé al porche:

—¿Comemos algo nosotras también?

—No se preocupe Helene...

—Dale, vení, no me digas nada, no soy una buena cocinera pero te aseguro que vas a sobrevivir a mi comida.

Alicia sonrió.

Necesitaba desconectarme algunos minutos con el pasado y volver a la realidad de esa tranquila noche de verano. Miré afuera: el cielo se había aclarado de inmediato y un toque de estrellas alumbraba la pequeña plaza, encantadora como siempre. Eran tantas las cosas que tenía que contarle, no había prisa y lo de cenar juntas me pareció una buena idea para conocernos mejor.

—Hagamos una pausa, retomaremos en breve.

—De acuerdo Helene, como prefiera.

—No te preocupes, estoy dispuesta a quedarme hasta tarde con tal de que concluyamos la entrevista. Me alegra mucho que estés interesada en la historia.

—¡Cómo podría no estar interesada! Es una historia increíble y tengo curiosidad por conocer el resto. No me iré hasta cuando no termine de contarla toda —me dijo esbozando una sonrisa.

—Bien, ¡entonces preparáte! ¡Va a ser una larga noche! —contesté.

Cociné rápidamente unas crêpes rellenas de verdura y queso, las

comimos en la cocina junto a un jugo fresco de naranja y limón. Me sentía bien compartiendo con ella ese momento de confianza. Tenía curiosidad por conocerla y descubrir si de verdad nos parecíamos como me imaginaba.

La miré a los ojos y me vi reflejada en ella, como si nuestros rostros estuvieran superpuestos en un juego de transparencias. De repente volví a ser joven, con menos de cincuenta años: mis arrugas sobre la piel suave y fresca de Alicia desaparecieron del todo y mis largos cabellos tomaron un tono diferente. Estábamos todavía en la mesa y una breve pausa de silencio entre nosotras se convirtió en uno de los momentos más significativos de la noche. Alicia estaba haciendo natural el personaje que represento desde hace mucho tiempo, la diva que todos conocen, uno de los símbolos nacionales de este país. Gracias a ella me estaba redescubriendo bajo una nueva luz sin duda más íntima e introspectiva. Creo que se puede expresar sólo con una palabra la mutua inclinación entre nosotras: empatía, que para mí es un hilo delgado que une sólo a ciertas personas.

Durante la cena, hablamos de temas variados y salieron a flote muchas cosas en común. Lo comprobé cuando le pregunté cómo nació su inspiración de periodista y por qué tanto interés por el teatro.

—Porque da voz a la imaginación, y ¡yo vivo de sueños! —me contestó.

Sus palabras tenían sentido. Efectivamente, las representaciones más hermosas son las que cuentan y describen los sueños, pensé. Referente a su manera de trabajar en el mundo del periodismo, confirmé lo que ya me imaginaba. Para Alicia, escribir representaba indagar íntimamente en lo vivido de la gente, en lo profundo, justo como estaba haciendo conmigo esa noche.

—Es algo que aprendí de mi madre —me dijo con un poco de orgullo.

—¿Tu madre? —le pregunté con curiosidad de saber algo sobre su familia.

—Sí. Es médica y antes de hacer los diagnósticos a los pacientes, penetra en sus historias personales: habla con ellos, los escucha, los observa. ¿Interesante, no?

—¡Por supuesto! —contesté.

Durante la cena hablamos también de mi hija. Alicia me preguntó por ella después de haber visto una vieja fotografía en la cual aparecía sonriente abajo de la Torre Eiffel. En mis brazos estaba Sara, recién nacida.

Ya que entre Alicia y yo se había instaurado una sincera complicidad, decidí contarle más de mí. Le expliqué que Sara representaba la encarnación de mis esfuerzos para seguir viviendo después de la muerte de Diego. Al mismo tiempo era la manifestación de mi incapacidad de conciliar el teatro con el papel de madre.

—Mi hija es la consecuencia de dos necesidades opuestas que nunca supe administrar. Tal vez tenga que sentirme con el cargo de consciencia por no haber sido una buena madre, o tal vez no, ¡ya pagué mi deuda!

En una frase le di la esencia de la conversación: una relación difícil con Sara y la tendencia a eludir el tema. Aún hoy, a años de distancia, no me resulta fácil hablar de la decisión de haber querido a toda costa una hija.

—Podemos cambiar de tema si lo prefiere.

—No es posible —contesté con calma —Sara hizo mucho por descubrir la verdad y me parece justo que te hable también de ella.

—¿De qué cargo de consciencia me está hablando Helene?

—El de haber buscado absolutamente un antídoto a mi viudez.

—Algo que logró alcanzar, ¿cierto?

—En parte. Por este motivo me fui a Europa, aunque esto tuvo un precio bien alto.

—Me imagino —siguió Alicia —no debe haber sido una decisión fácil.

—No, ¡pero tenía que hacerlo!

—¿Cómo logró dejar todo e irse en tan poco tiempo?

—Cuando estás desesperado podés cumplir con cualquier tipo de acción.

—Tal vez, pero hay que ser valiente para tomar una decisión tan drástica como la suya.

—No sabría decir si se trató de valentía. Para mí fue una necesidad vital. Mirá, mi querida: una decisión es tan importante como necesaria y yo tenía que irme absolutamente. Y además, no dejaba más nada en Buenos Aires.

Alicia me miró pero no profundizó sobre este asunto. Le bastó entender que para mí escapar de Buenos Aires significaba dejar entrar un rayo de luz en mi vida. No me preguntó ni siquiera por mi familia de origen, con la cual no tenía contacto desde hace tiempo.

—¿Cuántos años estuvo lejos?

—Treinta y siete.

—¡Son muchos! ¿Vivió siempre en París?

—Sí, excepto un breve período en Italia.

Tomé la foto y la miré con un velo de nostalgia.

—Me acuerdo bien de ese día —dije con voz baja —era a finales del año 1967 y me encontraba en París desde hace tres años más o menos. La mudanza a Francia me dio de nuevo un poco de esperanza y vivía intensamente la nueva actividad del teatro. El homicidio de Diego parecía a muchos años luz de distancia, aunque de vez en cuando reaparecía en la mente como un fantasma. En todo eso, el nacimiento de

Sara fue como ganar de nuevo el espacio que había perdido.

—¿Y no fue así? —preguntó Alicia.

—Sólo por poco tiempo. Luego me di cuenta que se trataba de una ilusión. Un hijo no puede compensar las desgracias de los padres.

—No, pero puede ayudar a superarlas —agregó ella.

—Quizás...

—¿Qué cosa es que no funciona entre usted y su hija?

—¿Mi hija? Yo adoro a Sara. Es que nunca hemos estado de acuerdo.

—¿Por algo en particular?

—No, es cuestión de actitud. Me pasa también con su marido —dije bruscamente.

Alicia sonrió.

—¡Yo tampoco a veces soporto a mi madre ni a mi hermana!

—Claro, mi querida, ¡pero es diferente!

—¿Por qué es diferente? La intolerancia hacia las personas es una cosa democrática: cuando se apodera de vos no hace ningún tipo de distinción pero luego se te pasa.

—No todo se va —repliqué —cuando se envejece como yo no se soporta más a nadie.

—¿A causa de las responsabilidades?

—No, no creo, nunca paré de asumírmelas.

—¿Y entonces por qué?

—Es el peso de la vida que comienza a notarse.

—No terminó de hablarme de su hija. ¿Por qué está molesta con ella?

—Porque a menudo olvida que la libertad y la serenidad del aislamiento en el cual decidí vivir no tienen precio.

—¿A qué se refiere? No entiendo.

—Desde que me fui de Quilmes para vivir aquí, en el corazón de Palermo, ¡no pasa un día en el que no me atormente con sus llamadas para convencerme a regresar!

—Quizás es sólo una hija preocupada.

—¿Preocupada? Te aseguro que nunca se preocupó mucho por ciertas cosas. El hecho es que nunca quiso aceptar mi alejamiento.

Le conté a Alicia del día de la mudanza, sin recalcar más las implicaciones psicológicas de mi relación con Sara. Por ahora bastaba con explicar las motivaciones que me empujaron a dar este paso.

—Todavía me acuerdo de la expresión de asombro impresa en la cara de mi hija ese día. Había organizado todo sin decirle nada y sólo cuando los de la mudanza terminaron de cargar los muebles en el camión, la llamé para avisarle que me estaba yendo.

—Acababa de enterarse de cómo acontecieron las cosas, ¿cierto?

—Sí. Y la decisión de volver a este departamento fue inmediata. En una semana organicé todo.

—¿Por qué tan de prisa?

—Era lo mínimo que podía hacer para recuperar mis cosas.

—¿Y su hija no estaba de acuerdo?

—Nunca lo supe.

Alicia miró nuevamente la fotografía.

—Se parece mucho a usted —dijo mientras movía suavemente la mano quitando el polvo del vidrio.

—Por supuesto, la deseé mucho —contesté satisfecha.

Nos dieron ganas de reír.

—¿Quién tomó la foto?

—Philippe, el padre de Sara, con el cual estaba teniendo una relación.

—Una historia de amor en París: ¡Debe haber sido fantástico!

—agregó Alicia.

Cambié mi expresión.

—Es menos romántico de lo que pensás, créeme. Ya te dije que deseaba un hijo. Philippe representaba el padre perfecto.

—¿No lo amaba?

—No, quizás él tampoco me amaba, por eso nos dejamos. Sin pensarlo no pudimos más con ese sabor amargo que nace en una convivencia carente de sentimientos.

—¿Cuántos años tenía Sara cuando su padre se fue?

—Cuatro.

Volvimos al porche para tomar un café. Había llegado el momento de revelar a Alicia el resto de la historia, la parte más complicada. Decidí volver a contar lo de la visita a la casa de mi hija el domingo 13 de enero, en el día de mi último cumpleaños.

Sara insistió mucho para que fuera a su casa a celebrar y para la ocasión, invitó como sorpresa también a Luisa Lioy, mi vecina, sabiendo que me iba a alegrar mucho. Organizó el almuerzo en el jardín bajo la pérgola: *“Vas a ver mamá, va a ser un cumpleaños especial”*, me dijo en una de nuestras charlas.

Al principio acepté la invitación con poco entusiasmo ya que mi deseo era el de festejar en la casa, en compañía de Lulú y nadie más. En ese período todavía vivía en Quilmes, en una casa con jardín, no muy lejos del lugar donde vivía mi hija. Habría preparado el flan casero y, acompañada por la melodía de un tango de Gardel, habría soplado mis setenta y seis velas en paz. Luego, para terminar, me habría lanzado en los recuerdos del teatro, desempolvando algunas viejas fotografías que todavía guardo en el baúl. En cambio, Sara ya había comenzado a atormentarme desde hace una semana para que me fuera a su casa. Hizo que me lo pidiera también Sol, mi nieta de seis años, sabiendo que a ella nunca le habría dicho que no. Consentí prometiendo pasar todo el domingo con ellas.

Esa mañana, en un día de sol deslumbrante, tomé el taxi con un raro presentimiento encima. Empecé a sospechar que la fiesta organizada para mi cumpleaños fue sólo un pretexto para hablarme de otra cosa. ¿Pero hablarme de qué? ¿Cuáles secretos podían existir entre mi hija y yo?

En el breve recorrido, no hice otra cosa que pensar en la actitud de Sara en las últimas llamadas. Actuaba fuera de lo normal, era más comprensiva y menos polémica conmigo. En un par de ocasiones me pareció también percibir un temblor en su voz, como si de repente, sin motivo alguno, se hubiera conmovido por algo. Claro, nosotras las mujeres padecemos a menudo de cambios de humor que nos provoca un estado de ánimo difícil de definir. Luisa los define como alteraciones hormonales interiores, capaces de provocar una sensibilidad emocional excesiva: quizá Sara estaba pasando por un período así o había sólo discutido con su marido, ¿¡Quién sabe!?

Aun así no entendía el motivo de tanta insistencia. ¿Por qué no me había propuesto ir a festejar como cada año a *La Cabaña* de Puerto Madero? En ese restaurante era una cliente habitual y cada vez que iba a cenar allí era como si estuviera en casa. Siempre le gustó a Don Vincenzo, el anciano dueño, y aún hoy tenía una vieja foto atada a la pared detrás de la caja, que nos tomaron poco antes de irme para Europa. Cuando alguien le pregunta algo referente a esa foto, Don Vincenzo la quita de la pared y muestra con orgullo mi dedicatoria en el autógrafo.

El taxi había entrado a la calle donde vivía Sara y yo todavía no había encontrado una respuesta convincente a mis preguntas. Entonces llegué a la conclusión de que, a pesar del cariño, madres e hijas nunca se llegan a conocer lo suficiente. Pensé en eliminar así los meandros pensamientos que me estaban atormentando e inconscientemente descargué mis responsabilidades como madre en lo que era el problema más grande de mi hija: su independencia.

Era un poco como huir una vez más de mis remordimientos. Sara es hija única y en ella deposité todas mis expectativas, limitando inevitablemente las suyas. Tal vez éste haya sido mi más grande error para con ella: no haberle enseñado que los sueños hay que seguirlos hasta el final. Nunca le di a Sara la libertad de seguir sus sueños, contrariamente a como me acostumbraron mis padres. Sólo se volvió adulta, intenté recuperar las atenciones perdidas, pero ya era demasiado tarde. El carácter de una persona se forma en los primeros años de vida con la presencia imprescindible de la madre, y yo estuve muy lejos de ella en su período de infancia. La culpa es toda de mis intereses si crié a una hija dividiéndola entre la labor política que había emprendido en ese período, y la inconmensurable pasión por el teatro. No tiene nada que ver el cariño genético: ése es innato y se transmite a través de la sangre. Me refiero a otro tipo de afecto, el relacional que crece día tras día en un contacto mutuo, producto de una relación constante y en simbiosis.

La privé del ambiente necesario para el desarrollo de una sana relación entre nosotras. Es eso lo que todavía no consigo perdonarme: no supe ofrecerle los instrumentos adecuados para que fuera libre e independiente. Y aún hoy ambas estamos pagando las consecuencias. No supe crear el clima adecuado, ése que los franceses llaman *milieu*, algo que se parece a una vía intermedia entre el círculo íntimo de una persona y sus relaciones con el medio ambiente que lo rodea. ¿Pero cómo podía saber yo de estos matices? ¿Cómo podía imaginar que Sara nunca se habría separado de mí? Por cierto, a los veintitrés años claro que no pensaba en ninguna psicología sobre la ruptura del cordón umbilical. Para mí una hija habría crecido y ya. Era joven, de paso marcada por un grave luto y en esa fase tan delicada de mi vida, la idea de llegar a ser madre a toda costa me pareció como un ancla de salvación. Fue así que llegué a desear a Sara más que a cualquier cosa en el mun-

do. Sólo después entendí que no es suficiente el nada más desear un hijo para criarlo bien.

Cuando toqué el timbre de la casa oí la voz de Sara “*Sol, Soool... llegó la abuela, ¡abrió la puerta!*”. Mi nieta bajó rápidamente del piso de arriba y se lanzó en mis brazos. Sara también me alcanzó: “*Felicitaciones mamá, gracias por venir. ¡Es importante que hoy estés aquí!*”. No nos veíamos desde hace unos días y noté que estaba un poco cansada, se le notaba en las ojeras que tenía. Al fondo del pasillo, Javier, mi yerno, estaba preparando las sillas para llevarlas al jardín; lo saludé rápidamente. Él respondió al saludo de manera torpe, esbozando una media sonrisa. Luego, seguimos evitándonos como solíamos hacer siempre. La relación con mi yerno es extraña: después de tantos años viéndolo, todavía no sé si me cae bien. Sé que es algo que me concierne sólo a mí, pues estoy segura de que él, con su indiferencia, nunca habrá tenido tal problema. Mi hija lo define simplemente una persona introvertida; en cambio, para mí es un tipo complicado, siempre a la defensiva, que nunca tiene la culpa de nada, ¡nunca! No estoy diciendo que no sea una buena persona, es muy cariñoso con su propia familia, pero me imagino cuánto debe ser difícil vivir al lado de uno como él.

En ese momento se acercó Luisa y me abrazó con la ternura de siempre. Encontrarla allí el día de mi cumpleaños me llenó el corazón de dicha. Luisa era una vecina de casa realmente especial. Con ella pasaba tardes enteras tomando té, charlando sobre la vida y el mundo. Era una buena oradora, sabiendo explicar las cosas sin hacer perder el interés a su interlocutor, era una cosa muy característica suya. Por otra parte era su profesión, enseñaba filosofía en la Universidad de Buenos Aires, y fue una de las docentes más acreditadas de la universidad.

Gracias a sus reflexiones filosóficas, escribí algunos de mis mejores guiones. Por este motivo, Luisa está entre las personas que han contribuido en mi carrera teatral, sobre todo en la fase final, la experimental, la más madura, enfocada en la esencia del ser humano.

Luisa siempre tuvo una sana y benévola envidia hacia mí. La defino así, con una serie de adjetivos positivos para distinguirla de una forma decididamente más negativa. Creo firmemente que su envidia no forma parte de las perfidias de un ser humano. Sino más bien un leve impulso que se limita a la natural exteriorización de un deseo, sin ninguna carga de odio. Recalco que el motivo de su envidia pierde toda su connotación negativa en el sentido común del término, se debía a algo mucho más noble que el crudo rencor que siente el envidioso cuando no consigue obtener algo que otros tienen. Lo que ella deseaba se refería exclusivamente a mi vida en París y mi experiencia en una tierra que estaba viviendo una evolución política y cultural. Si hubiera podido, ella también habría dejado a la Argentina para mudarse al viejo continente. “*Respiraste el aire de la revolución*”, me decía con la mirada de una que sueña con los ojos abiertos, haciéndome notar, al mismo tiempo, de que el germen de la rebelión que me traje desde Francia, nunca se habría extinguido. Luisa tenía razón: solamente después de haber respirado a todo pulmón algunos valores y vivido ciertas experiencias, pude metabolizar la idea de la revolución como a una actitud que se debería poner en práctica todos los días de la vida, un poco a la vez. En cambio, el decantado cambio profundo de los pueblos sigue siendo pura teoría para estudiar en las páginas de los libros. Y yo era una de las que vivió realmente el “Mayo parisino”. Estuve junto a los trabajadores y estudiantes que se unieron para levantar las barricadas en el boulevard Saint-Michel.

Luisa sabía muy bien cómo las ideas y la filosofía de vida de esos años hubieran forjado mi manera de actuar en teatro, plasmando mi sensibilidad a temas sociales. Nunca perdía ocasión para enfatizar mi privilegio: *“Tenés suerte por formar parte de los que estuvieron en la Universidad Sorbona”*.

Habría querido conversar inmediatamente con Luisa, pero tuve que dejarlo para luego. Sin darme cuenta, Sol llegó hasta donde estábamos, obligándome a seguirla. Me agarró de la mano y me arrastró hasta la gran ventana de la sala de estar. *“Quedáte con los ojos cerrados hasta cuando te avise”*, me ordenó. Se moría de ganas de mostrarme cómo habían decorado el jardín para mi fiesta de cumpleaños. Me quedé pensando en su exaltada manera de manifestarme todo ese entusiasmo y no pude evitar sonreír; hacer las cosas con prisa debe ser una prerrogativa de los niños cuando están particularmente felices y esa mañana, Sol parecía eufórica, le brotaba la alegría por los poros. *“Listo abuela, ahora podés abrirlos”* me dijo con un aire de complacencia, esperando mi reacción.

Quitó la mano de los ojos y me encontré delante de un enorme pendón. Estaba colgado a los extremos del seto podado y en él estaba escrito *“Feliz cumpleaños Abuela Helene”*. Me conmoví inmediatamente, no me esperaba estar al centro de toda esa atención, de su atención. Sara me hizo notar que Sol había dibujado las flores alrededor del nombre, y que pasó una entera tarde para colorearlas.

La fiesta de cumpleaños empezó así, con un tierno saludo de mi nieta y terminó con un tranquilo soplo de las velas, entre los aplausos, el entusiasmo, el infaltable *happy birthday* y el calor de toda mi familia, de la cual Luisa era parte.

A pesar de la resistencia inicial, admito que la pasé bien y que fue un feliz cumpleaños, no solamente por el rico almuerzo, sino por el ambiente agradable y, sobre todo, por el cariño que me demostró Sara.

En la tarde Sol y Javier salieron para ir al parque. Poco después Luisa también decidió regresar a su casa y se despidió. Sara y yo nos encontramos solas en el jardín hablando de todo un poco. La felicité una vez más por cómo quedó la fiesta. Luego, de repente, sentí una cierta impaciencia en su actitud, como si quisiera decirme algo de un momento a otro. Noté angustia en sus ojos cuando, por fin, decidió hablarme.

—Vení mamá, sentémonos acá —me dijo invitándome a sentarme en el banco —tengo que decirte una cosa importante.

—¡Las cosas más importantes son las que están cerca del corazón!
—le dije con el intento de hacerla sonreír —¿No tendrás sentimientos por desvelar?

—Te lo ruego mamá, ¡no te burles!

Me puse seria; me lo imponía el tono preocupado de su voz.

—No va a ser fácil para vos escuchar lo que estoy por revelarte, pero créeme, es la verdad, lo comprobé personalmente.

—No entiendo cariño, ¿a qué te referís?

Un escalofrío repentino me congeló la espalda y mis manos fueron a parar mecánicamente a las suyas. Sentí que el corazón latía más fuerte y una infinidad de pensamientos, como aviones de papel, me empezaron a zumbar en la mente. Fue en aquel breve momento que Sara me miró a los ojos y yo percibí toda su preocupación.

—¿Qué pasó? —pregunté agitada.

—Mamá, por favor, ahora quisiera que te quedaras tranquila —me respondió un poco más resuelta.

Tomé un profundo aliento y me recompuse.

—Está bien Sara, está bien, ya estoy tranquila... Es que no me gusta estar en suspenso.

Me acerqué a ella fingiendo estar tranquila. En realidad mi mente estaba maquinando para saber qué había de tal importancia entre nosotras que ya no supiese.

—¿Tenés problemas con Javier? —pregunté intentando anticipar su respuesta.

—No, Javier no tiene nada que ver.

—¿Y entonces? ¡Vamos, decime!

La mirada retraída de Sara hizo eco a mi petición. Luego, por fin decidió hablar.

—Hay una persona que quiere conocerte. Hace una semana me contactó y me pidió que los reuniera.

Hubo una pausa entre nosotras en la cual el silencio casi se podía tocar.

—¿Qué broma es esta, Sara? ¿Vos te das cuenta de lo que decís? ¿Un desconocido quiere verme y vos le das toda esta importancia?

Me levanté impulsivamente del banco. La situación que me había presentado me parecía tan absurda que me dio ganas de reír. Pero, mi risa era nerviosa: un miedo extraño no me dejaba liberar del todo mi mente de esa inesperada solicitud.

Es cierto que la relación de Sara con las personas es extravagante, pensé. ¿Pero cómo hace para no distinguir lo público del ámbito personal? Le expliqué que existe un límite que sólo pocas personas pueden cruzar. Le dije también que en mi trabajo, siempre me halagaban hombres con los cuales supe mantener una distancia. Algunos de ellos intentaron acercarse a mí para entrar en mi vida: al final de cada espectáculo siempre había alguien que me esperaba al salir del vestuario, aun sólo para entregarme un ramo de flores o para que les firmara un autógrafo.

—Acordáte Sara que los admiradores exageran a menudo —le argumenté enojada —una vez en Italia un raro hombre me siguió incluso hasta el hotel y tuve que llamar a los de la seguridad para que se alejara. No entiendo cómo pudiste dejarte persuadir hasta este punto por un simple admirador.

—¡No es un admirador! —me contestó —es una persona que posee información que vos tenés que conocer absolutamente.

—¿Información? ¿Qué tipo de información? ¡Yo no necesito nada! —respondí levantando la voz.

Inesperadamente el timbre de la casa tocó dos veces. Me volteé de golpe y nuestras miradas se cruzaron.

—Es él —exclamó Sara.

Visita programada

Alicia entendió el porqué de la insistencia de mi hija en querer encontrarse conmigo a toda costa el día de mi cumpleaños. Por otro lado, Sara supo la verdad hace tiempo y estaba impaciente por hacerme saber a mí también. Se trataba de importantes eventos de mi pasado, de los cuales no sabía nada: una historia inimaginable que un desconocido vino a informarme inesperadamente.

Cuando Sara me contó cómo lo había conocido, me costó creerle. “¿Es la hija de la señora Sanz?” preguntó el hombre aproximándose cuando bajó del auto. Él, un tipo elegante y de buena presencia, se expresaba de manera cortés, con un fuerte acento cordobés: “*tengo que hablar absolutamente con usted*”, dijo, “*¿Se trata de algo muy importante referente a su madre!*”. Para asegurarle la seriedad de sus intenciones, hasta le enseñó el documento de identidad. Luego, dándole una tarjeta de presentación, le dijo también que si ése no era el momento adecuado, habría podido volver el día siguiente: “*Este es mi número, llámeme cuando quiera. Estoy en el hotel Poland, a dos cuadras de aquí*”.

En principio Sara lo miró con sospecha, luego algo le dijo que podía confiar en él y decidió dejarlo entrar a la casa. Bastaron pocos minutos para darse cuenta de la seriedad del asunto. Los dos hablaron hasta tarde en la noche. Luego, se encontraron el día siguiente en un bar del centro. Esa vez estaba también Javier con ellos.

—¿Fue en ese preciso momento que Sara tomó la decisión de hacerlos conocer? —preguntó Alicia.

—Sí. Quería estar presente ella también así que organizó todo: de la fiesta de cumpleaños a la cita. Hasta programó la aparición de Sol, Ja-

vier y Luisa: una táctica que mi hija había ideado para que habláramos sin molestias.

—¿Qué secreto escondía el cordobés? —preguntó Alicia repentinamente.

—...La historia del engaño, querida, fue él quien me contó todo.

Alicia terminó de tomar notas y sacó de la cartera una pequeña grabadora que puso en el medio de la mesita.

—Sígame contando, por favor —dijo apretando la tecla *rec*.

Cerré los ojos y volví mentalmente a los recuerdos de esa visita programada.

—Debe haber sido alrededor de las tres cuando sonó el timbre. Sara se apresuró a abrir, yo me quedé en el jardín, desorientada, buscando una explicación a su decisión de dejar entrar un extraño a la casa. Me senté nuevamente en el banco, en la misma posición de antes. Permanecí así, en espera de lo desconocido.

—¿...Y luego?

—Sara abrió la puerta y él pasó. Se detuvieron conspirando algo en el pasillo. Entreveía las siluetas de sus cuerpos a través de los vidrios de la sala.

Esa escena me hizo recordar de un verano cuando Sara, aún una niña, tuvo que pasar un largo período internada en el hospital. El motivo se debía a una rara enfermedad en la sangre: “*Se pueden provocar efectos impredecibles*” infirió el médico en el diagnóstico. Pasé así un mes infernal, pensando que mi hija pudiera fallecer de un día a otro.

Siempre he creído que los niños merecen vivir en un mundo libre de preocupaciones. Por eso decidí proteger a Sara de preocupaciones más grandes que ella. No quería que estuviera consciente del desconsolador veredicto de su enfermedad, y así, cuando el médico, al final de cada visita, tenía que darme respuesta, lo hacía en otro cuarto. Sara

nos entreveía desde la fisura en la puerta, pero sin nunca poder escuchar nuestra conversación. La mía era sólo una precaución que sin lugar a dudas nunca habría cambiado el destino para con esa enfermedad, pero actuando así sentí que la protegía de alguna manera.

En cambio, en el día de mi cumpleaños fue ella quien me cuidó. Lo hizo comprobando la credibilidad de las informaciones, que muy pronto se me habrían lanzado encima como cuchillos y, sobre todo quedándose a mi lado en el momento de la verdad. Sara había organizado el encuentro con ese hombre, asimilando antes que yo el impacto de la noticia. Por eso puedo sentirme satisfecha: ¿Qué más puede pedir una madre anciana a una hija sino que el refuerzo de su relación? A medida que envejecemos, ciertas cosas llegan a ser prioritarias y por fin me pareció que Sara lo había entendido.

Alicia me escuchaba de pie, inmóvil, con las manos apoyadas al espaldar del sillón. No tomaba notas, pero se notaba que su mente estaba almacenando todo, exactamente como la grabadora. Estaba traduciendo el cuento en imágenes, en vivo, con la misma rapidez de un intérprete durante una traducción simultánea.

—Habría querido ver su expresión en ese momento —¡exclamó! Luego me hizo una pregunta que yo también en su lugar habría hecho: —¿No le vino nadie a la mente? ...Qué sé yo, ¿un admirador o un pariente lejano que no veía desde hace tiempo?

—¿Parientes? ¿Cuáles parientes...? —respondí con un poco de ironía a pesar de que fuéramos numerosos, hijos y nietos de los primeros emigrantes de nuestra familia, nos regamos por toda Argentina. Habría sido prácticamente imposible juntarnos. Mi viejo decía que ese era el precio que teníamos que pagar por haber abandonado a la madre patria.

—¿Y Pier? ¿No habría podido ser él en darle una sorpresa?

Dejé de hablar.

De repente me envolvió una fina capa de nostalgia. La sentía encima de mí como a una grande sábana de seda, ligera y suave que, aunque me dejaba la libertad de moverme, me cubría de los pies a la cabeza. Era nostalgia mezclada a una agradable serenidad de ánimo, una insólita *saudade* que se apoderó de mí haciendo imposible cualquier respuesta a la ingenua pregunta de Alicia. La memoria se detuvo en el nombre de Pier y de pronto, se presentó delante de mis ojos la imagen de su rostro risueño. Una figura nítida, cautivante, que me llevó lejos de la realidad de ese momento. Alicia se dio cuenta de la brusca interrupción, pero no intervino. Dejó espacio a mi natural sumersión en ese estado divagante. Se aproximó sólo para estrecharme una mano y quedarse en silencio, sentada a mi lado. Pasaron pocos segundos, luego, como si me hubiera despertado de un estado de hipnosis, volví en mí y seguí contando.

—Me pasa a menudo de transportarme al pasado —le dije —es una debilidad que no logro controlar.

—No creo que sea una debilidad —respondió ella.

—Entonces es autoflagelación —afirmé —porque cada vez es como sucumbir ante el canto de las sirenas.

—Para mí es una cualidad suya. No todas las personas son capaces de excavar en el pasado como hace usted.

Sonreí e implícitamente le di la razón. Efectivamente, en ese entonces, mi estado interior estaba sólo siguiendo el placer de una simple emoción: el cándido recuerdo de un amigo que ya no está más con nosotros.

Me deslizo en la nostalgia cuando escucho música, huelo un perfume o pruebo un cierto sabor; me basta un momento y las puertas de la memoria se abren ampliamente para dejar pasar a alguien que me reconstruya el pasado, que a mi modo de ver representa el gancho de la

vida, que te sirve siempre para sujetar algo. Es un viaje mental, durante el cual logro evocar incluso los más ínfimos detalles. Y así, puedo recordar perfectamente la imagen de la mano huesuda de mi abuelo, deformada con los años, apoyada sobre el pomo del bastón; o de las flores decoradas sobre los platos que había comprado mi madre para la casa en la playa; y aun el indiscutible crujido de la puerta del ático; el rostro arrugado de Juan, el jardinero que sabía hacer todo, al cual le confiábamos los trabajos de mantenimiento de la casa; el álbum de fotografías de las compañeras del grupo del primer curso de teatro.

¡Me paro aquí! Aunque podría seguir eternamente. A través de esta increíble capacidad de recordar, entro en lamina de las emociones que guardo con recelo en el alma, perdiéndome en sus túneles. Eso es lo que me pasa. Tal vez Alicia se refería a esto cuando decía que mis abstracciones tienen valor.

Le pedí disculpas por desviarme del tema, agregando con buen humor que era también su culpa si oportunamente llegaba a perderme en ciertos laberintos. Había muchos puntos de reflexión en sus preguntas y cada respuesta suponía casi siempre una introspección. Como un experto psicoterapeuta capaz de analizar el ánimo de su paciente, así Alicia me estaba ayudando a soltar pensamientos remotos que la mente había atado como viejos barcos amarrados en el muelle.

Volviendo a su pregunta, tengo que admitir que habría sido maravilloso haber visto a Pier a través de los vidrios. Con él viví casi toda mi vida afuera y dentro del teatro, y volverlo a ver, aunque sólo por un instante, habría sido el más hermoso regalo de cumpleaños. Una lástima, pues no podía ser él. Pier se despidió de mí algunos años antes desde la cama del hospital Marcadet de París, cuando una enfermedad fulminante se lo llevó para siempre. Esa noche quiso terminar con un brindis: dejamos por un tiempo los vasos en el aire, en nombre de nuestra linda amistad.

—No, no me imaginaba a ningún otro detrás de los vidrios —le respondí a Alicia retomando el hilo de la conversación.

—¿Cómo se sentía en ese momento?

—Confundida, y en ese breve tiempo que me pareció una eternidad, murmuré algo sobre lo impredecible que es la vida.

—¿En qué sentido? —preguntó ella.

Cambié de tema.

—Yo que nunca he tenido problemas en mostrarme delante de un público, de repente me sentí terriblemente insegura y al sólo pensar en encontrarme cara a cara con un desconocido me daba una increíble pena, ni que estuviese desnuda.

—¿Por qué tanto miedo?

—No lo sé.

Conscientemente no sabía el motivo, aunque mi intuición me sugería tener cuidado.

Tomé un trago de café ya frío que había olvidado sobre la mesita y seguimos con la entrevista.

—Y luego, ¿qué pasó? —me preguntó sentándose de nuevo en el sillón.

Empecé a contarle del momento en que lo vi llegar al jardín.

—Vení Horacio, ella es mi madre —lo presentó Sara con un tono amistoso.

La actitud tranquila de mi hija frenó cualquier posible reacción. ¿Cómo es posible que hubiera tanta confianza entre ellos? ¿Qué historia relacionaba a Sara con ese desconocido? ¿Qué cosa los hacía tan cómplices? Levanté la mirada y me lo encontré delante de mí. Era un hombre sobre los cuarenta años, alto, bastante flaco y con los rasgos

descuadrados. Estaba por levantarme instintivamente, pero él me invitó con amabilidad a quedarme sentada.

—Por favor señora, manténgase cómoda —me dijo —haciéndome seña con la mano.

Nos observamos. Luego, con frialdad le devolví el saludo. Pero, bastaron esos breves instantes para detenerme a pensar sobre un detalle: sus ojos. El porqué de tanto interés lo entendí más adelante. En ese momento no pude encontrar una respuesta a esa sensación de *déjà vu*. Le expliqué a Alicia que en la mirada de ese hombre había algo familiar. La impresión era la misma de cuando uno se encuentra por casualidad en una ciudad y se tiene la convicción de haber ya estado allí. De repente, te parece conocer todas las calles, los barrios, los monumentos. Eso mismo me pasó con él.

—Me llamo Horacio Costa —exclamó con una cierta vergüenza.

Hurgué innumerables veces el baúl de mis recuerdos para encontrar una referencia de aquel nombre de origen italiano que me condujera a un dato concreto. Fue inútil: Horacio Costa no me recordaba a nadie.

Mientras tanto, Sara tomó una silla y la aproximó al banco.

—Ponéte cómodo —le dijo.

Parecían dos viejos amigos. Luego mi hija se fue a la cocina a buscar algo para beber. Nos quedamos solos, sumergidos en un silencio que marcaba el preludio de algo que estaba por estallar. Él también, como yo, tenía que sentirse incómodo. Me di cuenta de cómo observaba agitado el portafolio lleno de hojas que traía consigo.

—¿A qué debo ese gusto? —dije para romper el hielo.

—Antes de aclarar el motivo de esta visita —respondió él —quería disculparme con usted por haberme dirigido a su hija. Créame, no fue fácil tomar la decisión de ponerme en contacto con ella.

—No importa —lo corté —mi hija me dijo que usted tiene una información.

—Sí, que tiene que ver con usted.

—¿Y se puede saber de qué se trata?

—De una desagradable verdad señora Sanz. Son acontecimientos que...

—...¡Que hacen parte de mi vida! ...¡Esto lo entendí señor Costa!
¿Puede ir al grano?

Lo interrumpí de nuevo, esta vez en un modo más rotundo.

—Mamá, ¡por favor! —intervino Sara que regresó con una bandeja con vasos.

No le di tiempo de decir nada más; me bastó una mirada para hacerla callar. Nunca habría querido reprenderla en ese modo, y más aún delante de un extraño, pero la agarré con ella por haberme conducido a la trampa de la cita y por este motivo no sentí remordimiento alguno.

—En realidad, lo que estoy por decirle tiene que ver también conmigo. Se trata del caso Tomasi —siguió él.

Fue entonces que todo me pareció más claro. Horacio Costa tenía que ser el típico periodista de pueblo en busca de gloria. Un anónimo reportero de historias de crímenes que había pensado bien en abrir nuevamente el caso Tomasi para intentar tener éxito con algunas noticias. ¿Por qué no lo había pensado antes? Por otro lado, el periodismo argentino está lleno de tipos así: sinvergüenzas que para alcanzar el objetivo de la notoriedad, están dispuestos a jugarse las cartas sobre los dramas de la gente. El señor Costa se fue a Córdoba y su plan comprendía, antes que todo, ponerse en contacto con mi hija y luego la posibilidad de encontrarme para una entrevista. Si se hubiera dirigido directamente a mí, no habría tenido oportunidad, lo habría echado en un abrir y cerrar de ojos.

Se creó una situación desagradable y tuve que contenerme para no caer en un repentino deseo de irme. Luego, quién sabe por cual mecanismo inexplicable de la mente, decidí quedarme y ver hasta donde era capaz de llegar.

—Supongo que usted es un periodista, ¿no? Y que haga alusión a la dinámica del homicidio —pregunté con un tono bastante sarcástico mientras me encendía un cigarrillo.

—No... Yo...

—¡Vamos! ¡Escuchemos la versión fantasiosa que vino a contarme!

—¡Se equivoca señora! No tengo ninguna versión que desvelar acerca del homicidio. Se lo vuelvo a decir: vine para decirle la verdad sobre Diego Ernesto Tomasi y ya. No soy un periodista ni mucho menos un vendedor de puerta en puerta. Si usted está dispuesta a escucharme, bien, si no, me puedo incluso ir.

De repente Horacio Costa me pareció menos incierto. La seca y decidida respuesta que acababa de darme lo hacía más creíble. Aprecié su determinación y, bajo la mirada inmutable de Sara, cambié de actitud.

—¿Y entonces a qué se dedica? —pregunté con un tono más calmado.

—Soy abogado. Pero esto no tiene mucho que ver con el motivo de mi visita.

—¿Y por qué vino hasta aquí?

Abrió la pequeña valija que tenía sobre las piernas y sacó un artículo de periódico. Me lo mostró. Luego agregó:

—Esta es la versión oficial. La misma que conoce usted y que habrá leído muchas veces en los periódicos en los tiempos del delito. ¡Es bueno que usted sepa que las cosas no acontecieron así! ¡Diego Ernesto Tomasi no murió el 14 de enero de 1964 como todo el mundo cree!

Probablemente palidecí. La máquina del tiempo en mi cabeza partió de golpe llevándome a la historia de Diego que nunca llegué a olvidar completamente. ¿Qué vino a decirme un desconocido de cuarenta años de edad o un poco más, sobre un acontecimiento que el tiempo ya había enterrado? ¿Y quién era realmente para poder hacer tal declaración? ¿Qué más se podría descubrir a partir de hechos publicados en los periódicos? Estábamos uno frente al otro: él buscaba mi mirada para escudriñar cada reacción mía, yo miraba hacia el cielo para encontrar una salida al túnel hacia el cual me estaba arrastrando. Exhalé un largo suspiro, buscando en lo más posible no perder la lucidez y así no dejarme abrumar por las emociones, pero no me dio tiempo. Mis pensamientos explotaron de inmediato en los meandros de la mente y no pude más contenerlos. Un golpe de calor se me subió al pecho. Dejé a un lado mi serenidad y con la palma de la mano me sequé las pequeñas gotas de sudor que, como rocío, me habían cubierto la frente. Las palabras del joven abogado se convirtieron en pedazos de papel lija; los oía rasguñar en la puerta de la efímera tranquilidad, que con esfuerzo me construí durante los años. Con la voz quebrada, apenas formulé una pregunta, esperando una respuesta afirmativa.

—¿Es una broma? —le pregunté.

—¡No! —Respondió serio —su marido murió el 16 de marzo de 1998, a la madura edad de casi ochenta y siete años.

Estaba hundiéndome en un pantano y, en cada intento de forcejear, me condenaba a caer más a fondo. La mirada de Sara, inmóvil cual agua de lago, reforzaba tácitamente la credibilidad de la noticia recién revelada. Entonces intenté desesperadamente reorganizar los eventos inherentes a la muerte de Diego y ponerlos en fila, en mi memoria, como grandes piedras de sendero que había recorrido ya quién sabe cuántas veces. Era un viaje imaginario a la búsqueda de algún indicio

que añadiera información a lo que fue declarado oficialmente. Un viaje hacia atrás con la moviola, para ver en detenimiento cada escena. No tardé mucho en completarlo, pero, como un cazador desafortunado, volví con las manos vacías. No había nada nuevo en lo que vi, todo estaba tristemente confirmado por los hechos.

Tragué saliva para contener el ataque de tos que de repente me había dado. Luego, sin pensarlo, le quité la hoja de periódico de las manos a Horacio Costa y leí rápidamente el artículo. Vi la imagen de Diego dentro de una viñeta: el pie de la nota decía: “*Mercedes: muere tras una emboscada el pintor silencioso*”.

—¿Y entonces? ¿Quién sería éste? ¿Un doble? —pregunté poniéndole la hoja en la cara.

Con la fotografía de Diego en mano, prueba impecable de su identidad, gané un poco de valentía. Horacio Costa no respondió al momento. Dejó pasar un poco de tiempo, el suficiente como para disolver mis certezas que, como burbujas de jabón, se perdieron en el aire. Y así, no tardó en llegar otro duro golpe.

—¿Es su hermano gemelo! —respondió.

—¿Dios mío, Dios mío! —murmuré.

¿Qué fantasía era esa? Diego era hijo único. Esa declaración me pareció de muy mal gusto.

—¿Cómo se puede burlar de los muertos? —me pregunté.

Fue esa la gota que derramó el vaso de mi tolerancia.

—Bien, señor Costa, no le permito decir más. Si mi hija no ha pensado en hacerlo, lo hago yo por el contrario, lo invito a que se vaya. ¡Para mí, el caso está cerrado!

Me levanté pensando haber dedicado demasiado tiempo a un fanfarrón insolente. Estaba decidida en terminar allí la conversación, pero él agregó impávido.

—¡Aquí está! Mire con sus ojos —dijo mostrándome un documento.

A pesar de que estaba muy molesta, una irreprimible curiosidad me llevó a mirar el pedazo de papel que tenía en una mano. Era un certificado de muerte, escrito sobre una hoja preimpresa de la prefectura de San Ignacio. No tuve tiempo de preguntarme de cuál lugar remoto de Argentina provenía cuando él intervino para darme la respuesta.

—Es un pueblo con pocos habitantes en la valle de Calamuchita, en la provincia de Córdoba. Este acto comprueba la muerte de su ex marido —dijo entregándomelo —¡Léalo!

No es fácil interpretar cuál fuera mi estado de ánimo en aquel momento. Tal vez sentí angustia. Esa historia ponía en duda gran parte de mi vida y tenía que estar realmente segura de que las declaraciones de Horacio Costa fueran reales. En cambio, me encontraba en el medio de un umbral entre lo cierto e incierto, con informaciones que me parecían absurdas y contradictorias.

—¿Por qué tanta insistencia? —le pregunté.

—¿No quiere conocer la verdad? —me respondió rápidamente.

—Sí... ¡La verdad! —le dije con voz baja, dejando salir solas las palabras de la boca. ¿Con qué coraje habría podido evitar de enfrenarla?

El hecho es que la verdad nunca es solamente un simple descubrimiento; implica a su vez un trabajo de reconocimiento y divulgación de los acontecimientos. Horacio Costa hizo su parte, ahora me tocaba a mí seguir adelante. Se presentó con la determinación de un testigo convencido, con pruebas en la mano que quería compartir, exactamente como hace un abogado con su cliente antes de demostrar sus argumentos delante al juez. ¿Pero cuál era el verdadero mensaje que Horacio Costa quería darme? ¿Y por qué su obstinación en tener que

convencerme de que el muerto encontrado en la periferia de Mercedes no fuera Diego? Yo también estaba allí esa tarde junto a la policía forense mientras investigaban y lo vi con mis ojos, sin vida, bajo la sábana.

Observé rápidamente el documento y noté la fecha de la muerte: 16 de marzo de 1998, la misma que él declaró antes de mostrármelo. Luego, efectivamente, me di cuenta de que los datos personales comunicados en el certificado correspondían a los de Diego. No podían escaparme ciertos detalles: conocía exactamente su fecha de nacimiento y el nombre de su pueblo natal del norte de Italia: *Termèno sulla strada del vino*,¹ cómo se puede olvidar tal nombre.

Un repentino estado de ansiedad acompañó mi interés en esa hoja de papel y sólo cuando leí el nombre del fallecido exhalé un suspiro de aliento: se refería a la muerte de un tal Roberto Luis Pedrotti, otro desconocido.

Horacio Costa se había confundido y por fin podía negar su absurda teoría.

—¿Éste qué tiene que ver con mi marido? —Pregunté enojada —
¿Quiere seguir burlándose de mí con esta historia?

Levanté el tono de la voz y el vecino de la casa de frente se asomó a la ventana a espiar.

—Sé que es difícil de creer, pero se trata de la misma persona, ¡y se lo puedo demostrar! —repitió él.

—¿Y cómo? ¿Mostrándome el certificado de muerte de un desconocido en el cual están escritos por error los mismos datos personales de mi marido? ¿Todo eso no le parece ridículo?

1 Alcaldía de Trentino en la provincia de Bolzano en el valle del Adige.

Lancé el documento al aire. Cayó al suelo cerca del árbol. Junto a ese pedazo de papel cae también el silencio entre nosotros, un inquietante silencio. Habíamos hecho punto y aparte en nuestra conversación, de nuevo.

—Por favor, quédese aquí —me dijo agarrándome una mano —todavía tengo que contarle el resto.

No sabría decir qué fue lo que me detuvo, pero en su solicitud había algo que me impidió seguir el impulso de irme.

—Cuando descubrí la verdad —siguió —también para mí fue un duro golpe, ¡créame!

Ese contacto me hacía sentir incómoda e intenté liberar mi mano de la suya. En cambio, él la apretó aún más fuerte:

—Por favor, siéntese.

Cedí a su solicitud sin saber el porqué.

—Sé lo que usted está pensando ahora y la entiendo. Pero todo lo que le estoy diciendo es la pura verdad. Hice varias investigaciones sobre la identidad de la persona que usted conocía como Diego Ernesto Tomasi y puedo asegurarle que el resultado es siempre el mismo.

—¿Pero de qué resultado me está hablando? ¡Usted está loco!

—¡Del engaño! Señora Sanz, fuimos engañados. ¿Me entiende ahora?

—¡No!

—¡Nosotros dos somos las víctimas!

—¡Suélteme! —grité.

Según sus delirantes hipótesis, ahora él y yo estábamos ligados al mismo destino. Quién sabe qué tenía planeado. Levanté de nuevo la mirada al cielo para alejarme un momento de esa realidad; mientras tanto, él se relajó y volvió a hurgar algo en el bolso. Aproveché el momento y alejé la mano de las suyas. Buscaba otras pruebas entre los

documentos, oía el ruido de las páginas que pasaba rápidamente. ¿Qué más quería mostrarme?

—¡Aquí está! —exclamó —todo empieza por aquí. Si no hubiera sido por esta fotografía, tal vez nunca habría podido encontrarme con usted.

Miré la foto y no pude contener mi asombro. Atrás, aunque descolorida con el tiempo, reconocí mi caligrafía: “*A Diego, ¡para siempre! 22 de septiembre de 1961*”. Abajo estaba mi firma como si fuera para un admirador. Fue él mismo que la quiso así por el éxito que yo estaba teniendo en esas semanas en toda Buenos Aires. Era su fotografía favorita de la cual nunca se habría separado. Así me decía cada vez que la sacaba de la cartera para admirarla.

—¿De dónde la tomó? —pregunté.

Él no me respondió y yo, sin mediar palabra, empecé a viajar en los recuerdos al momento en que fue tomada la foto.

Nos encontrábamos a la salida del teatro Cervantes después del debut de *El burlador de Sevilla*. Diego vino hacia mí con un ramo de flores; en la tarjeta estaba escrito “*Para Tisbea, adorada pescadora*”, refiriéndose a mi personaje. Pier estaba allí, listo para immortalizar la escena.

En ese entonces estábamos felices. Si es verdad, como dicen, que los días inolvidables de la vida de una persona se reducen a cinco o seis en total, yo debo haberlos vividos con él, justo en ese período.

Tomé la foto entre las manos para observarla mejor y reconocí el foulard que Diego me había regalado poco tiempo antes. Yo llevaba ese fino velo de seda esparcido de unas gotas de su perfume para llevar

siempre conmigo una parte de él. No sabría decir cuántos minutos me quedé observando la fotografía. Dos, tres, quizás cinco, el tiempo a veces parece detenerse. Luego, retomé el tema adonde lo había dejado.

—¿Cómo llegó a tener esta fotografía? —le pregunté nuevamente.

—Cayó en mis manos —respondió él.

Estaba ya agotada como para reaccionar a esa respuesta que consideraba demasiado estúpida para ser sincera. Sólo luego tuve la oportunidad de averiguar que Horacio Costa estaba diciendo la verdad.

Fue exactamente así. Horacio Costa descubrió por pura casualidad la fotografía así como el resto de la historia. Todo empezó con su cambio de residencia después de haber vivido diez años en Córdoba. La decisión de regresar a la provincia fue el resultado de la imprevista separación de su esposa y no por una necesidad profesional. Para uno como él, ejercer la profesión en un pequeño pueblo significaba salir del grupo de los más famosos abogados de la ciudad. De hecho, Costa era un brillante profesional, se formó en los más conocidos estudios legales cordobeses y su nombre era notable en el campo. Esa mudanza fue impuesta por su complicada situación familiar. Él mismo lo confesó:

—Necesitaba dejar todo atrás y tomar un nuevo rumbo en mi vida me dijo —bajo ciertas condiciones, ¡el aislamiento puede ser terapéutico!

Sonreí pensando en mi aislamiento. Habría podido agregar más a su afirmación, pero no lo hice. Costa empezó espontáneamente a contarme algo de sí mismo y lo dejé seguir. La coincidencia de su experiencia con algunos eventos pasados que me pertenecían, me hizo verlo

desde otra perspectiva. Yo también me había mudado varias veces para enfrentar las decepciones de la vida, pensando así en satisfacer la necesidad de no acabar como prisionera de situaciones aún más insoportables.

—¡Lo dejé todo! —continuó —los muebles, el auto y los recuerdos. Llené una valija y me fui, de noche, decepcionado como un perro traicionado por el dueño.

Ya Horacio Costa era un río desbocado y estaba sacando a relucir todo su sufrimiento. Hablaba agitado, con un suave temblor en la voz. Y después de haberme contado aspectos de su vida privada, me desveló el misterio.

—Fue un obrero de la empresa que estaba reestructurando la casa a mostrarme el hallazgo.

—¿Cuál hallazgo? —le pregunté.

—Un escondite en la cavidad de la pared del sótano.

No entendía qué relación pudiera existir entre mi fotografía y los trabajos de reestructuración en su casa.

—Moviendo una placa se podía acceder a un pequeño guardarropa. ¡Dentro estaba esta!

Horacio Costa sacó del bolso una vieja agenda de piel de color negro con los bordes despegados y las hojas sostenidas por dos bandas de goma dispuestas a forma de cruz.

—¿Una agenda?

—Más o menos —me dijo —la fotografía estaba aquí dentro.

Perdí el hilo. ¿Mi fotografía cómo había podido llegar hasta allí? ¿Y quién era el dueño de la casa? Alguien debía haberla robado de la cartera de Diego, pero ¿quién había podido hacer tal cosa? La última vez que vi la cartera la tenía en mano el comisario en un sobre hermético de plástico.

Mis pensamientos retomaron su camino para intentar resolver otro enigma, cuando por fin fue él que me suministró la solución.

—Ahora puede dejar de fundirse el cerebro señora Helene. Esta agenda contiene todo lo que usted tiene que saber. Además de su foto, hay otras pruebas contundentes sobre la falsa identidad de su marido.

Sara sabía que Horacio Costa iba a revelarme algo difícil de aceptar y portanto se sentó a mi lado. Permanecí inmóvil, poseída por una repentina aprehensión, pero aprecié su gesto de igual modo. Estaba de nuevo en suspenso, preparada para tragar otro trozo de verdad. Él se aproximó con la silla, me agarró de nuevo la mano entre las suyas, aclaró su voz y dijo:

—La casa donde decidí volver a vivir es la de mis padres. Mi padre, Roberto Luis Pedrotti, difunto en 1998, fue su marido con el nombre de Diego Ernesto Tomasi. Se trata de la misma persona con falsa identidad. Esta es la agenda de su propiedad que descubrí, después de doce años, en su casa deshabitada. Para disipar cualquier duda sobre mi identidad, le informo que Costa es el apellido de mi madre. Me llamo así desde hace dos meses, allí dentro está el decreto del Ministerio de Justicia —dijo indicándome el maletín.

Sara me abrazó. Yo permanecí inmóvil como una estatua. El único movimiento era el de mis ojos. La mirada cayó automáticamente sobre la vieja agenda mientras las lágrimas empezaron a caer sin control.

Una sensación de angustia se apoderó de mí.

Post-it

El resumen del encuentro con Horacio, aun siendo parcial, bastaba para que Alicia diera un importante paso adelante en la reconstrucción de la verdad. Se trataba del momento más enigmático, fruto del testimonio del hijo de Diego.

Tomando nota de esa parte de la entrevista, Alicia escribió algunas palabras clave en unas hojas de papel que había dispuesto en semicírculo frente a ella. Las conté por reflejo: eran cuatro. Le pregunté cuál fuera su utilidad y ella me respondió que no le hiciera caso, era sólo una manera para recordar los hechos más importantes.

Por otra parte, no era fácil mantener el hilo de todo lo que le había desvelado. La historia del engaño era demasiado compleja por la falsa identidad de mi ex marido, y para comprenderla, no se podía describir simplemente, hacía falta analizar cuidadosamente cada fragmento.

Con el mismo artículo, Alicia quería ofrecer la oportunidad a los lectores para reflexionar sobre el deber moral de la verdad. Sólo de esta manera, le habría dado utilidad al enorme trabajo que estaba realizando. Era su objetivo: aportar una descripción precisa, sintética pero completa, para que pudiera reunir en una página de periódico los acontecimientos que ocupaban casi toda mi vida.

Alicia notó mi esfuerzo en contar los detalles del encuentro con Horacio y me invitó a tomar una pausa. Era justo después de medianoche y empecé a sentirme cansada, pero ninguna de las dos mostraba signos de querer terminar. Ambas estábamos conscientes de que teníamos que proseguir. Además de liberarme de un incómodo pasado, me ayudaba también a purificarme de la infamia sufrida.

Debía haberle dado una gran lástima cuando le conté con los ojos hinchados por el llanto el momento cuando reconocí las pruebas que me entregó Horacio Costa. Pasé toda la tarde leyendo esos papeles. Al final, conseguí comprender cómo acontecieron realmente las cosas. No puedo decir que para mí fue fácil aguantar ciertas verdades. Diego fue un monstruo y sus acciones serán despreciables por siempre. Para aceptarlo, tuve que sintonizarme con la otra víctima del engaño, escuchar su versión, interiorizar sus decepciones y decodificarlas usando las mías. Fue difícil, pero al final aprendí a soñar menos y a condimentar mis pensamientos con un poco de racionalidad, lo bastante como para vivir con dignidad hoy día. Comprendí también cómo reconocer al mal en sus formas más astutas.

Tuve que rendir cuentas conmigo misma para alterar las certezas que tenía sobre la dinámica del homicidio, pero creo que esto es comprensible. Los acontecimientos de Mercedes dejaron signos indelebles en mi mente, cristalizándose en mi memoria.

A pesar de eso, después de una primera fase de comprensible resistencia hacia Horacio Costa y sus honestos intentos para mostrarme las pruebas, empecé a creer en su versión. Sólo entonces la verdad comenzó a emerger suavemente, sin interrupciones.

Después de haber hablado con él, me di cuenta que tenía que digerir muchas cosas. Ante la afirmación de que mi ex marido y su padre fueran la misma persona aumentaba gradualmente el desprecio y la decepción hacia Diego. A ese increíble descubrimiento, se mezclaba también la cuestión de su presunta muerte. La noticia que vivió hasta los ochenta y siete años de edad en un lugar remoto del norte, iba a dañar un aspecto que me involucraba profundamente: en mi papel de viuda. La palabra clave que Alicia escribió en una de las hojas hacía referencia justo a eso.

Luto

Por años llevé el peso de la muerte de Diego, y como una desertora con las cadenas aún atadas, viví mi vida con dificultad, condicionada por el luto. No vestí traje oscuro ni velo, ni me di golpes de pecho, como hacen algunas mujeres al sur del mundo; pero me afectó su ausencia. Fui viuda por más de cuarenta años: desde el día del funeral hasta el momento de la verdad. Y con esa marca indeleble que llevaba conmigo, actué, viajé, llegué a ser madre, luego abuela, en absoluta soledad. Luego, al final, se presentó un desconocido para informarme de que no era así, que se podía escribir otro guión para la película de mi vida. ¿Qué hago ahora con mi nuevo estado civil? Esta parte de la historia va a quedar inconclusa para siempre.

Mi camino fue el de una mujer cuyo marido hizo un viaje del cual no regresó, el de la esposa del emigrante que nunca retornó a su patria. ¿Quién me devolverá todo eso? Parece una paradoja, lo sé, pero lo mío fue un falso luto y representa el aspecto más íntimo del engaño que Diego Tomasi me causó. Lo demás es asunto suyo y tendrá que rendir cuentas en el más allá.

Después de haber llevado el luto por muchos años, corro el riesgo de no quitármelo más de encima. Si bastara sólo la fuerza mental para no sentirme más una viuda, cerraría los ojos, me concentraría un momento y de repente borraría cincuenta años de mi vida. Pero no es posible. Y aunque lo fuera, sacrificaría a Sara, el trabajo en el teatro, la experiencia de vida en Francia y mi regreso a Argentina. Tendría que borrar demasiados recuerdos. Entonces podría eliminar los años de matrimonio con Diego. ¡Claro! Si pudiera borrar solamente nuestra vida conyugal sería más fácil: la viudez no subsistiría más y volvería a ser libre. Cierro los ojos y, de golpe, tres años de mi vida se vuelven neutrales, cual sabores insípidos.

Termino de soñar despierta y me queda un profundo asco por el hecho de haber sido una esposa bajo préstamo. Figura útil para acompañar a Diego hasta una precisa etapa de su camino, la que tenía que enfrentar sólo en caso de complicaciones particulares. Y así fue: una solución drástica, pero eficaz, de un verdadero calculador. Pensándolo bien, era así también en las pequeñas cosas cotidianas: frente a un problema nunca buscaba la solución, sino que eliminaba el problema. ¿La suya era razón o total demencia?

Con la simulación del homicidio de sí mismo, el pintor silencioso estaba públicamente muerto y podía cambiar de vida.

Nueva Vida

Mi mirada se centró en otro *post-it*. Lo despegué de la mesita y lo tomé entre las manos.

—¿Querés saber algo de su nueva familia? —le pedí a Alicia mostrándole la hoja.

Ella asintió y nos aventuramos así en la parte inverosímil de la historia, la más cinematográfica: la nueva vida de Diego Ernesto Tomasi. Tal vez, en alguna serie de televisión, se pueda encontrar algo que se parezca a su fuga, aunque por causas completamente diferentes. Me llega a la mente la carrera de dos amantes que persiguen su sueño de pasión o la de un fugitivo que escapa de la cárcel en busca de la libertad. Se trata de historias que en su diversidad, tienen en común la valentía de los protagonistas y la determinación en el alcance de una meta. En cambio, Diego, perennemente en fuga no perseguía a nadie: escapaba de su atroz pasado con el único objetivo de hacer desaparecer su pista.

Habría podido aclarar a Alicia la dinámica del homicidio, pero ella prefirió seguir con la entrevista analizando ciertos aspectos de la

nueva vida de Diego. El personaje le despertaba curiosidad y quería descubrir el motivo por el cual decidió morir para renacer en otra parte como Roberto Luis Pedrotti.

Si no hubiera sido por el hecho de que esa parte del cuento era útil para comprender el resto de la historia, con mucho gusto habría evitado hablar de eso. El motivo de mi problema para evitarlo se debía a un repentino sentimiento de vergüenza que se apoderó de mí ante Alicia. Sé que puede parecer una paradoja. Yo soy la víctima del plan y ciertamente no he hecho nada del cual avergonzarme. Sin embargo, aún hoy día no consigo liberar del todo mi mente de un raro malestar. El mismo del que padece la víctima de una estafa, sobre todo cuando ésta se lleva a cabo abusando de sus buenos sentimientos y de su ingenuidad. El peso de la responsabilidad, en estos casos, no es el de haber hecho algo equivocado, sino de no haber actuado. Y uno se siente en parte involucrado de igual manera, sólo por haber sido, aún sin darse cuenta, el punto de convergencia del autor del engaño, su medio.

Una lluvia incesante de *si* y de *pero* seguía atormentándome la consciencia. ¿Cómo podía contarle a Alicia las vicisitudes de Diego, sin mencionarle qué habría podido hacer para evitar la humillación que me infligieron? Había sido mortificada dos veces: como persona y como mujer y tal vez habría podido salvaguardarme al menos bajo este último aspecto. La vergüenza que sentía no se refería sólo al fracaso amoroso con Diego. El descubrimiento de su verdadera identidad me generó un total rechazo hacia él y me hizo replantear cada remota forma de desesperación a causa de su ausencia. La cuestión era más profunda: no lograba perdonarme a mí misma por haber sido tan ingenua.

Un impulso de rabia me quemó el estómago. Alicia se dio cuenta que estaba dejando espacio a mis sentidos de culpa y quiso ayudarme.

—No había nada que pudiese hacer Helene, créame.

—No te metas vos también, por favor Alicia —le respondí brusca-mente — sé que mi destino es el de cumplir el papel de víctima, pero no es este el punto.

—Sólo le quería decir que hay cosas que no se pueden prever. Cual-quier otra persona en su lugar habría sido engañada.

—¡No tienen nada que ver los demás ahora! —exclamé en voz alta —estoy hablando de mí como mujer. ¿Lo entendés? ¡Tenía poco más de tu edad cuando decidí entregarme completamente a ese hijo de puta! ¿Podés imaginar mi rabia?

—...podría intentarlo —respondió ella.

—... ¿Y mi vergüenza? ¿La podés entender?

Alicia se quedó callada. Permaneció así el tiempo necesario como para dejar que mitigara la tempestad que me estalló por dentro. No es-taba molesta con ella. Había aguantado demasiada tensión que de un momento a otro tenía que liberarse. Un repentino llanto me obligó a tragar. Cerré los párpados para que pudieran correr dos lágrimas de los ojos; las sequé rápidamente con un pañuelo, antes de que se corrie-ran por el rostro. Alicia agarró la grabadora para suspender la entre-vista, pero la detuve haciéndole seña con la mano.

—No es fácil seguir viviendo, ¡créeme! Me siento como un pájaro al que devolvieron la libertad después de haber pasado la vida en jaula. Salta de una parte a otra y a pesar de que la puerta esté abierta, no se atreve a salir. ¿Y vos sabés cuál es su miedo?

—No... —contestó sutilmente.

—... ¡De no saber volar más!

Me levanté sin saber qué hacer, Alicia hizo lo mismo. Luego, me abrazó conmovida. La abracé yo también apoyando ligeramente el brazo detrás de ella. Olí su perfume, y sentí que nuestros cuerpos del-gados coincidían. Estábamos cerca con las caras unidas en una única

cabellera. De repente, la inquietud desapareció, cruzando como una bala el habitáculo de mis pensamientos, y finalmente me entregué a su apoyo. Luego, nos soltamos, permaneciendo de todas maneras, una frente a la otra, como girasoles al sol.

—Sos amable —exclamé. Ella esbozó una sonrisa.

Pensé de nuevo en las palabras que mencionó para defenderme. Tal vez fui demasiado ruda. Básicamente, sólo quería confirmar lo inútil que eran mis precauciones. Me vino a la mente Diego y el expediente que, por dos veces, ideó para ocultar su verdadera identidad. Evidentemente, sabía bien que, en su caso, la voz podía representar un elemento que lo habría expuesto demasiado al riesgo de ser reconocido. ¿Cuál mejor precaución que la de seguir actuando el papel del mudo? Me lo confirmó justo Horacio Costa “*mi padre engañó a todos eligiendo el silencio, y también en esta nueva representación de sí mismo fue un mimo, creíble y convincente*”.

Desde su punto de vista, Alicia tenía razón en opinar que el engaño que había sufrido habría tomado como víctima a cualquiera. A pesar de eso, no lograba perdonarme por mi ingenuidad.

—Fui una estúpida —agregué con un poco de retardo.

—Deje de criticarse, Helene. No tiene que justificarse por nada.

—Habría sólo tenido que pensar. Punto.

—El trabajo que estamos haciendo sirve para esto —respondió Alicia, dándome calor con una tierna sonrisa —ahora hábleme de él. ¿Qué descubrió de su vida en San Ignacio?

Empecé a reconstruir la historia del señor Pedrotti como si estuviera hablando realmente de un desconocido. Quería que mis palabras fueran objetivas, despojarlas de cualquier condicionamiento y permitir a Alicia la posibilidad de sacar sus propias consideraciones. Horacio tenía un recuerdo sólido de sus padres, por esto le fue posible recons-

truir incluso los pequeños detalles de su familia. “*Fue justamente mi padre a contarme cómo llegó a San Ignacio*”, me dijo, “*Llegó al valle de joven, como muchos más en busca de trabajo. Era un agricultor*”.

—¿Un agricultor?—preguntó Alicia sorprendida.

—¡Sí! Un agricultor, ¡entendiste bien!—respondí —¿Viste cuánta fantasía se necesita para saber mentir?

Alicia hizo una mueca que interpreté como la extrema síntesis de su incredulidad.

—¿Y qué había sido del pintor?

Levanté los hombros.

—¡Eso es materia olvidada querida!

Tomé el bolígrafo situado en la mesita y como si tuviera una varita mágica, exclamé:

—*¡Et voilà!...* Señoras y señores, ¡he aquí un agricultor por arte de magia!

Sonreí entre dientes. Un silencio repentino se cruzó con el eco de mi risa áspera, suspendida en la habitación. Alicia tomó todo el significado de esa frase, espinosa como un cactus, y continuamos.

—¡Increíble!—murmuró.

—¿Por qué tanto asombro? Diego era más hábil que un maestro del disfraz y pasaba de un personaje a otro sin problemas. Como hice yo por años en el escenario.

Efectivamente, esa era sólo su última transformación. Ya otras veces, gracias a una capacidad camaleónica, se acostumbró a nuevos hábitats. La técnica era siempre la misma: documentos falsos, un rápido cambio de imagen y nada más, con la típica calma de su actitud.

—Quién sabe por qué algunas personas logran hacer mucho, mientras a otras les cuesta tan sólo el hecho de desearlas —preguntó Alicia.

—Es una cuestión de privilegios —respondí—Diego era privilegiado y pudo contar con una serie de apoyos que le favorecieron la realización de su plan.

—¿Por qué privilegiado? ¿Era rico?

—No. ¡Al menos al principio no lo era! Llegó a serlo con el tiempo.

Todavía no quería desvelar a Alicia quién era realmente Pedrotti y qué organización se movía detrás de él. Sólo le hice notar que un hombre cualquiera nunca habría podido enfrentar solo cambios tan radicales. Seguramente alguien le habría ayudado. Luego, le describí con qué cuidado el nuevo agricultor había vivido el primer período de estancia en San Ignacio. El “mudo” no pasaba desapercibido y todos lo conocían en ese pueblito, pero en virtud de su vida privada eran pocos los que se la pasaban con él. Se aprovechó de su propia condición para poder aislarse y preparar las próximas fases de su programa. Como un actor que repite el guión hasta el aburrimiento para actuar bien su papel, así mismo él se aprendió de memoria los pasos que tenía que dar en el largo camino de su nueva existencia.

—Y luego, ¿qué pasó?

La pregunta de Alicia me llevó de nuevo a la realidad al momento de la entrevista. Volví a concentrarme como un jugador de ajedrez.

—Primero, encontró un empleo en una granja cerca del lago; allí podía beneficiarse de la comida y alojamiento junto a otros trabajadores. Luego, creó una empresa y formó parte de un gran consorcio agrícola de la zona.

—Un ascenso rápido —comentó Alicia.

—Algo que cuenta mucho, si se piensa que cuando llegó no tenía nada consigo.

—¿Y de dónde tomó el dinero?

—Se apoyó con una asociación de emigrantes.

—¿Usted está segura de esta información?

—Horacio trabajó durante un año para poner todo en regla. ¡Está todo documentado! Puedo procurarte los papeles que demuestran cada paso. Y además, estas cosas son de dominio público. Todos, en San Ignacio, conocen la historia de Roberto Luis Pedrotti. Leí con mis ojos un artículo escrito por él, en el cual resumía con orgullo el éxito que tuvo en el trabajo.

—Sí, pero... ¿Cómo hacía si estaba mudo?

Alicia hizo una buena observación. Ella no sabía que Pedrotti decidió casarse para poder realizar mejor la segunda fase del plan.

—¿Me está insinuando que también el casamiento estaba previsto?

—Hace falta sacar unas cuentas para entender que el matrimonio estaba ya premeditado. Los dos se casan el 4 de junio del 1964, ni siquiera cinco meses después de la llegada a San Ignacio. Una ceremonia rápida, con pocos invitados, organizada por una asociación de emigrantes inmigrantes del norte de Italia —respondió —¡Ah! Los italianos... —comentó Alicia.

Mientras tanto, Alicia volvió a escribir y se dio cuenta de mi inquietud. Pensó que tuve una reacción emocional por haber hablado del matrimonio de mi ex marido. No era así y habría tenido que sacarle esa convicción de la cabeza, pero decidí seguir adelante. La molestia que sentí no se refería al recuerdo de la boda de Roberto Luis Pedrotti: algo trágicamente más importante se escondía detrás de los recién casados y, sobre todo, en la historia de esa asociación de emigrantes.

Entonces, Alicia tuvo que ser paciente por un poco más antes de conocer el resto de la historia.

El homicidio

Felipe, el hermano gemelo de Diego del cual ignoraba su existencia, vivía a más de tres mil kilómetros de Buenos Aires, en el sur del mundo, donde el aire frío te aprieta los pulmones. Era un tranquilo y discreto administrador de una anónima estación de servicio en la *ruta nacional 3*. Compartía el trabajo con Ramón, su ayudante, un viejo gruñón que pasaba más tiempo echando cerveza en el estómago que combustible en los tanques de los autos. La casa de Felipe estaba cerca de la estación de servicio. En una esquina de la plaza, cerca del estacionamiento de los camiones, había un quiosco que de día funcionaba como punto de parada para los viajeros más exigentes. Lo administraban dos mujeres del lugar, ellas también se dividían el trabajo en turnos.

Raras veces Felipe se alejaba de la estación de servicio. Era un tipo metódico, taciturno, un incansable trabajador. Sus días transcurrían siempre iguales, con el ritmo lento y monótono, típico de esas zonas donde manda el frío. Se levantaba en la madrugada y se acostaba tarde en la noche. Vivía de oscuridad a oscuridad, sin quejarse nunca. “*¡Qué vida!*” dijo Alicia cuando le hablé de él. Sin embargo, Felipe tenía mil buenas razones para vivir escondido en ese lugar perdido.

En la parte del mundo donde reina la inmensidad, donde existen interminables extensiones de tierra, él decidió estar en un pequeño espacio. Transcurría su vida entre la casa y el trabajo, moviéndose en un territorio de doscientos metros cuadrados más o menos. No tenía amigos y hasta en Rio Grande, donde iba una vez al mes por suministros, casi nadie lo conocía.

Fue fácil volverse invisible en Tierra del Fuego. Los espacios disponibles son ilimitados allí y se tarda horas de camino para cada destino. La tendencia a aislarse en un lugar así es contagiosa como el silencio en la iglesia. Además, Felipe con su trabajo encontraba sólo automo-

vilistas que pasaban por allí que se veían obligados a detenerse para descansar. Entre éstos, había turistas curiosos, ermitaños empedernidos y eternos fugitivos, todos ansiosos por poner un pie en el sur del mundo y tocar la libertad. Personas demasiado despreocupadas como para recordar el rostro del tranquilo y discreto administrador de una anónima estación de servicio en la *ruta nacional 3*.

Es por eso que Felipe ya no existía mucho antes de ser asesinado.

Las noticias sobre él eran las que Diego había escrito en el diario de la vergüenza. Se trataba de información de un pasado remoto y que lo describían como a un tipo cerrado, tímido y poco exuberante. Los gemelos diferentes, iguales sólo físicamente, tenían entonces personalidades contradictorias. Entre las páginas oscuras de su memoria enfermiza, Diego, en diversas partes, escribió con rabia duras palabras hacia su hermano, cuyo nombre aparecía remarcado varias veces. Un rencor obstinado que olía a viejo.

—¿Qué puede llevar a una persona a odiar a su propio hermano? —preguntó Alicia.

—El mismo motivo que lo llevaría a odiar a cualquier persona. ¡El odio es odio! —contesté.

—Sí, pero entre personas de la misma sangre es un odio visceral —agregó ella.

De repente Alicia empezó a cambiar de cara. Tal vez un pensamiento en su mente se quedó enredado en algo. Podía sentir el zumbido en el aire. Para no interrumpirla, como pasa con los sonámbulos, le seguí la corriente y proseguí.

—En su caso no había un motivo de peso. Se trataba de pura rivalidad. Y Diego era el más fuerte entre los dos.

Alicia se pasó ambas manos por los ojos, como para quitarse un poco el cansancio de su concentración. Luego, prosiguió con las preguntas.

—Felipe tenía que decir algo de suma importancia al hermano, porque uno como él nunca habría viajado hasta Buenos Aires.

—¡Buena observación! —comenté —aunque tuvo que insistirle mucho para convencer a Diego para que se encontraran.

Efectivamente, Felipe vino a Buenos Aires porque tenía que hablar necesariamente con Diego y no imaginaba que esa cita habría sido fatal para él.

—Dejá que te cuente —le dije —y así el 13 de enero con un vuelo de *Aerolíneas*, Felipe aterrizó en *Aeroparque*.

—¿Por qué llegó un día antes? —preguntó rápidamente Alicia, recalcando un detalle sobre el cual no tenía una respuesta.

—Nunca se supo —le contesté —tal vez esa noche tenía que encontrarse con alguien. Pero esta es sólo una suposición.

—Hábleme de esa noche entonces. ¿No notó nada raro?

—¡Repetidos toques al teléfono!

—¿Entonces él era el artífice?

—Sí, era su señal.

—Tal vez para confirmar la cita...

—Ya, y cuando Diego llegó a Mercedes, él ya estaba allí esperándolo. Es muy probable que se encontraron a un par de cuadras de la escena del crimen, donde Diego estacionó el auto.

—¿Cómo puede estar segura de eso?

—Porque tuvieron el tiempo de hablar.

—¿De qué?

—¡Te lo voy a decir dentro de poco!

Me alejé un momento de Alicia y volví con la mente a cuando Horacio me demostró que el cuerpo que vi en el suelo, sobre el cual grité todo mi dolor, pertenecía a Felipe y no a Diego. Fue un momento dramá-

tico, sobre todo cuando leyó algunas declaraciones desconcertantes de su padre. Lo hizo para volver más cruda la realidad que ya era cierta y sin reclamo alguno.

Veía de nuevo la cara disgustada de Horacio, mientras con los ojos pasaba de una página a otra de aquella agenda. Recordaba su voz mientras se le trancaba en la garganta cada vez que mencionaba ciertas notas de Diego, las cuales no eran para nada agradables. Tuve una extraña sensacional pensar en ellos dos como padre e hijo. Era sangre de su sangre que estaba infectada y ni siquiera una transfusión total habría purificado ese mal. El único remedio era tomar las distancias y hacer entender a todos la verdad que Horacio tenía bien clara.

Para digerir esa historia inconcebible, tuve que liberar toda mi imaginación. La fiel reconstrucción de cómo acontecieron las cosas, aclaró también el verdadero significado de la afirmación de Pablito, el testigo que nadie quiso escuchar. El viejo borracho decía la verdad cuando confirmaba haber visto a dos personas, pero contrariamente a lo que escribieron en algunos periódicos, se refería a los gemelos Tomasi.

Cuando terminó de contar, Horacio puso la agenda en la valija, tomó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. Se parecía a un corredor al final de la carrera: cansado, pero feliz por haber alcanzado la meta. Permanecimos así, en silencio. Él esperaba de mí un gesto, una palabra, algo que confirmara mi participación, pero estaba demasiado afligida como para reaccionar. Se fue dejándome la copia de los papeles y la agenda de Diego, lo más importante: *“Léala y seguimos en contacto”* me dijo abrazándome. Fue entonces que, por primera vez, entendí ser la otra víctima del engaño. *“Gracias por el trabajo que hiciste”* le dije con los ojos aguados y tratándolo de vos. Esa tarde, de un sólo trago di la bienvenida a la inevitable verdad y descubrí tener un aliado.

Las imágenes del homicidio quedaron grabadas en mi mente durante días y cada vez que las ojeaba encontraba más respuestas a mis preguntas. Se trataba de las incoherencias que había notado observando el cadáver, las que permanecieron sepultadas bajo el peso del tiempo, sin explicación: la camisa a cuadros, los mocasines, la curita en el dedo, eran sólo algunos ejemplos. Ni hablar de los objetos que me entregaron de la morgue. Felipe, contrariamente a Diego, era un fumador empedernido y el paquete de cigarrillos que me remitieron era el suyo. También la medallita con la imagen sagrada pertenecía a él. Tratándose de hermanos gemelos, la fecha de nacimiento que había atrás coincidía, pero estaba claro que se refería a Felipe y no a Diego, como creí por años.

Cierto, no podía imaginar que Diego tuviera un hermano. ¿Pero cómo pude no darme cuenta de que no era él en el suelo? Por mucho que dos gemelos pudieran ser idénticos, siempre existen rasgos diferentes entre ellos. ¿Por qué no les hice caso? Y pensar que me acerqué varias veces para ver mejor el cuerpo. ¿Cómo pude confundir mi marido con un extraño? Conocía cada centímetro de su piel, la forma de sus grandes hombros, las arrugas en su rostro. Es justamente por algunos rasgos particulares que tenía en la frente que habría tenido que darme cuenta. Marcas de expresión que ni siquiera la muerte podía borrar.

Reconocía el olor de Diego con los ojos cerrados. El perfume de su crema de afeitar era inconfundible, y cada vez que me aproximaba a él, me entraba en la nariz, mareándome. Era fuerte y consistente como sus brazos corpulentos, intenso como el olor del mar agitado. Esa tarde, no me di cuenta que el aire a su alrededor estaba aséptico e inmóvil.

¡Qué estúpida que fui! ¿Quién sabe cómo se habría desarrollado toda esta historia si me hubiera dado cuenta de toda la treta? ¿Cuál habría sido la expresión de la cara del comisario? “*¡Se equivoca señor comi-*

sario! ¡Éste no es mi marido!”, le habría dicho mirándolo a los ojos. Eso sí que habría sido un golpe duro a sus estúpidas inferencias. ¿Y la gente? ¿Cuál habría sido la reacción de la gente? ¿Habría suscitado en ella un fuerte interés el espectáculo o se habría ido decepcionada? Y ni hablar de las investigaciones. Quién sabe si habrían investigado la vida de un total desconocido que se retiró hasta el fin del mundo para esconderse. Tal vez, también en ese caso todo se habría ido al olvido.

Le expliqué a Alicia lo importante que es haber recuperado las respuestas a esas piezas perdidas del rompecabezas. El único objeto que aún quedaba por aclarar era el anillo. Felipe era soltero, ¿cómo puede ser que llevaba el anillo de matrimonio en el día del crimen? ¿Y quién era Magdalena? Aunque Horacio hubiera hecho una investigación profunda, nadie sabía nada de ella.

En realidad, había también otro detalle: el reloj de Diego.

—Entiendo... —exclamó Alicia —¿Cómo llegó a la muñeca de Felipe?

Estábamos a mitad del cuento y esa explicación representaba otra sorpresa. Me tomé tiempo en encontrar las palabras adecuadas. Ya le había aclarado a Alicia que la pista a seguir no era más la del robo. Finalmente le podía revelar el verdadero móvil.

—¡Vení! Necesito un poco de aire.

Alicia me ayudó a levantarme del sillón y nos movimos hacia la ventana. Afuera, en la oscuridad de la noche, la luz del porche iluminaba las copas de los árboles, las cruzaba, difundiendo sombras en el asfalto. Me quedé observando los contornos de esas formas abstractas, buscando en ellas similitudes con algo real, como hacía cuando era niña jugando con las nubes. Luego, bruscamente pensé en otras cosas.

Me llegaron dos recuerdos a la mente. Los uní en una línea imaginaria: por un lado, la respuesta que una vez Diego me dio sobre la

importancia del reloj. “*Un verdadero hombre nunca se separa de su reloj*” dijo con seriedad. Por otro lado, un comentario de mi padre sobre el tiempo. Él que se mataba doce horas al día para poder sobrevivir, nunca perdía ocasión para maldecir al tiempo, siempre decía que romper un reloj era la mejor forma de protesta. Dos posiciones opuestas unidas por una extraña broma de la mente que no tenía nada que ver con lo que estaba por revelar a Alicia.

Estábamos asomadas al alféizar de la ventana mientras el aire fresco de la noche nos acariciaba la cara, llevándose el cansancio.

—Por lo que entendí, Diego nunca se separaba de su reloj. ¿De verdad era así? —preguntó Alicia.

—¡Sí! ¡No se lo quitaba ni siquiera para ir a dormir!

—¿Y entonces? ¿Cómo puede explicar tal cosa?

—Hay sólo una explicación, mi querida. Fue él que se lo puso en la muñeca a Felipe.

—¿...Pero cómo?

—Fue una necesidad urgente.

Alicia se volteó repentinamente, pidiéndome con la mirada de seguir contando. No imaginaba para nada que hablar del reloj significaba también desvelar al asesino. Las dos cosas estaban conectadas.

—¿Por qué Diego habría tenido que dar su reloj, además de ser de valor, a Felipe? —me preguntó.

—¡Para salvarse!

—¿Salvarse? ¿De qué?

—Del delito que acababa de cometer.

—¿El delito? Me está diciendo que...

—¡Sí Alicia! ¡Fue Diego quien lo mató!

Alicia dio un paso atrás, luego otro y otro más, hasta golpear sin querer el brazo del sofá. Se sentó de nuevo, incrédula.

—No lo puedo creer —murmuró.

—¡Así es! El homicidio aconteció exactamente frente al bar. Diego le puso la pistola en el medio de la frente y le dio un tiro. Luego, antes de alejarse, sustituyó la cartera y el reloj con los de su hermano.

Alicia apagó la grabadora y empezó a escribir algo en el cuaderno. Habíamos llegado a otro pasaje importante del homicidio.

Sólo me quedaba explicarle el móvil, pero antes hablamos de la agenda de Diego, objeto del cuarto post-it.

Agenda

Los secretos de Diego estaban contenidos en esa vieja agenda que me dejó Horacio. Más que una agenda, era un cuaderno cuadriculado, ya casi del todo deshecho por los años. La portada de piel negra tenía las puntas volteadas hacia arriba y las hojas interiores estaban completamente despegadas. Cuando Horacio me la entregó tuve una rara sensación. Tal vez porque acababa de escuchar la verdad de su largo cuento o tal vez porque me estaba impresionando con el pensamiento de tener entre mis manos el testimonio directo de Diego, el resultado fue un silencio sepulcral. Permanecí inmóvil observando cada pequeño detalle de ese cuaderno. A pesar del tiempo, Diego lo tuvo guardado por años. Las cintas elásticas se habían vuelto amarillentas y escarapeladas. Intenté quitar una y se me rompió en las manos. Se habían embalsamado, duras como tiras de cuero.

Horacio me informó de la delicadez y de la complejidad del material. Tenía entre las manos un montón de notas que hacían referencias a nombres, fechas, lugares, ideas y estados de ánimo que reconstruían la vida de Diego desde cuando tenía 19 años. Las cosas escritas no seguían un orden cronológico como en un diario. Por lo que no se trataba de leer un resumen cotidiano, sino de extraer el significado de frases cortas o de simples palabras, escritas con una escritura minúscula

perfecta y maníaca. Una gran cantidad de material que simplemente esperaba ser descubierto.

Antes de meter mi nariz en el cuaderno de Diego, lo dejé dos días en la mesa de la cocina. Esperaba el momento justo para adentrarme sin miedo en sus fechorías. Luego, repentinamente abrí una página al azar y le di una ojeada. Sentí una profunda inquietud. Lo cerré de inmediato, como para borrar lo que acababa de leer, pero una frase ya se había metido en mi mente: “*26 de noviembre de 1947, llegué a Buenos Aires*”. Algo no me cuadraba con lo que yo sabía de su vida. Diego nunca me habló de un viaje. ¿De dónde regresaba? Me decía que su familia de origen no pasaba por un buen momento, y él, como todos los pintores aún demasiado jóvenes, claramente no tenía una disponibilidad económica como para hacer un viaje. Aquellos eran años difíciles y pocos argentinos tenían el privilegio de andar de turistas por el mundo.

Abrí de nuevo el cuaderno para entender mejor y otra frase me revolvió las ideas: “*mi nuevo nombre es Diego Ernesto Tomasi*”.

Me encerré en la casa por tres días para leer con atención todo el contenido. A pesar de que estuviera preparada y conociera gran parte de la historia, tuve que interrumpir muchas veces la lectura. La sensación de asco casi me provocaba dolor físico.

Lo primero que noté era cómo Diego se relacionaba delante los acontecimientos que describía. Ya con eso se entendía que él era un fugitivo.

Quien emprende un viaje prepara un camino, y mucho antes de la partida marca sus propias etapas. En breve, planea el itinerario para saber dónde ir. En cambio, quien huye escribe las cosas sólo después, más o menos inconscientemente, dejando para luego los rastros de su camino. Así hizo Diego. En todas esas hojas no mencionaba acciones o eventos referentes a su futuro próximo. Diego vivía cada veinticuatro horas, sin un día siguiente, y escribía en el cuaderno cada inquietante experiencia cotidiana que dejaba atrás con una monstruosa desenvoltura.

El móvil

Con la muerte del hermano, Diego encontró una salida para seguir viviendo tranquilamente. Todo aconteció súbitamente, tras concluir una acalorada discusión. Por consiguiente no se trataba de un plan, sino de una extemporánea solución a un problema que el propio Felipe vino a informarle. Y como ya le dije a Alicia, él no le daba la cara a los problemas, los eliminaba de raíz.

“*Tuve que hacerlo para seguir viviendo en paz*”. Así escribió en sus notas. Y luego: “*Nuestra madre nos va a perdonar*” seguía en otra hoja. Comentarios concisos y cínicos en los cuales Diego confirmaba la necesidad de tener que desaparecer de circulación. Su nueva identidad no necesitaba de ninguna operación de cirugía, ni siquiera la participación de otras personas. Para él bastaba tomar el lugar de uno que no existía y cambiar de ciudad, para luego camuflarse con una barba tupida, lentes y un nuevo corte de cabello. Felipe representaba la solución ideal. Por este motivo lo había asesinado.

Pasado unos minutos, la imagen de Diego iba completándose en la mente de Alicia. Ya con el móvil del homicidio estaba por presentarle la parte más impactante de toda la historia.

—¿Qué más escribió Diego sobre el delito? —preguntó Alicia.

—¡Palabras delirantes!

—¿O sea?

—Que lo había matado porque era su única posibilidad de salvación, el as bajo la manga de la partida que estaba jugando.

—¿A qué partida se refería?

—La de su propia vida. Ya te expliqué que Diego tenía que salvarse y no tenía más tiempo. ¡Lo estaban buscando ya desde hace mucho tiempo!

La mente de Alicia se puso en acción por sí sola y las preguntas sobre los posibles asesinos empezaron a surgir sin parar. Me preguntó si fuesen correctas las suposiciones que había ventilado el comisario sobre la posibilidad de una segunda vida amorosa de Diego. Luego me preguntó si en el último período hubiera tenido problemas con alguien en el barrio o del ambiente teatral. Incluso me preguntó si estuviera implicado en un tráfico ilegal de obras de arte. Intenté interrumpirla, pero ya era un río desbocado de nuevo.

—Entonces, si Diego hubiera tenido la seguridad de que alguien lo estaba buscando, habría tenido clara también la identidad de sus seguidores, ¿cierto? —me preguntó con un tono insistente.

—Sí, pero él no se tomaba en serio el peligro. Felipe fue a Buenos Aires justamente para explicarle cómo estaban las cosas.

—¿O sea?

—Que ya habían dado con él y no había más tiempo. Sólo le quedaba huir. ¡Lo estaban buscando por todas partes! Un viejo amigo de Felipe le advirtió y él, por miedo a pagar las consecuencias, vino hasta Buenos Aires para avisarle del riesgo que estaban corriendo. Vino a regañarlo por su imprudencia.

De repente Alicia se calló y respiró hondo para asimilar las noticias que seguían ocurriendo continuamente.

—Vamos a ir paso a paso —dijo —¿Quién estaba buscando a los gemelos Tomasi?

—Los del Centro Wiesenthal de Buenos Aires.

—¿Simon Wiesenthal? —repitió ella con los ojos de asombro.

—Sí, los cazadores de nazis.

Alicia se puso pálida. Intentó decir algo, pero la voz se le enredó entre las cuerdas vocales. Le puse un poco de agua en el vaso y a duras penas le dio un sorbo.

—Diego Ernesto Tomasi, su marido, ¿era un nazi? —preguntó con la poca voz que tenía.

—Sí. También Felipe lo era. Ambos formaban parte de las SS.

Me detuve.

El sonido de esas dos consonantes quedó suspendido en el aire del cuarto, que de repente se volvió irrespirable, como si alguien la hubiera llenado de insecticida. Alicia empezó a temblar; era el efecto de la sorpresa y del miedo, los que se activan automáticamente del sólo nombrar ciertas palabras. La misma sensación que tuve leyendo el cuaderno de Diego o la de millones de personas que en el pasado tuvieron la desgracia de estar bajo la dominación de ese régimen nefasto. El nazismo es la cerradura de una larga cadena de terror, en la cual cada anillo representa un aspecto que destruyó pueblos, civilizaciones y esperanzas. Una concatenación de muerte, dolor, desesperación, torturas, humillaciones, segregaciones, exterminio, invasiones, abusos, violencia...

Y no basta un profundo aliento para pronunciar la infinidad de los delitos que esa ideología infame causó a toda la humanidad.

Acababa de revelarle a Alicia la parte más importante de la historia, el aspecto que convertía el engaño hacia mí a un crimen dirigido a todos. Con mi revelación, la entrevista cambió de sentido. No se trataba sólo de un viaje introspectivo en los senderos de la verdad contado por una mujer casi al fin de su existencia. Describir el pasado del nazi que tuve a mi lado por más de dos años era como mancharse de grasa. Excavar en sus crímenes era el precio que Alicia y yo estábamos pagando para llevar a cabo un noble trabajo: informar al prójimo.

Miré a Alicia sentada en el sofá: estaba profundamente turbada. Sólo entonces me di cuenta de que la arrastré hacia un campo minado. Ella mismo me confesó su dificultad en proseguir con la entrevista. Eran las tres cuando decidimos tomar otra pausa.

El silencio que cayó entre nosotras por un momento, me invitó a cerrar los ojos. Pasaron así algunos minutos durante los cuales tal vez me dejé llevar por una corta somnolencia. Ella también cayó en un raro letargo, dejando caer el cuerpo en el sofá en una posición acurrucada. La reacción de Alicia me agarró de sorpresa y sentí una gran pena hacia ella. No se esperaba tal epílogo. Tal vez, por un instante, habrá pensado también en terminar allí el encuentro.

En ese breve momento Alicia habló varias veces en la somnolencia. Mencionó palabras desconectadas de las cuales no lograba agarrarles completamente el significado. Le estaba secando la frente sudada cuando de golpe se despertó después de haber gritado un nombre:

—¡Edna! —dijo levantándose a medio cuerpo.

La abracé instintivamente.

—Calmáte Alicia, calmáte ahora... —susurré apretándola fuerte contra mí. Tenía curiosidad por saber quién fuera Edna, pero no se lo pregunté por discreción.

Su respiración acelerada hacía eco a mis palabras.

—Discúlpeme Helena, debo de haberme quedado dormida.

—No te preocupes —respondí —¿Cómo te sentís?

—Mejor.

—Si querés podemos parar aquí la entrevista. Después de todo, ¿por qué hacerte compenetrar en mi vida si luego tenés que sentirte tan angustiada? Vos no tenés nada que ver con toda esta maldita historia.

—No, no Helene, no se preocupe —me dijo —voy un momento al baño a refrescarme y seguimos.

Alicia volvió con un poco más de color y con mayor desenvoltura, pero se notaba de que algo la había alterado y se estaba conteniendo a sí misma.

Me aislé algunos instantes pensando nuevamente en la monstruosidad del plan de Diego. Se trataba de un homicidio casi perfecto, viático para la fuga que en ese momento era su única posibilidad de salvación.

Ya el nombre de Diego, el verdadero, formaba parte de la lista de los nazis por capturar. La lista que contenía toda la información relacionada a ellos, ya estaba desde hace tiempo en las oficinas del centro Wiesenthal y los cazadores de nazis estaban sólo esperando el momento adecuado para actuar.

En esos años, en Argentina, encontraron a muchos como él: eran criminales de la segunda guerra mundial, los que, junto a las nuevas armas, inventaron sofisticadas formas de crueldad para ser utilizadas a gran escala. Algunos de ellos vivían camuflados en la caótica y anónima Buenos Aires, otros preferían esconderse en la tranquila vida del pueblo. Todos juntos llegaban a ser por lo menos unos trecientos.

De vez en cuando detenían uno, entre la incredulidad de algún vecino y la indiferencia de quien con superficialidad consideraba la guerra como algo ya lejano. Sorprendente fue el ataque que los servicios secretos israelíes hicieron hacia el famoso Eichmann, el arquitecto del holocausto. Lo hicieron prisionero mientras regresaba a su modesta casa en el barrio de Olivos. El episodio aconteció pocos años antes de la huida de Diego. Fue Horacio que me hizo notar una extraña coincidencia entre los dos: ambos provenían del mismo pueblo altoatesino.

Más adelante descubrí que también otros importantes oficiales nazis poseían documentos de identidad falsos entregados por las mismas autoridades de ese pueblo remoto en las montañas del norte de Italia.

Para comprender quién fuera realmente Diego Ernesto Tomasi, me encontré involucrada en algo que hasta ese entonces había ignorado completamente. Nunca habría imaginado en tener que documentarme sobre ciertos asuntos. Sólo cuando empecé a profundizarlos, me di cuenta de lo complicado de la historia de los criminales nazis en Argentina. Horacio creó un expediente en el cual, empezando por el cuaderno, podía llegar con una increíble precisión a una densa red de personajes, todos conectados entre ellos. Y pensar que se trataba sólo de una pequeña parte del gigantesco pulpo.

Después del descubrimiento del refugio secreto en la casa de los padres y el enorme trabajo de reconstrucción de la verdadera identidad de su padre, Horacio decidió cumplir una misión: colaborar en la denuncia de algunos nazis que vivían tranquilamente en la provincia de Córdoba. Mandó la información que había descubierto a las autoridades e hizo pública su propia historia en los periódicos.

Eran todas acciones que tenía que hacer para romper el contrato filial que había heredado de un padre criminal. También informarme sobre los hechos referentes a mí, hacía parte de sus compromisos morales. Una tarea que no podía rechazar. Era su indispensable deber hacia la verdad, decía.

Tal descubrimiento involucraba antes que todo la esfera íntima y requería necesariamente una redención. El cambio de apellido que Horacio había pedido y obtenido en poco tiempo, era tan sólo un ejemplo. Luego, estaba el aspecto social, el de hacer pública la verdad. *“No puedo quedarme con esta deuda con la sociedad, me dijo, tengo que*

contarlo absolutamente". Ésa era la fuerza de Horacio: un extraordinario sentido de responsabilidad en tener que decir algo que los demás ni siquiera imaginaban. Una fuerza que me contagió a mí también y que llevó a buscar a Alicia para buscar ayuda.

El pintor silencioso, el mudo agricultor, el padre irreprochable eran las diferentes caras del mismo mal. Si Horacio hubiera podido, habría llevado al padre al tribunal para que lo condenaran. Estoy segura que habría organizado un *escrache* hacia él, como hacen los Hijos con los castigadores de la Junta Militar, otra terrible dictadura *made in Argentina*, y lo habría humillado ante la opinión pública.

Pero el destino quiso que el anciano criminal viviera tranquilo hasta avanzada edad y que descansara en paz por otros diez años después de su muerte antes de ser descubierto.

Quién sabe por qué la vida de un criminal es más larga que la de una buena persona. Tal vez porque en la cuenta de su tiempo se agrega también el que les quita a las víctimas. El criminal arrastra hacia sí mismo a otras personas, las engaña y les quita horas, días, meses a sus vidas. Como un parásito que prospera aprovechándose de su huésped, así Diego hizo conmigo, con su hijo y quién sabe con cuántos cientos de personas más.

Por esta razón, Horacio también llevaba a cuestas cierto sentido de culpa por no haberse dado cuenta de nada. Fue criado por uno de los más brutales asesinos del tercer reich. De niño había jugado con él, se había sentado en sus piernas, y quién sabe cuántas veces le había acariciado la mano, como hice yo también.

No es fácil anular los recuerdos de una vida. Sin embargo, Horacio lo hizo con la lucidez y serenidad de una persona claramente herida, pero al mismo tiempo llena de indignación que lo hacía sentir determinado en querer reconstruir el futuro.

Justo después del homicidio, Diego se alejó con paso acelerado. Regresó a Buenos Aires, tomó un ómnibus y se dirigió a Córdoba para encontrar a un viejo conocido suyo. En la valija llevaba pocas cosas: el arma del delito, la inseparable agenda y los pesos que había retirado de su propia cartera antes de meterlos astutamente en el bolsillo del pantalón de Felipe.

Para Diego, dejar Mercedes representaba el momento más complicado de esa partida precipitada.

Nunca se supo cómo pudo escapar de los controles de la policía que, mientras tanto, fue puntualmente avisada por los dueños del bar. Además de los numerosos puestos policiales que se encontraban desplegados por todas partes, algunos agentes se dirigieron a la estación de ómnibus para requisar a todos los pasajeros en tránsito. Los habitantes de Mercedes estaban atónitos por ese delito en plena luz del día. Alrededor de pocos minutos, la noticia se difundió cuál mancha de aceite sobre un papel y pasó de todo: la gente corría a acercarse, movida por la curiosidad, mientras los vehículos federales pasaban de un lado a otro de la ciudad con las sirenas a todo dar en búsqueda del asesino. Hubo una verdadera caza al hombre. Algunos voluntarios, con la esperanza de encontrar al responsable del delito, de hecho realizaron patrullajes improvisados. Pero, cada intento por localizar al asesino fracasó y su repentina desaparición pareció a los ojos de todos como una burla a la policía y a la tranquila localidad de la provincia.

Había también otro riesgo que Diego logró evitar: la captura por parte de los cazadores de nazis. A diferencia de la policía, ellos conocían bien a los gemelos Tomasi, estaban informados sobre la verdadera identidad de los dos oficiales SS y habrían jugado sucio con el fin de llevarlos a tribunales. Si los miedos de Felipe sobre la actitud imprudente del hermano tenían base, probablemente, esa tarde en

Mercedes habría podido estar también alguien del Centro Wiesenthal que les estuviese peinando. A pesar de todo, Diego logró escapar.

En sus notas, no encontré ninguna referencia sobre esta parte de la historia. Por tanto, las mías son sólo suposiciones. Posiblemente habrá huido de Mercedes pidiendo aventones a conductores incautos en tránsito. O habrá logrado llegar a tiempo a la estación para subir al primer tren dirigido a Buenos Aires, logrando evitar, de esta manera, los controles que en ese momento estaban concentrados en otro lugar. Lo cierto es que el 16 de enero, Diego se encontraba en la provincia de Córdoba, precisamente en Santa Rosa, en la casa de otro nazi, el capitán Krüger. Fue justamente gracias a éste que Diego Tomasi logró hacerse una nueva vida en el tranquilo valle de Calamuchita. Como ya había hecho con otros camaradas que se dirigieron a él para pedirle apoyo, el capitán le ofreció a Diego plata, información y contactos útiles para poder establecerse.

En Santa Rosa vivían bien ocultos, aunque siempre alertas, así como también otros importantes criminales de guerra. Uno de ellos era el coronel Mark Krauss, conocido por todos como “el oso Panda”. Un nombre bastante divertido para un exterminador de judíos. El coronel se integró bien: interesado en la caza, llegó a ser presidente del Club de Cazadores Unidos, ubicado cerca del Río Tercero, el lago más grande de Córdoba. Según las informaciones de Horacio, el coronel nazi participó a una de las masacres más brutales de judíos al norte de Polonia, en la cual fueron asesinados y lanzados a las fosas comunes miles de personas.

Gracias al amigo capitán, Diego pudo empezar el nuevo camino que dentro de poco lo habría convertido en un anónimo agricultor. Volver a vivir en el valle de Calamuchita fue para él un verdadero regreso al pasado, en el cual saboreó de nuevo las viejas costumbres y la determinación de hombres seguros, decididos y capaces de todo: eran los

hombres de la gran Alemania. Después de años de ausencia, Diego se presentaba de nuevo en el grupo de los viejos colegas donde reinaba la seguridad. Donde cada miembro, de fugitivo pasó a vivir una aceptable tranquilidad y reconstruirse una nueva identidad. Todo gracias a una misteriosa red hecha de pactos de silencio y complicidad, donde el objetivo principal de todos los miembros era siempre el mismo: la garantía de la impunidad.

Los nazis llegaron a la Argentina mezclándose con las grandes comunidades de emigrantes provenientes de Alemania. Y, como todos los emigrantes, supieron aprovecharse de la generosidad y del recibimiento de esta joven tierra, manteniendo entre ellos un código no escrito, hecho de reglas simples y de implícitas jerarquías que reflejaban las de un tiempo. Una garantía para seguir viviendo a sus anchas en la nueva sociedad.

Para algunos de ellos no fue fácil quitarse de encima la marca del soldado vencido. Ejercieron un poder indiscutible sobre los pueblos de media Europa y estar conscientes de haber perdido la guerra representaba una humillación demasiado grande de soportar. Llegaron a las orillas del Río de la Plata con pasaportes y empleos falsos: eran técnicos, científicos, ingenieros, abogados, albañiles, criadores y campesinos. Pero, nadie imaginaba que tuvieran en común la nunca renegada fe nazi.

En cambio, otros, en su mayoría, tardaron poco en integrarse perfectamente en el nuevo orden social. El territorio argentino, tan amplio y variado, les ofrecía el ambiente adecuado y la posibilidad de poder elegir entre alternativas, oportunidades y lugares donde vivir.

Diego regresaba a su ambiente, el que experimentó durante el primer período vivido en el nuevo mundo.

Kristallnacht²

Dejé de pensar y volví a Alicia. Levanté la mirada y noté abundantes lágrimas caer de sus ojos. Extendí una mano para secarle el rostro.

—¿Por qué llorás? —le pregunté preocupada.

—Estaba pensando en las palabras de mi abuela —contestó ella.

—¿Tu abuela?

—Sí, abuela Edna.

El nombre era el mismo que había mencionado poco antes, cuando se despertó sobresaltada. Quién sabe qué soñó para asustarse de tal manera. La angustia de la pesadilla parecía ya superada, sin embargo tenía la sensación de que había algo más que provocó este llanto de acción retardada. Tal vez Alicia quería contarme algo y yo no lo había entendido o tal vez el suyo era sólo un momento de nostalgia; pero, en ambos casos, como por contagio me sumergí también en los recuerdos de mi infancia, en particular volviendo a algunos momentos vividos con mi abuelo.

Se llamaba Fernando. Era un hombre tan honesto y leal que no sabía esconder la más pequeña verdad ni siquiera por juego. Le debo mucho a él por haberme enseñado a vivir, mucho más de lo que hicieron mis padres. Me refiero a un concentrado de sentido común y una pizca de memoria, versátil y tenaz, que me dejó como herencia con un tácito acuerdo, sin ningún papel escrito. Un precioso equipaje hecho de gestos simples y pocas frases, siempre las mismas, repetidas como una tierna poesía. Así fueron sus enseñanzas que se quedaron conmigo para siempre, que me acompañaron todos los días, hasta la adolescencia

y también más allá. Es gracias a él si entendí que en este mundo no hay certezas y que en la vida, como en un tranvía, cuando te sentás se puede decir que ya llegás al terminal. Tenía nueve años cuando me dijo eso, y ahora que ya me aproximé a los ochenta, puedo afirmar que así es: la vida te fluye bajo los pies como el agua de un rápido de montaña, empinado e impetuoso.

Mi abuelo no era un hombre culto, pero tenía una buena costumbre: la lectura. Todas las noches leía novelas antes de acostarse. El uso habitual del libro le permitía conocer a muchos autores, de los cuales nombraba de memoria aforismos y metáforas, apropiándose de éstos como si fueran producto de sus experiencias de vida.

Tal vez era así, o tal vez no. Pero no siempre los combinaba en el justo contexto y a menudo se confundía con la paternidad de las citas. A pesar de todo, cada vez quedaba encantada de escucharlo. Recuerdo con mucho gusto una de sus frases favoritas, la cual hablaba de árboles y trenes. Era una niña y aunque no entendía el significado completo de esas palabras, me gustaba su manera de contarlas: “*Mirá Helene, para evitar desperdiciar bosques y robles hace falta saber primero dónde dejar pasar los rieles del tren*”. No soportaba el derroche y no perdía ocasión para recordarlo a todos en la familia, repitiendo esa frase una infinidad de veces.

Pensando de nuevo en sus palabras me dieron ganas de sonreír con melancolía.

Le pregunté a Alicia que si tenía ganas de hablarme de su abuela la habría escuchado con gusto.

—No sé si es el caso —replicó ella —no quisiera sobreponer la historia de mi familia con la suya.

—¡Ya lo están! —contesté —¡Me hiciste recordar a mi abuelo! Vamos Alicia, no te tragues las cosas, si tenés nostalgia de tu abuela Edna, habláme de ella.

—No se trata sólo de esto —agregó.

De su respuesta entendí que Alicia estaba por desvelarme algo doloroso. Al mismo tiempo, yo deseaba sólo confortarla. Nuestros papeles por un instante se invirtieron. Estábamos cerca, una en frente de la otra en un enésimo silencio, mientras el fino ruido del reloj en la mesita marcaba el ritmo implacable del tiempo. Luego, Alicia puso los codos en las rodillas y apoyó el mentón sobre las palmas de las manos.

—¡Mi abuela era judía! —se dejó llevar.

Mencionó esa frase en suave voz.

La noticia me tomó por sorpresa y el sonido de esas pocas palabras se metió en el centro de mis pensamientos. En principio, me sentí incómoda, me sentí responsable por haberla llevado a un tema demasiado doloroso para ella. Qué extraña casualidad, pensé. Acababa de meter pie en el horror del nazismo sin saber que ella, la periodista que había elegido, fuera descendiente de judíos. Me pregunté qué rumbo habría tomado la entrevista desde ese momento en adelante y cuáles precauciones habría tenido que adoptar para no herir su sensibilidad. No era para nada una tarea fácil. Los judíos sufrieron mucho el mal absoluto, que las generaciones siguientes a las del holocausto van a tener para siempre como herencia, llevándolo impreso indeleblemente en su ADN, el recuerdo del dolor y del desespero. La ofensa es hacia todo el género humano porque se trata de delitos dirigidos al hombre en cuanto tal, pero fueron ellos quienes pagaron el precio más alto. Alicia era hija de seis millones de sufrimientos; ¿Cuáles palabras habría tenido que utilizar? ¿Qué cautela habría tenido que tomar?

Por cierto no podía proseguir fingiendo. Estábamos a mitad de la entrevista y tenía que contarle la parte más cruel: el pasado de Diego en Alemania y el horror de la guerra. ¿Cómo habría reaccionado a algunas cuestiones? ¿Era el caso de evitar contarle las atrocidades que

descubrí sobre el pasado de un nazi, bajo el riesgo de dar una entrevista incompleta, o tenía que seguir, como ya lo había planificado, absolviendo ese que para mí, y también para Horacio, era el deber de la verdad? Me encontraba en el medio de una situación difícil de manejar, pero no me desanimé. Pensé nuevamente en cómo nació la decisión de querer hacer pública toda mi historia: el encuentro con Horacio, la inmersión en el diario del horror, la lectura minuciosa de la documentación sobre los criminales nazis que aún viven en este país y, sobre todo, mis reflexiones hechas delante del espejo, sola, durante largos días. Eran todos elementos fundamentales en el discernimiento que había madurado, en querer denunciar lo que sabía. Un gran compromiso, dictado por la consciencia, una consecuencia de la necesidad de querer convertir la indignación en algo útil que pudiera hacerme sentir viva aún. Eludir esta responsabilidad me habría dejado con una deuda demasiado grande hacia la verdad histórica y Alicia pudo entenderlo.

La miré, y sin dudar decidí seguir adelante. Fue la decisión más difícil, lo sé, sin embargo algo me empujaba hacia esa dirección. Habría podido resolver el problema más fácilmente, pero, conociéndome, me habría atormentado por el resto de mi vida. Habría faltado cambiar el enfoque de la entrevista y llevar a Alicia a cambiar de tema, pero habría sido una cobarde en busca de una salida, como se hace cuando se cambia de acera para no toparse con una persona.

Alicia era mi compañera de viaje en ese camino hacia la verdad y, por su parte, podía agregar un testimonio a la reconstrucción de los hechos que yo le estaba contando. Sabía bien a qué me refería cuando más tarde le hablé del papel que los dos gemelos tenían en la jerarquía de las SS y estaba consciente de los terribles aspectos de la aberrante ideología de ese cuerpo especial de Hitler. Y si mi abuelo llenó los

días de mi juventud con dosis de sabiduría y frases tomadas de varios libros de escritores famosos, la abuela de Alicia le había contado la dura vida después del aumento de la violencia contra los judíos, el impacto de las leyes raciales, las primeras deportaciones, las colas de los niños en los orfanatos y de la huida de Europa.

La abuela Edna, que en la Alemania de esos años era muy joven, formaba parte del pueblo que tenía que ser exterminado, el gran impuro enemigo del régimen, el pueblo que, aunque indefenso, llegó a ser una verdadera obsesión para los artífices del delirante programa nazi.

Cuando Alicia empezó a contarme todo lo que sabía sobre su abuela, caí en un remolino de conmoción. Luego, me explotó por dentro una rabia repentina y tuve que contenerme varias veces para no gritar. Me prometí a mí misma nuevamente que no quería condicionar su parte de la verdad y decidí escucharla en silencio. A diferencia de mí, que me documenté a través de la lectura de los papeles entregados por Horacio, ella aprendió el horror del régimen de Hitler escuchando directamente el testimonio de quien había respirado en primera persona el hedor nauseabundo de la persecución.

—Mi abuela me contó muchas veces cómo logró escapar del infierno —me dijo— la última vez lo hizo hace un par de años antes de morir.

—Vivió por mucho tiempo —pregunté fútilmente.

—¡Sí! Falleció a la edad de ochenta y cinco años.

Me pregunté si vivir hasta esa edad le bastó para recuperar algo de la vida que le habían quitado desde joven. No logré darme una respuesta a tiempo, Alicia se me adelantó.

—Perdió la alegría de vivir —me dijo— también sus penurias duraron mucho. Hay personas destinadas al sufrimiento y mi abuela era una de ellas.

—¿Por qué decís eso?

—Porque el dolor nunca la abandonó, ni siquiera acá en Argentina, pero esa es otra historia.

No capté de inmediato el significado de esa afirmación.

—Seguí, te lo ruego —le supliqué.

Alicia empezó a excavar en sus pensamientos más profundos. Percibí que lo que estaba por decir no era una simple añadidura a la entrevista. Se trataba de una parte importante para entender definitivamente lo absurdo del nazismo.

—Mi abuela tenía apenas quince años cuando dejó Alemania —dijo.

—¡Esperá! —la interrumpí —primero contáme algo de su familia.

Alicia reorganizó sus recuerdos y empezó a contarme.

—Su familia era una muy unida.

Mencionó esas palabras con satisfacción, como para querer recalcar una de las principales características de las familias judías: su cohesión. Ese era el elemento distintivo que hacía competitivos los semitas respecto a otros grupos sociales, sobre todo en el ámbito de los negocios. Horacio me explicó que los nazis se aprovecharon también de esa característica para facilitar las deportaciones. El conocimiento perverso de la fuerte cohesión de las familias judías fue la clave para el éxito del traslado a los campos de concentración. De hecho, cuando los nazis requisaban sus casas, los judíos elegían quedarse junto a sus familiares en lugar de emprender un camino individual de fuga, siempre que, hubiera sido posible. Quién sabe cómo le fue a la familia de Edna.

—¿Tu abuela era hija única? —pregunté.

—No. Tenía dos hermanos —contestó ella.

—Habláme también de ellos.

Sentía una gran curiosidad. ¿Quiénes eran los padres de Edna y cómo vivieron después de la promulgación de las leyes raciales? ¿Cuántos de ellos lograron salvarse escapando al extranjero?

Me interesaban ciertos asuntos. Absorber la historia de Edna y compartir con Alicia, aunque sólo como oyente externa mas no ajena, el drama que vivieron sus parientes lejanos, me parecía lo mínimo que pudiera hacer. Quería sumergirme en la atmósfera de los miembros de esa familia, identificarme en su ambiente, percibir las decepciones que sentían, imaginar su aflicción y la incertidumbre de sus destinos.

Aunque en Alemania, así como en la vieja Europa, ya desde hace tiempo, los judíos padecieran las consecuencias de formas más o menos difundidas de antisemitismo, fue con el surgimiento del nazismo que comenzó la decadencia de su condición de hombres libres. Los judíos se convirtieron en los principales enemigos, los que se tenían que exterminar definitivamente de la sociedad alemana. ¿Cómo podía reaccionar Edna, una nena de tan sólo quince años de edad, al acoso constante al cual fue sometida? ¿Con qué ojos observaba el mundo injusto de ese entonces? ¿Y cómo imaginaba el futuro?

Al mismo tiempo, me preguntaba qué habrían pensado los ancianos alemanes de origen judío que de repente fueron considerados extranjeros en el país donde nacieron y vivieron. Ni siquiera se salvaron los que tenían la cruz de hierro por haber luchado en el ejército alemán durante la primera guerra mundial.

Alicia me dijo que la familia de su abuela, así como todos los judíos, tuvieron que vérselas con la nueva acepción de la raza aria, diseñada para justificar y fortalecer la ideología nazi cada vez más desenfrenada. Me detuve reflexionando sobre cómo habrían podido inventarse una raza escogida, y contrastarla con grupos de personas consideradas inferiores e inclasificables.

Luego volví a preguntar por los hermanos de Edna.

—¿Sabés también sus nombres?

—El mayor se llamaba Rabi, el otro, al que conocí y que se salvó junto a mi abuela, se llamaba Hadas.

—¿Eran estudiantes?

—Rabi sí, cursaba el último año de la secundaria y cuando podía daba una mano en la tienda.

—¿Una familia de comerciantes? —pregunté.

—Sí, de diferentes generaciones. Después de años de duro trabajo, los Cohen se ganaron una sólida posición económica.

—¿Dónde vivían?

—En Múnaco. Eran los dueños de una famosa tienda de cortinas a pocos metros de *Marienplatz*,³ eran conocidos en toda la ciudad por haber realizado las cortinas del teatro de la Ópera y por haber decorado las más importantes salas teatrales de la ciudad. Entre sus clientes también figuraban personajes de la alta burguesía. Los padres de Edna trabajaban a tiempo completo y, en su actividad de expertos tapiceros, lograron obtener asesores de ventas dirigidas a entes e instituciones públicas.

—¿Entonces estaban bien económicamente?

—Sí. Aunque en poco tiempo se encontraron sin nada. Las humillaciones y los abusos hacia los judíos se tradujeron en un ostracismo gracias a leyes *ad hoc* y las posibilidades comerciales llegaron a ser tan restrictivas para ellos que no lograron trabajar más.

—¿Qué cosas te contó tu abuela?

—Episodios que presagiaban como se arreciaría su persecución hasta cuando una noche sucedió lo peor.

—¿Cuándo?

—El 9 de noviembre de 1938.

3- Plaza de Santa María, principal plaza de Múnaco de Baviera.

—¿Qué sucedió aquella noche?

—Repentinamente, los nazis en un auto-exaltante tumulto orgiástico de destrucción, quemaron y saquearon tiendas, casas y sinagogas ubicadas en todo el pueblo.

Alicia cerró los ojos para recordar mejor las palabras de su abuela y describió el infierno. En principio, no asocié esa fecha con uno de los momentos más dramáticos de la persecución hacia los judíos en Alemania. Pero, luego, me di cuenta que Alicia me estaba hablando de la famosa noche de cristales.

—Uno que otro episodio premonitor ya había sucedido en la tarde —me explicó —Edna se encontraba en la tienda cuando dos tipos ensuciaron la vitrina con el barniz dibujando encima una gran estrella amarilla. Era la señal para aquellos que habrían actuado más tarde, en la oscuridad.

—¿Un signo de reconocimiento? —pregunté.

Ella asintió.

—Hicieron lo mismo también en la vitrina de una tienda un poco más adelante y a la de frente, una librería. Mi abuela me contó que justo de la librería salió el viejo dueño gritando en el intento de detener a estos estúpidos, pero no le dieron tiempo. Fue golpeado salvajemente. La gente asustada se alejaba rápidamente mientras ese pobre viejo moría bajo una lluvia de patadas y bastonazos.

—¿Nadie intervino para detenerlos?

—¿Detenerlos? Si estaban endemoniados. Lo dejaron allí como a una bolsa de basura; luego, insatisfechos, agarraron todos los libros de escritores judíos, los echaron en el medio de la calle y les dieron fuego, no sin antes orinar encima de ellos.

—¿Y en la noche? ¿Tu abuela estuvo presente también en la destrucción de su tienda?

—Sí. Vivían en el mismo edificio. Después de haber oído el ruido de las vitrinas rotas, Edna siguió a su padre y a su hermano mayor hasta la calle para ver qué estaba pasando. Se quedó paralizada ante la furia de un grupo que intentaba destruirlo todo. En cuestión de pocos minutos se destruyeron años de sacrificios. También esa vez, como un guión, los nazis regaron gasolina sobre la mercancía y le dieron fuego. Desde la ventana, la mamá de Edna llamaba a su hija gritando a todo pulmón.

—Pobre niña —murmuré —¿Y luego qué hizo?

—Se aferró a su padre en el tentativo de detener a dos hombres que lo estaban subiendo a un camión junto a otros judíos. Mientras tanto, los nazis entraron en la casa y se llevaron también a su madre.

—¿Y los hermanos dónde estaban?

—Rabi fue a parar también al camión.

Le agarré las manos a Alicia para darle fuerza. Estaban frías como pedazos de hielo.

—Ya basta... —le dije.

Ella me miró con lágrimas en los ojos pero prosiguió.

—Mi abuela gritaba. Un hombre la agarró por los cabellos y la zamarreó hasta ponerla de rodillas. Luego le asestó una patada en el estómago haciéndola caer al suelo adolorida. Uno intentó reaccionar para frenar la devastación, pero le hicieron padecer lo mismo que al de la librería. Se llevaron también a una mujer embarazada. En el caos general, Edna se mantuvo al margen, con la mejilla apoyada en el frío asfalto. Esa fue la última vez que vio a sus padres y uno de sus hermanos. El camión, lleno de sangre judía, arrancó para Dachau, no muy lejos de allí.

—¡Que terrible! —exclamé.

—Luego, los nazis se fueron a otra tienda en la misma acera y repitieron la misma masacre. Allí también había una estrella amarilla

pintada en la vitrina, para señalar la presencia de judíos a exterminar. Los grupos aparecían por todos lados, ruidosos, alabando a Hitler y gritando al cielo el canto de Horst Wessel⁴. Fue una noche de destrucción ejecutada bajo un plan preestablecido. Las calles de Múnaco ardían, Alemania también, mientras los corazones de muchos judíos se habían convertido ya en cenizas.

Permanecí inerte escuchando la historia de Alicia, uno entre los innumerables episodios que la furia nazi actuó durante la noche de cristales. Desde entonces, la ley de los judíos no valía nada y el triste episodio determinó una conducta siempre más violenta por parte de bandas cada vez más feroces, agresivas, brutales. Una cacería de brujas que el Tercer Reich ejecutó indiscriminadamente después de haberse arrancado el último velo de pudor. Desde esa noche, le explicó la abuela Edna a Alicia, algo importante cambió para Alemania y el pueblo alemán tuvo que elegir de que parte estar: con los judíos o con Hitler.

4- “En alto las banderas”: título de un himno nazi.

Fuga de la indiferencia

Edna aún estaba en el suelo cerca de un cúmulo de cenizas cuando los primeros rayos del alba mostraron el triste escenario de la devastación. La ferocidad nazi de esa noche, más allá de saquear la tienda de su familia, destruyó la casa donde vivía y así, de repente, se encontró sola, sin tener a dónde ir. Se levantó e intentó caminar, pero un dolor penetrante le recorrió el cuerpo y cayó de nuevo al suelo.

Bajo la chaqueta, que se había puesto de prisa para correr detrás de su padre, llevaba aún el pijama. Estaba rasgada y sucia de barro y sangre. Por instinto, se pasó la mano por la cabeza y los mechones de pelo se le venían enredándose entre los dedos. Tenía un brazo hinchado y un gran hematoma en el cuello. A su alrededor había gente que lloraba, mientras un viejo, sentado un poco más lejos, maldecía a los nazis. La mayoría rezaba en silencio, consternada y resignada ya.

Edna estaba en shock y su mente no lograba más decodificar la realidad que le rodeaba. Ese lugar, que hace poco tiempo atrás representaba para ella un ambiente familiar y seguro, fortuitamente se convirtió en un mundo oscuro y hostil. “*¡Mamá!... ¡Papá!... ¿Dónde están? ¡Por favor, ayúdenme!*” repetía sollozando.

A pesar de que llevaba signos tangibles de violencia, creía estar viviendo una pesadilla y que pronto todo ese horror habría terminado. No imaginaba para nada que esa noche era tan sólo el prelude de la alienación nazi y que el odio sin control hacia los judíos habría alcanzado su punto máximo poco tiempo después, con la horrible solución final.

Edna tenía los ojos muy abiertos y la mirada perdida en la nada cuando se arrastró hasta delante de la tienda. Esquivó con un pie algunos restos carbonizados que le impedían pasar, agarró el picaporte de la puerta y tiró fuerte. Se encontró con una escena espantosa: los estantes con los tejidos volcados y gran parte de la mercancía arrojada al fuego. El resto lo saquearon hombres sin escrúpulos que, durante la redada, robaron todo, hasta el reloj de péndulo y la lámpara de araña.

Además de las vitrinas de las tiendas, destruyeron todos los muebles interiores. Edna pensó encontrarse en el infierno. El humo y el olor acre de los tejidos quemados, hacía irrespirable el aire. Se apresuró a salir afuera presa de una tos violenta y, por un instante, se despertó del estupor en el que había caído. Se detuvo al borde de la carretera; desde esa posición podía ver bien su casa. Allí también las SS habían dado fuego: una columna de humo espeso salía de las ventanas para dispersarse en el cielo plomizo y lluvioso.

Mientras tanto, otros dueños de tiendas aledañas, llegaron corriendo preocupados para atestiguar la magnitud de los daños causados. Eran todos judíos. Edna permaneció mirándolos en silencio, tapándose las orejas con las manos para no oír el ruido de sus pasos en las vitrinas destruidas. Entre ellos había una ingenua incredulidad, una forma mental dictada por la comprensible tendencia humana en mantener la esperanza. Una manera confiada de racionalizar eventos tan absurdos como reales. Eran los judíos optimistas, los que frente a las injusticias, siempre esperaban que fuera la última y que, tarde o temprano, habrían encontrado de nuevo la paz. Luego, estaban los que miraban al futuro, los que previeron el grave peligro del nazismo y que no paraban de sugerir la mejor solución posible: dejar Alemania. Una solución no del todo fácil de emigración forzada contemplada también en el programa de Hitler desde el principio.

En principio, la orientación de la comunidad era la de resistir e intentar convivir lo más posible con las leyes discriminatorias impuestas por las autoridades alemanas. Pero, la noche de los cristales representó algo diferente con respecto a los acosos anteriores, y en la mañana siguiente, entre los comerciantes judíos se respiraba una general sensación de pérdida. En poco tiempo, se difundió en la ciudad la noticia de que ellos fueron culpados como responsables de lo acontecido durante la noche. Una paradoja que fue confirmada por una orden de la dirección del partido nacionalsocialista, con la que se impuso a los dueños de las tiendas destruidas, el pago de una multa considerable por concepto de indemnización por los daños causados a la ciudad.

Edna se alejó vagando sin rumbo por las calles cercanas a *Marienplatz*; vagó por algunas horas bajo la mirada indiferente de la gente. Una indiferencia inducida por el odio que los nazis, día tras día, inyectaban como un medicamento en las venas de los alemanes elegidos para formar parte de la gran Alemania.

Alicia me contó que su abuela debía haber caminado mucho antes de recibir ayuda de una señora que conocía muy bien.

—¿Y quién era esta santa mujer? —pregunté instintivamente.

—Una vecina. Es gracias a ella que mi abuela sobrevivió.

—¿Era judía?

—No, pero conocía a la familia Cohen desde hace unos años.

—¿Tu abuela qué recuerdos tenía de ella?

—Que se llamaba Marlene y que se le conocía por su simpatía. Me decía que a menudo organizaba fiestas para los niños que vivían en el edificio, agregaba también que no podía tener hijos, pero que habría querido mucho tener uno.

—¡Siempre pasa así! Las mujeres que no pueden tener hijos acaban deseándolos más que las otras —comenté.

—Marlene no soportaba a quien los maltrataba y repetía siempre que no hacía falta la severidad para hacer entender las cosas a los niños, era necesario saber guiarlos a través de la diversión. Esa noche, en pleno asalto nazi, consiguió salvar a Hadas.

—¿Él también escapó de la redada?

—¡Sí! Tenía sólo cinco años, cuando vio a los nazis entrar a la casa se metió rápidamente en su escondite: una pequeña escotilla formada en la cavidad de la pared. Ni siquiera la mamá conocía ese lugar seguro y cuando se la llevaron, no le dieron tiempo de buscarlo. Hadas permaneció encerrado allí por un tiempo incalculable. Luego, cuando las SS abandonaron el edificio, salió vacilante y temeroso. La señora Marlene lo encontró en las escaleras con un ataque de llanto y lo escondió apresuradamente en la casa. Si los nazis lo hubieran visto, se lo habrían llevado también.

—¿Y cómo lograron salvarse Edna y el pequeño Hadas?

—Se quedaron por cinco días escondidos en la casa de Marlene, el tiempo de ponerse en contacto con alguien de la familia para explicar la situación y...

—¿Entonces tenían parientes?

—No en Múnaco. ¡Vino a buscarlos una tía de Berlín! Era la hermana del padre de Edna, una viuda.

04:00 am

Alicia se apoyó con la cabeza sobre mi hombro, Lulú dormía tranquilamente en el sillón y yo acababa de fumar el último cigarrillo que me quedó en el paquete. Ya nuestras historias se habían entrelazado a tal punto de considerar la experiencia de Edna como algo que iba a

completar la mía. Eran dos caras de la misma moneda que retribuían mi necesidad en documentarme sobre las atrocidades del nazismo. Por lo tanto, el encuentro entre Alicia y yo no se limitaba más en reconstruir solamente mi verdad. Era un intercambio de noticias y emociones.

A Alicia le interesaba todo sobre mi vida; a mí me gustaba escuchar atentamente las historias y las anécdotas que le contó su abuela, quien sobrevivió milagrosamente a la *shoah*. Y luego, con su testimonio, estaba conociendo otro efecto de la persecución de los judíos: su condición de prófugos.

Alicia todavía tenía que contarme cómo lograron llegar a Argentina. Las mallas de la red del régimen nazi eran gruesas y era imposible evitar los controles. Leí en las notas de Horacio que en ese período no era fácil alcanzar Buenos Aires para los judíos. Después de las partidas de los primeros años treinta, el mecanismo de emigración forzada, ideado principalmente por los mismos nazis para resolver con la eliminación de los indeseados, se había trancado luego de medidas restrictivas adoptadas por algunos países que los acogían. Y Argentina era uno de estos países.

Fue la tía de Berlín que trajo sanos y salvos a sus sobrinos hasta aquí. ¿Pero cómo pudo viajar sin hacerse notar? ¿Cómo se las ingenió para pasar desapercibida con dos criaturas a cuestas? Las preguntas me llegaban sin saber de dónde y no sabía cómo frenarlas. Sólo Alicia podía explicarme.

Sabía algo sobre las fugas desesperadas de los judíos: Horacio me contó de una mujer que incluso se ofreció a una persona influyente en la Embajada de Paraguay con el fin de obtener una autorización de seguridad para viajar al extranjero. Me habló también del sentimiento de angustia que atacaba a muchas familias mantenidas bajo suspenso

por semanas enteras, en espera de autorizaciones que nunca habrían llegado.

En este escenario, entre las grietas de la legalidad, se afirmó el floreciente mercado de la corrupción. El sistema de sobornos se difundió en casi todas las embajadas, haciendo enriquecer a los diplomáticos más inescrupulosos a expensas de personas cada vez más desesperadas. La burocracia en los consulados complicó el mecanismo de visa-do, ralentizando el procesamiento de miles de solicitudes de expatriación. Mientras tanto, la maquina nazi ya había proyectado drásticas soluciones alternativas, que entraron en funcionamiento después del inicio de la guerra.

—¿Se fueron de Berlín para ir dónde? —pregunté.

—A Lisboa. La tía de Edna logró obtener un permiso depositando 4000 marcos a una persona muy cercana al Cónsul.

—Una cantidad considerable —comenté —¿Y cómo adquirió ese dinero?

—Sabía ya cómo iban a ir las cosas y empezó a vender todo lo que le quedaba. Los nazis le quitaron casi todo.

—¿Y cómo vivía?

—Al principio, gracias al apoyo de una red de contactos. Luego, con el endurecimiento de las leyes, las cosas cambiaron y también la herencia que le había dejado su marido la había utilizado casi completamente. Después de años de brillante carrera se encontró sin trabajo ni casa.

—¿En qué trabajaba?

—Antes de que fuera vetada de su trabajo como independiente, era una de las arquitectas más famosas de Berlín.

—¿Y su marido?

—...Era un escritor. Murió en un accidente de tránsito mucho antes del ascenso al poder de los nazis. ¡Tal vez para él era mejor así! Tenía una cierta notoriedad y lo habrían eliminado como hacían con todos los intelectuales judíos.

04:30 am

—Contáme del viaje —le pedí a Alicia.

—Llegaron a Lisboa en la noche junto a otra pareja de prófugos. Ellos también, el día siguiente, habrían tenido que embarcarse en el Sant'Anna, con destino a Brasil. Consiguieron dormir en un galpón abandonado en la zona portuaria.

Me detuve a pensar en esa peligrosa situación en el puerto de Lisboa. Ese no era ciertamente un lugar seguro para una joven mujer con dos niños. Alicia me leyó el pensamiento.

—¡Era una mujer muy valiente! Mi abuela me contó de cuánto fue astuta esa noche en zafarse de un delincuente que se le acercó para robarle la plata.

—¡Me imagino, Alicia! Los muelles de todo el mundo están habitados por la misma gente: espías, putas y hombres que no creen en nadie, siempre listos a engañar al prójimo. ¿Y cómo hizo?

—Con su perfecto portugués, dijo al malviviente que era una prima de Don Carlos, uno de los capos de la ciudad vieja. El personaje que mencionó era muy temido en el ambiente de la mala vida y ella actuó el papel a la perfección, hasta que el estúpido, al escuchar ese nombre, le ofreció inclusive su protección hasta el momento del embarque.

—¿Dónde había oído ese nombre?

—Lo había leído por casualidad en un periódico.

Sonreí, pensando en cómo, a veces, la necesidad de salvarse en ciertas situaciones te lleva a inventar las soluciones más absurdas. Pe-

ro luego retomé mi seriedad, no lograba quitarme de la mente la escena de la deportación de los padres y del hermano mayor de Edna.

—¿No supo más nada del resto de su familia? —pregunté.

—No, hasta cuando no terminó la guerra - respondió Alicia.

—¿Cómo es posible? —seguí —¿Edna los vio subir al camión y no preguntó nada a su tía?

—Mi abuela nunca me habló de esto. Creo que en ese entonces la situación era tan grave, que cualquier pregunta habría sido inútil.

—Hay dolores que asimilamos por cuenta propia y que duelen de tal manera que ni siquiera se pueden expresar. Son los que se sedimentan en nuestra consciencia por años. Para Edna debe haber sido así.

—¿Y a su tía? ¿No le vino a la mente darle una explicación?

—¿Y qué habría tenido que decirle? La realidad era demasiado dura de aceptar y, probablemente, no había tiempo para inventarse una historia en la cual, entre otras cosas, Edna nunca habría creído. Sólo era necesario escapar de Europa lo más pronto posible y esto mi abuela lo entendió muy bien.

—¿En qué sentido?

—A pesar de que fuera sólo una niña, se dio cuenta de las miles de dificultades que tendrían que superar para dejar al país. Consiguieron salvarse porque su tía les compró la libertad. Edna llevaba encima la mitad del dinero que se necesitaba para resolver los imprevistos durante la fuga. Me dijo que tenía los billetes escondidos en los calcetines.

—¿Y así lograron subir al Sant'Anna?

—Sí. Y cuando el barco llegó se alejó de la costa hasta no lograr ver más Lisboa, se asomaron con la mirada hacia el horizonte, para el sur. Edna y el pequeño Hadas nunca habían visto el mar y quedaron encantados admirándolo por un buen tiempo, tomados de la mano. La in-

mensidad del océano y la profundidad del cielo se llevaron definitivamente el miedo a la persecución. Europa estaba ya lo suficiente lejos y no corrían más peligro: la tía de Berlín pudo darles una perspectiva de un futuro. Sin quitarles nunca los ojos de encima se distanciaba para agradecer a su Dios. El viento le agitaba sus largos cabellos y le limpiaba las lágrimas de los ojos perdiéndose en el mar. El suyo era un llanto liberador, que Edna percibió como el comienzo de otra vida en el nuevo continente.

Escuché extasiada el cuento de la escena de la partida de Europa. Me conmovió saber que ellos estaban fuera de peligro en ese bendito barco y, sin darme cuenta, por la misma emoción, le di un abrazo a Alicia.

Mi pensamiento se dirigió hacia la tía de Edna, una mujer educada que, gracias a su conocimiento de los idiomas, fue capaz en varias ocasiones de percibir las situaciones peligrosas y evitar lo peor. Su valentía me hizo acordar a un espectáculo teatral que interpreté en Milán, durante mi breve estadía en Italia. Interpretaba el papel de una mujer judía, fuerte y valiente, justo como la tía de Edna. Me concentré para recordar mejor esa parte.

La guerra estaba por terminar o por lo menos eso era lo que se oía, la atmósfera era irreal y cada noche se esperaban bombarderos. El espectáculo se llamaba “Las voces de la guerra”, un texto realizado por Agata Mazur; una escritora polaca. La historia describía la maldad de los alemanes al final de su ocupación en Italia. Soldados enloquecidos, que ostentaban arrogancia, maldad y rabia cual monstruos heridos de muerte retorciéndose hasta el último aliento. Allí también se narraban los recuerdos de una adolescente como Edna y las peripecias de una mujer de espíritu indomable y gran coraje. En la ficción

del teatro, también tuve el papel de heroína. Lo hice con una gran pasión y compenetración, sin saber de la jugada que la vida me habría reservado para más adelante, al descubrir haber sido la mujer de un criminal de guerra. Era un espectáculo que hacía reflexionar al público, con un texto escrito específicamente para sensibilizar a la comunidad con la memoria, para “iluminar a las conciencias”, como lo afirmó la autora del cuento, en una noche, cuando de sorpresa, asistió al espectáculo. El personaje que yo había interpretado se llamaba Victoria. La escena que me vino a la mente es la de un puesto de control nazi, en el cual para esconder un pollo, Victoria, astuta y determinada, se lo metió debajo del vestido, que de inmediato se manchó de sangre. La idea de simular así un parto repentino permitió evadir el control de los militares, y de llevar a casa una rica provisión para la cena.

Alicia prosiguió con el relato del exilio. Las peripecias no terminaron con la llegada a San Pablo; de allí, Argentina, aún estaba lejos y, entre las posibles soluciones, podía alcanzarse a través de Bolivia, bajando desde el norte con el tren. Un camino más largo y tortuoso, que la tía de Edna prefirió con el fin de evitar los controles estrictos que las autoridades argentinas efectuaban al desembarco de los buques que llegaban al puerto de Buenos Aires.

Y así, pasando por extensiones sin fin, primero por Brasil y luego por Bolivia, llegaron a La Paz. Luego, en Villazón, cruzaron la frontera entre Bolivia y la provincia argentina de Jujuy, poniendo pie por fin en la tierra deseada.

El último vestigio de libertad fue canjeado a un alto precio con el capitán de la guardia, y el inspector del tren. Con una seña de su tía,

Edna sacó los últimos billetes que tenía escondidos y se los entregó al inspector del tren, el cual, después de haber comprobado que la cantidad de dinero fuera la pedida, les validó los boletos.

El día después, llegaron al barrio de Once en Buenos Aires sin nada de plata encima, exhaustos por el cansancio y el hambre, pero libres de las cadenas del nazismo.

Alicia dejó caer su cabeza hacia atrás y permaneció así, con los ojos bien abiertos mirando hacia el techo. Tenía una expresión trastornada, como la de quien llega de un viaje lejano. Evocar nuevamente la experiencia de su abuela no fue fácil, así como buscar en sus recuerdos remotos y documentar la increíble aventura de un exilio. Ahora me tocaba a mí contar el final para concluir la entrevista. Sólo faltaba desvelar la verdadera identidad de Diego, el nombre que sus padres le dieron cuando nació, y describir cuáles fueron sus ocupaciones de oficial en las SS. Eran todas terribles verdades que no podía posponer más.

A pesar del cansancio y de lo tarde que era, Alicia me dedicó más tiempo. Le pregunté si quería un poco de café y ella me contestó que no con un gesto. Tomó sólo un sorbo de agua, luego tomó de nuevo el bloc de notas y se preparó para anotar las últimas cosas.

Un soplo de viento entró repentinamente desde la ventana refrescando de golpe el ambiente. Las cortinas se hincharon como velas en el medio del océano y las páginas del calendario colgado a la pared empezaron a voltearse solas. Veía los meses correr rápidamente, como los de mi vida. La ceniza de los cigarrillos que había fumado durante

la noche fue levantada por la corriente. Cayó dispersándose en el suelo. Afuera era casi de día, el brillo de las estrellas había disminuido y de repente, las cigarras se silenciaron ante el ruido del camión de la basura que, mientras tanto, se había orillado en la acera para tragarse la basura de los contenedores. Alicia y yo mirábamos en silencio la sucesión de luces intermitentes en las paredes del porche.

Desde el estómago vacío sentí que me subían como una regurgitación, las palabras que leí en el diario de Diego. Eran palabras desordenadas, duras, escritas por un hombre en uniforme, fiel a su credo malféfico. Intenté recomponerlas para formular una frase, pero desde mi boca no salió nada, eran tan impronunciables esas palabras.

Quería describir el rol de los gemelos Tomasi, pero no sabía por dónde empezar. Ambos eran nazis, eso ya se lo había revelado a Alicia, pero aun personificando al mal, los dos hermanos tenían comportamientos diferentes. Por un lado, estaba Klaus, ejecutor material de cualquier tipo de orden, un nazi metódico, silencioso, fiel y ario como muchos otros más. Por otro lado, estaba Diego, registrado en el registro civil con el nombre de Herbert. Sentí una rara sensación en llamarlo así, pero me impuse a mí misma no olvidarme, ni un sólo instante, que me refería a la misma persona.

Los hermanos Günther nacen el 16 de agosto del 1911 en Berlín, donde crecen y consiguen la graduación en el 1935. Ambos estaban muy activos en el movimiento nacionalista estudiantil, luego se inscribieron al partido nazi para entrar al final del 1936 en las SS.

Herbert Günther se caracterizó por ser de pronto un joven ambicioso, inconstante, implacable y más ario que los demás. ¡Sí! Un obsesionado de la pureza de la raza alemana. Y justo sobre esta extrema y violenta búsqueda había apuntado y construido el éxito de su propia carrera militar. Bastó con mencionar esas palabras para hacerle en-

tender a Alicia qué tipo de trabajo hubiera efectuado el capitán antes de escaparse hacia Argentina y convertirse en el pintor silencioso.

—¿Se refiere al programa racial de eutanasia? —preguntó Alicia dando un salto en el sofá.

—Sí —contesté —formaba parte del programa T4.

Entre nosotras hubo un silencio que nos dejó perplejas. Me pregunté qué habría escrito sobre el aspecto más turbio de todo mi recorrido. Alicia anotó esa sigla en una esquina donde estaban las notas que ya había tomado, encerrándola en un círculo muchas veces con el bolígrafo. Luego, apoyó nuevamente la cabeza en el respaldo del sofá, cerró los ojos y exhaló un largo suspiro.

—¿Era parte del equipo de las clínicas? —preguntó.

—Sí, la de *Sonnenstein* —respondí de inmediato.

Había aprendido ese nombre de memoria por leerlo y releerlo entre los papeles.

—¿Era un médico?

—No. Era un matemático y se encargaba de la logística.

De repente me di cuenta que usé la misma nomenclatura de los nazis para describir, proyectar y optimizar el exterminio de pobres inocentes. “*Se encargaba de la logística*” le respondí automáticamente a Alicia, como si estuviera hablando de una calidad del programa o de su eficiencia, olvidándome por un instante que no existen valores positivos en un aparato que genera la muerte.

Los nazis utilizaron de forma incorrecta e inhumana los conocimientos científicos acumulados en el curso de la historia y habían subyugado la misma ciencia a su ideología del mal. Cayeron en esta lógica la invención de las cámaras de gas, las nuevas armas y los horribles experimentos genéticos llevados a cabo con una crueldad sin piedad a las mujeres, ancianos y niños.

La mente matemática del capitán Herbert Günther, como también las habilidades de otros jóvenes oficiales, pertenecían al mismo plan. Le expliqué a Alicia que su aptitud hacía la matemática era directa y funcional al minucioso control de enfermos a eliminar, a rellenar innumerables listas con las direcciones de los familiares a los cuales remitir los respectivos certificados de muerte, a los malsanos reportajes semanales sobre los resultados obtenidos de su equipo. Uno de sus vicios era reordenar los números de las estadísticas que generaba.

Un conato de vomito no me permitió seguir más. Por instinto, me levanté del sofá y le pedí a Alicia de suspender la entrevista. Pasaron un par de minutos, el tiempo de aliviar la fuerte sensación de náusea. Luego, caminé hacia el cajón del escritorio y tomé un archivo.

—¡Aquí dentro está todo! —le dije entregándoselo —¡Vas a encontrar todas las informaciones que necesites para describir el trabajo de ese hijo de puta!

Alicia tomó el archivo, pero no lo abrió.

—Lo voy a ver con calma —dijo.

—Perdonáme, pero no puedo proseguir. Es todo tan irreal, es como una pesadilla de la cual quisiera liberarme pero no logro hacerlo.

—No se preocupe Helene, lo que dijo es más que suficiente.

Allí dentro se explicaban con detalles de qué manera eliminaban a los discapacitados y a los enfermos incurables, conforme al programa de higiene racial deseado por Hitler en persona. El Capitán Herbert Günther organizaba los traslados, se aseguraba del perfecto funcionamiento de las cámaras de gas en el centro de eliminación de su competencia y preparaba las cartas. Él mismo las firmaba. Un texto frío y estandarizado que informaba a la familia de la víctima sobre la muerte, por causas naturales, que había padecido el pariente enfermo.

Luego, la carta terminaba con la noticia de la cremación del difunto, establecida por el director de la clínica “por obvias razones sanitarias”.

El proyecto funcionó hasta agosto del 1941. Hasta cuando las protestas de los familiares de los discapacitados se difundieron por toda Alemania y, al menos oficialmente, el programa fue suspendido. Pero, el mecanismo de la eliminación física de personas indeseadas, superó la prueba piloto y la decisión del régimen fue la de aplicarla a gran escala en campos especiales de exterminio. La experiencia del capitán Günther en el programa T4 fue considerada tan valiosa que, para no desperdiciarla, en el mes de mayo del 1942, todo aquel que hubiese adquirido tal experiencia, era asignado al campo de Belzec.

Sin previo aviso, un desconocido

05:30 am

Tenía unas ganas imparables de salir a ver el alba y darle la bienvenida a los primeros rayos de sol. Le pedí a Alicia que me hiciera compañía y ella me complació. Necesitaba salir de la casa para mitigar una especie de claustrofobia que me estaba amordazando, así que dimos una vuelta por la cuadra. Cuando regresamos de nuevo a la casa, ya me sentía mejor.

—Gracias Alicia —le dije tomándola de la mano.

—¿Por tan poco? —contestó ella.

—Sí, ¿de qué te asombrás? Cuando se envejece, los pequeños gestos son los que te hacen sentir bien.

Alicia sonrió. Luego me preguntó si quería volver a la casa o proseguir.

—Quisiera quedarme un poco más, si no te molesta —le respondí.

Cruzamos la calle y nos dirigimos hacia el centro de la plaza.

—¡Usted está muy apegada a este lugar! —comentó.

—¿Cómo lo supiste?

—No lo sé, tal vez de cómo se mueve y de cómo observa las cosas. Se nota que éste es su ambiente natural.

—¡Así es, querida!

—¿Y no le daba nostalgia cuando vivía en Europa?

—¡Por supuesto! Tenés que saber que me crié aquí y en cada lugar del barrio he dejado una parte de mí. Es éste también el motivo de mi regreso.

—Entiendo —contestó Alicia.

Esta vez, conté las cosas en modo más simple de cómo acontecieron en realidad. Omití indicarle a Alicia las dificultades que tuve que superar para ambientarme de nuevo en esta ciudad, después de haber estado lejos por casi cuarenta años. La vida en Francia me convirtió en una extranjera, y cuando volví a Buenos Aires parecía un alma en pena. Por otra parte, regresaba de un exilio forzado, y además con una hija adulta. Los primeros momentos fueron duros, como cuando me fui.

No quería caer en la profundidad de ciertos temas y, para distraerme de esos pensamientos incrustados en la mente, me puse a caminar, intentando focalizarme en otra cosa. Alicia me seguía en silencio, como lo hace una monja novicia con la madre superiora. Aprecié mucho ese gesto y se lo dije, recalcando una vez más su capacidad para hacerme sentir bien. Durante todo el tiempo de la entrevista, Alicia nunca fue invasiva, ni dijo una palabra fuera de lugar, ni siquiera cuando, por el cansancio mostré signos de intolerancia.

—¿Sus padres emigraron? —me preguntó cambiando de tema.

—Sí, llegaron de España y se establecieron aquí.

—¡Una sabia decisión! —agregó ella —para mí de toda Buenos Aires este es uno de los barrios que ha mantenido su esencia.

—Hay un punto preciso de la plaza en donde prefiero estar. Es allí abajo, hacia la calle Honduras; vamos, te lo enseño.

Cruzamos el área del parque y llegamos frente a un pequeño anfiteatro. Era una estructura en concreto con una escalera de caracol y un entresuelo en el centro, que servía como escenario. Alrededor habían colocado unos paneles de plexiglás, para proteger al público del viento, durante los espectáculos ofrecidos de manera gratuita por los generosos artistas callejeros. Antes, el anfiteatro estaba rodeado por una verja de madera, que funcionaba como soporte a una maravillosa enredadera de trinitaria. Me detuve a pensar en el tiempo transcurrido y en la

misma historia “del tranvía y del terminal” que me contaba mi abuelo. A pesar de que hubiera compartido poco con mi familia de origen, por haber elegido a los diecisiete años de dejarme llevar por el remolino de la independencia, recuerdo con gusto el período de mi adolescencia.

—¡Cuando era nena, jugaba a menudo aquí! La plaza no era tan turística como la ves ahora, pero para los habitantes del barrio era un importante lugar de reunión.

Le conté a Alicia que por las noches de verano, muchas veces se solía reunir en el pequeño anfiteatro. Las mujeres traían empanadas, dulces hechos en casa y vino tinto. Pasábamos así algunas horas alegremente, nosotros los nenes, jugábamos a saltar la cuerda, mientras los adultos fumaban y hablaban de política. Estaba Domenico, siempre listo para retar a mi abuelo al truco, con la esperanza de obtener una revancha tan deseada como improbable. Sin embargo, puntualmente no lograba superar el reto y terminaba para él la noche con el habitual malhumor. Cerré los ojos y recordé el ruido de las cartas lanzadas con fuerza y las risas colectivas de los numerosos espectadores. Me acordé también de la tranquilidad de esos años.

¡Qué extraña familia era la mía! Tenía un hermano, pero es como si siempre hubiera sido hija única. Con diez años más que yo, se casó muy joven con la política y, prácticamente, no lo vimos más. Era un ferviente peronista y, con la caída del general, cayó él también, a tan sólo veintiséis años, víctima de una vil emboscada. Fui a su funeral, pero no derramé ni una lágrima por lo mucho que lo sentía ajeno.

Luego, estaba mi padre, un tipo callado, que no era capaz de mantener una conversación por más de dos minutos. Tal vez porque no tenía mucho que contar o tal vez porque el trabajo en la fábrica le quitó las ganas de hablar; el hecho es que, en pocos años, se convirtió en un perfecto ermitaño. En cambio, mi madre era una mujer fuerte y luchadora y todos la conocían en el barrio como *Tita*.

—Hábleme un poco del teatro —dijo Alicia —si no me equivoco, su carrera empezó justo aquí, ¿no?

Esa invitación, removi6 dentro de m6 los recuerdos de la inmensa pasi6n hacia la actuaci6n. Repentinamente, dirig6 la mirada hacia la calle Serrano.

—En este aut6ntico escenario porte6o, hecho de casas arboladas y viejas casas de estilo espa6ol, empez6 mi carrera. Ten6a nueve a6os cuando t6a Carmen, la hermana de mi vieja, convenc6 a mis viejos a inscribirme en *La Ventana*, la escuela de actuaci6n del viejo teatro *Palermo*. Dec6a que 6sa era mi vocaci6n, que el teatro lo llevaba en la sangre, y que habr6a sido una l6stima no cultivar esta pasi6n.

—¡Ten6a raz6n! —me interrumpi6 Alicia.

Sonre6.

—Asist6a al curso cuatro veces a la semana. La maestra era una importante actriz espa6ola que se mud6 a Argentina despu6s de la guerra. Se llamaba Carmen Puente, pero todos en la escuela la llamaban *La Fa-raona* por parecerse incre6blemente a Lolita Flores, la famosa bailarina de flamenco.

—Siga adelante —dijo Alicia con los ojos asombrados.

—*La Ventana* no era m6s que una vieja bodega adyacente al teatro. Para llegar all6, hac6a falta pasar por un estrecho y largo patio en el medio de esas casas de all6 abajo —le dije haci6ndole se6a —era un cuarto enorme donde se organizaban clases de ballet y de actuaci6n.

—¿Por qu6 le gusta tanto el teatro?

—¡Porque actuar es la manera m6s natural para acercarse a los hechos humanos! —contest6.

Estaba evocando esos recuerdos, so6nando despierta, cuando de repente, una sombra me cubri6 el rostro. Baj6 la mirada, y seguramente, se me cambi6 la expresi6n.

—¿Qué le pasa Helene? —me preguntó Alicia.
—Nada, querida... ¿Qué quieres que me pase? ... Las reminiscencias del demonio que irrumpen en mi mente.

Pronuncié esas frases en voz baja, con un poco de vergüenza.

Luego, me senté en las escaleras del anfiteatro y empecé a contarle cómo conocí a Diego. Si Alicia hubiera seguido un criterio cronológico de la entrevista, las cosas que yo estaba por contarle estaban destinadas a la primera parte del artículo. Se trataba de un resumen de la relación con Diego antes del 14 de enero del 1964, el día en el cual todos, incluso yo, lo dimos por muerto.

—Lo conocí en el teatro, durante los ensayos.

—¿Me está diciendo que él iba a verla en el teatro?

Asentí con la cabeza.

—En ese entonces, tenía veintiséis años y era asistente de las clases de actuación. Él se presentó una tarde con un mensaje en un trozo de papel dirigido a la directora y me hizo señas para que se lo entregara. Me quedé mirándolo intensamente antes de hacerle una pregunta que, pensándolo bien, habría podido evitar.

—¿O sea?

—“¿Entonces no vino acá por mí?” —dije fingiendo una actitud de devoradora de hombres.

Alicia apenas contuvo la risa. Luego, agregó:

—Y usted creyó que dijo algo divertido...

—Sí. Pero lo más grave fue que en ese momento me di cuenta que Diego no hablaba.

—¿Y luego?

—Me puse roja de la pena. Actué por reflejo y no lograba perdonarme lo que había hecho.

—¡Usted no podía saber que él fuera mudo!

—Lo sé, pero en ese momento, sólo me pareció haberlo arruinado todo.

—¿Qué había escrito en el mensaje? —preguntó Alicia.

—Pedía permiso para poder pintar durante los ensayos.

—Una solicitud extravagante, ¿no le parece?

—¡Definitivamente!

—¿Y la señora Puente qué le respondió?

—Que podía hacerlo sólo si donaba al teatro algún cuadro para ponerlo en la sala.

—Pues, ¡me parece un acuerdo razonable!

—No sabría decirte si lo hizo por conveniencia o por otra cosa. Lo cierto es que la *Faraona* no despreciaba sus cuadros, y quería darle un aspecto original al teatro, pero creo que básicamente aceptó su pedido porque él era mudo.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—La *Faraona* era una persona muy sensible y le dio compasión ver a un gran hombre como él en esas condiciones.

—¿Los actores cómo tomaron la decisión de la señora Puente? ¿Nadie se quejó?

—No. Al principio, hubo quien considerara la cosa un poco extraña, pero luego empezó a gustarnos la idea de tener a un pintor que pintaba mientras actuábamos y Diego fue aceptado por el grupo. Y pues, ya te lo dije, era un hombre apuesto y...

—En pocas palabras, ¿me está diciendo que el pintor silencioso llegó a ser en poco tiempo un miembro de la compañía?

—En cierto sentido sí, nos seguía en cada espectáculo. Me acuerdo como si fuera ayer: traía el caballete, elegía la posición correcta según la luz y la perspectiva, colocaba el lienzo y empezaba a pintar.

—¿Y cómo comenzó su relación?

—Fue él quien dio el primer paso. A mí me daba mucha curiosidad su forma de ser, pero nunca me habría lanzado en primer lugar. A pesar de que me atraía su aspecto físico, había algo en él que me frenaba. En resumidas cuentas, probaba hacia él un sentimiento contradictorio: por un lado, tenía ganas de conocerlo mejor, por otro lado, cada vez que lo veía, sentía una leve incomodidad.

—¿Y luego?

—Una noche, saliendo del teatro lo tuve delante de mí, a pocos centímetros. Fue entonces que me di cuenta de que era mucho más alto que yo. Difícilmente le llegaba al pecho. Cuando levanté la mirada para poder mirarlo a la cara, se inclinó hacia mí y me besó en los labios. Yo no reaccioné y él siguió besándome. Lo oía jadear mientras deslizaba las manos debajo de mi camisa y por todas partes. Terminamos la noche en mi casa. ¡Así empezó nuestra relación!

Alicia tenía los labios entreabiertos y me miraba sin ninguna expresión. No comentó de manera alguna el episodio que acababa de contarle, pero percibí en ella una ligera vergüenza, la misma que habría tenido cualquier otro interlocutor.

—¡Ajá! —exclamé —¿Te estarás preguntando cómo haya podido hacer algo por el estilo?

—No Helene, me preguntaba qué habría hecho si tal historia me hubiera pasado a mí.

Las palabras les salieron de golpe pero se arrepintió justo después. Su pregunta me pareció válida. Por la primera vez, Alicia se despojó del rol de entrevistadora y se identificó con mi historia. Por otra parte, yo tenía más o menos su edad cuando me volví loca por Diego y ella podía entender perfectamente cómo se siente a los veinte años cuando el corazón late fuerte por alguien.

—Qué estupidez que dije, ¡le pido disculpas Helene! —aclaró movida por un sentido de culpa.

—La tuya no es una estupidez. Y decime, ¿qué habrías hecho en mi lugar? —le pregunté mirándola a los ojos.

Ella se quedó en silencio por un momento, luego me contestó de manera clara.

—¡Habría hecho lo mismo! Estoy segura de eso.

Lo dijo con convicción y eso me animó. Era su primer comentario. Di un suspiro y me sentí más ligera, como cuando uno se quita un peso de encima.

—¿Entonces no soy la única?

—No Helene, ¡yo también habría hecho lo mismo!

Hice el intento de abrazarla, y una luz dorada me alumbró el rostro. Se filtraba entre las casas, clara y ligera, como impulsada por el viento. Se colaba entre las ramas de los imponentes *jacarandas*, colocadas como centinelas alrededor de la plaza.

Era el sol que, como un caleidoscopio, empezaba a proyectar los primeros colores del día. Un espectáculo en el cual, Alicia y yo, éramos los únicos testigos. Hacía mucho tiempo que no me encontraba allí a esa hora a disfrutar del alba.

El imprevisto ruido de una cortina metálica llamó bruscamente mi atención, interrumpiendo la magia de ese momento. Por instinto me volteé, y vi a Pedro, el hornero. Detrás de él estaba su hijo que lo seguía con una gran bandeja. Salían de la puerta trasera de la tienda con las medialunas recién horneadas. El olor llegó hasta nosotras, despertando el hambre que habíamos dejado a un lado durante la noche.

Le expliqué a Alicia que conocía a Pedro desde los tiempos de la infancia, un bonachón que se crió en la pastelería de su familia. Él no conocía el ambiente del teatro. Habría querido, pero pasaba demasiadas horas del día amasando harina y no lograba hacer otra cosa.

Pedro y el hijo colocaron las medialunas en la vitrina, luego entraron a la tienda para tomar otros pasteles. Le expliqué a Alicia que esas eran las medialunas más famosas de Palermo y no podíamos dejar escapar tal oportunidad. Tenía que probarlas, absolutamente.

Cuando entramos a la bodega, Pedro estaba de espaldas, con la intención de preparar la masa para otra tanda. Me acogió con una amable sonrisa y el usual “*mademoiselle*”, sobreentendiendo mi pasado parisino.

Charlamos un poco, luego salimos de la tienda con una bolsa llena de esas delicias. Alicia las llevaba en la mano como una reliquia. Nos las comimos todas, sentadas en las escaleras del anfiteatro.

Mientras tanto, la plaza se llenó de vendedores ambulantes por el frecuente mercado artesanal.

Alicia y yo regresamos a la casa para terminar la entrevista.

Viaje en tercera clase

El 4 de noviembre de 1947, Diego Ernesto Tomasi, camuflado como mecánico especializado, subió al barco *Philippa* con dirección a Buenos Aires. “*Dejo esta fría y caótica ciudad, hacia el sur, en búsqueda de sol y tranquilidad*”, escribió en su diario.

A diferencia de la mayoría de los pasajeros, inquietos y sin un objetivo fijo, él enfrentaba serenamente el futuro que lo esperaba más allá del océano. Algunos de sus viejos amigos estaban ya esperándolo en el puerto de *La Boca* para darle la bienvenida y facilitarle la entrada al nuevo mundo.

Su transformación se había iniciado mucho antes de embarcarse en Génova. El pasaporte falso, que se procuró con la ayuda de Don Venturelli, el cura de la iglesia de San Teodoro, y la visa otorgada por la oficina argentina de inmigración, lo hicieron renacer. El ex capitán de las SS logró, de esta manera, desviar sus huellas entre la multitud oceánica de refugiados y emigrantes en tránsito al muelle.

Su historia era parecida a la de otros criminales de guerra que, después de haberse dado cuenta de la inevitable derrota, eligieron la vía de la transformación y del escape. Pero Horacio me explicó también, que justo después de finalizar la guerra, a pesar del fracaso de Alemania, algunos oficiales habían puesto en marcha la maquinaria organizada para salvarse de los procesos. Fue así como tuvo lugar la más grande y compleja operación de fuga de los criminales nazis en Europa.⁵

5- Operación O.D.E.S.S.A. (*Organización de los ex-miembros de las SS*). Red de ex jefes y criminales nazis fugitivos, organizada hacia el final de la segunda guerra mundial para permitir la fuga de éstos desde Europa.

—Diego partió desde Alemania para llegar a Suiza, pasando por Francia. Bern fue su primera parada. Luego, llegó a Génova, viajando clandestinamente en un vagón de un tren de mercancías.

—¿Es la *ruta de los Monasterios*? —preguntó Alicia.

—Sí, alguien la conoce como la *ruta de las ratas* —precisé —había también otras rutas, pero al parecer, ésta era la más segura.⁶ La recorrió su hermano también algunas semanas antes.

—¿Qué más sabe de su fuga? —preguntó Alicia.

—Los dos gemelos formaban parte de la lista de los que tenían invitación de Argentina.

—Invitados... Tiene razón, Helene, en decir así. Por acá, los nazis fueron acogidos con los brazos abiertos y encontraron el lugar ideal para vivir con tranquilidad.

—Prácticamente fue así para muchos de ellos.

—¡Claro! Y además, en Argentina en ese período hacían falta técnicos y los oficiales alemanes estaban especializados en diferentes sectores.

—Por este motivo, en la fase inicial, también los gemelos Günther bajaron en una fábrica al norte de Buenos Aires.

—¿Y qué producían?

—Repuestos para aviones.

Alicia dio un largo suspiro. Luego, retomó el hilo de la conversación sobre la fuga de Diego.

—¿Cómo fue su llegada al país? Hábleme de él.

Me levanté del sofá y tomé una nota que me dejó Horacio, en la cual hacía un resumen de las principales fases de la operación. Leí algunas

6- Los fugitivos podían quedarse en los centro de recepción (*Anlaufstelle*) que estaban desplegados a cada 50 km a través de todo el recorrido. Se trataba de comités de auxilio administrados por cinco personas ajenas a las siguientes y anteriores etapas, así como del destino final del viaje.

frases: “...una vez llegado a Génova, la oficina de la delegación de inmigración argentina enviaba a Buenos Aires una lista con los datos personales para obtener la visa de conformidad”.

—¿Mientras tanto él dónde vivía?

—Se estableció en una comunidad religiosa en la zona del puerto.

—¿Recuerda el nombre de la congregación?

—No, pero se lo puedo preguntar a Horacio.

—Siga adelante —dijo Alicia mientras retomaba el bloc de notas.

Seguí leyendo.

“Los nombres en la lista eran evaluados caso a caso por una sociedad de Buenos Aires, y a los que se le reconocían conformes, al cabo de algunos días, se les emitían los respectivos permisos de ingreso al país. Diego Ernesto Tomasi obtuvo su permiso el 23 de octubre”.

—¿Se lo remitieron a Génova?

—Sí, completo con fotografía y, por supuesto, con el nombre falso.

—¿Y el pasaporte? ¿Cómo hizo para obtenerlo?

—Para ése, se necesitaba dirigir a Roma, otra etapa neurálgica de la operación. Acá lo explica, escucháme: *“Después de haber obtenido el permiso, se hacía la solicitud del documento para la expatriación, directamente en la sede de la Cruz Roja Internacional”.* ¿Entendiste ahora?

—¡Sí!

—¡Y así se cerraba el círculo!

—¡Increíble! —exclamó Alicia.

—De hecho sí, y esta praxis se replicó para muchos de ellos que lograron subir a los barcos de los emigrantes dirigidos a Sudamérica. Viajaban en tercera clase, como ellos. La travesía duraba alrededor de veinte días. Luego, una vez de haber puesto un pie en tierra firme, como hombres libres empezaban una nueva vida.

—¡Y vaya que fueron muchos los que llegaron!

—Sí. En este país, cuando menos te lo esperas, aparece uno de ellos. Incluso este barrio no quedó exento.

—¿Qué quiere decir?

—Que justo por aquí cerca, en la calle Ombú, detuvieron a un par de nazis hace algún tiempo.

—Diego también decidió venir acá.

—Él llegó muchos años después, siguiendo el llamado del arte.

Alicia no captó de inmediato el significado de esa frase.

—Fue la pasión por la pintura que lo atrajo al barrio de los artistas —le expliqué mejor. Ya se sabe que este barrio es un lugar de inspiración.

—¿De dónde venía?

—Del sur. Después de un breve período viviendo en Buenos Aires, se fue a la Patagonia, como su hermano. Pero, es evidente que no logró convivir con el ruido del viento. El ambiente frío y monótono no era para él hasta que dejó endurecer las brochas.

—Se explicó perfectamente Helene.

—Estoy segura de que se fue porque estaba convencido de que había sido olvidado. Ningún perseguido piensa en huir para siempre. En un cierto momento, algo te hace creer que estás a salvo, y que todas esas precauciones con las cuales conviviste por años, puedan dejarse atrás de repente.

—Yendo a vivir a Palermo, Diego se expuso demasiado, ¿no es así?

—Sí. Y seguramente habrá involucrado a otras personas. Por mucho que uno se esfuerce en vivir una vida bajo alerta, es inevitable tropezar y cometer errores. Basta un momento.

—Tal vez sucedió exactamente eso.

—Son sólo mis suposiciones, Alicia.

Me perdí en el vacío por un instante.

—¿Y ahora en qué está pensando?

—En lo extraña que es la vida. Si Diego no hubiera tenido la pasión por la pintura, nunca me habría encontrado con él.

Permanecí de pie, frente a Alicia, con la hoja de Horacio en la mano. Ella anotó mis últimas consideraciones en el cuaderno, luego arregló sus cosas en la cartera y se levantó. Pasamos toda la noche hablando, sentadas en el sofá, y llegó el momento de despedirnos.

La noche es increíblemente larga cuando se decide llenarla sólo con palabras. El tiempo, en la oscuridad, mantiene su ritmo y pasa lentamente, como la arena en un reloj de arena. Todo es más calmo. El cuerpo tiende a relajarse e incluso las actividades cerebrales disminuyen. Sin embargo, para Alicia y yo, esas horas nos parecieron breves y fugaces.

Me sentía vacía como el fondo del mar en marea baja. Las piezas rotas de mi pasado, que el destino lanzó contra las rocas, estaban allí a la vista. Alicia las agarró, una a una, y las juntó, logrando recomponer la historia por la cual vino a escuchar.

El reloj marcaba las ocho y cuarenta y cinco, y en el porche el calor ya era insoportable. Desde la plaza se oían las voces de los turistas que transitaban entre los puestos de mercado. Bajé las persianas y prendí el acondicionador. En ese momento, vi mi imagen reflejada en el vidrio de la ventana. Tenía un aspecto desgarrado por el cansancio. Es verdad que la pérdida de sueño, llegada a una edad, deja rastros en el rostro como una enfermedad, pensé. Estaba pálida y cansada, pero al mismo tiempo me sentía aliviada por haber hecho público el engaño, por haberme liberado de un fantasma y, sobre todo, por haber desen-

mascarado a un criminal. Él estaba muerto, lo sé, y por esto no habría cumplido pena alguna, pero la idea de poder llevar a la luz a todo el mundo de quien fuera realmente el pintor silencioso, me aliviaba del gran deseo de que se hiciese justicia. Después de sufrir tanto, me estaba quitando un peso de encima y por ende teniendo una gran satisfacción. Era sólo una cuestión de pocos días y la noticia habría sido publicada.

A veces, el profundo sentido de una triste historia sale a flote sólo al final, después de haber padecido el sufrimiento. Y en mi corazón, esa noche con Alicia, pasó de todo: penas, angustias y tormentos me hirieron como saetas. Resistí a todo, buscando el coraje de seguir adelante sola, como cuando de niña me enfrentaba a la oscuridad.

Alicia se despedía con la promesa de realizar una labor crucial: agregar la pieza que faltaba en el mosaico de la verdad.

—¡Déjeme trabajar, Helene! Va a ver que saldrá un buen reportaje sobre su caso.

Suspiré.

—Muy bien entonces.

—Sí, quédese tranquila.

El artículo de Alicia podía representar el acto final de la historia. En la adaptación cinematográfica habría sido la escena final de una película, la que sale antes de los créditos. ¿Cuál habría sido la reacción de los lectores? ¿Qué tipo de conclusiones habrían hecho?

Las dudas empezaron a zumbarme en la cabeza como avispas enloquecidas. Para no molestar a Alicia, camuflé mi cara con una sonrisa como si nada hubiera pasado. Mientras tanto, ella abrió la puerta y salió colocándose en el escalón de la entrada.

Por mucho que la vida sea incomprensible, esa mañana dos cosas quedaron claras en mi mente: la primera se refería a estar consciente de que lo vivido con Alicia me lo iba a llevar dentro por el resto de mi vi-

da; la segunda, tal vez la más personal, se refería a la decisión de regresar al teatro para una última aparición. Era el deseo, repentino e irreprimible, de subir una vez más al escenario. Por otra parte, como estaba escrito en una placa del teatro *Palermo*, “*¡Uno es actor por siempre!*”, y el ímpetu de un artista es irrefrenable, a pesar de la edad. Me bastó un momento para mandar al demonio las limitaciones y las precauciones acosantes de mi hija y pensé, que después de todo lo que nos dijimos Alicia y yo, me habría gustado actuar en algo que tuviera que ver con el estado de ánimo que sentía en ese momento: la esperanza.

Alicia mencionó algo, pero estaba tan concentrada que ni me da cuenta.

—Disculpáme, tenía la cabeza en otra parte. ¿Qué me ibas a decir?

—Quería agradecerle —contestó ella.

—¡Soy yo quién te agradece más bien! —la interrumpí.

—Como prefiera, quiere decir que lo voy a hacer público en el artículo.

Se me escapó una sonrisa.

—¿Querés un café antes de irte? —le pregunté.

—Le agradezco Helene, será para la próxima.

No insistí.

—Hicimos un buen trabajo —dijo.

—Sí, yo también lo creo.

Nos abrazamos tiernamente. El momento era tan especial que ninguna de las dos se atrevía a interrumpirlo. Luego, sentí cómo el abrazo se zafaba hasta que se fue.

—Cuando el artículo esté listo, le aviso —dijo bajando por las escaleras.

—Tomáte el tiempo que quieras - le contesté - no tengo más prisa en la vida.

Regresé a la casa y me asomé a la ventana. Entreví a Alicia cruzar la calle, subir al primer taxi y desaparecer en el medio del tráfico.

La cosa justa

10 de febrero de 2014.

El buzón de correo está nuevamente lleno, me indicó esta mañana el portero a través del intercomunicador. Llegaron otras seis cartas y, con estas, mi colección aumentó a cuarenta y cinco.

Me visto de prisa y bajo para tomarlas. La curiosidad es grande, y mientras subo de nuevo las escaleras, abro un par de cartas para echar una rápida ojeada. Son mensajes de solidaridad y de aprecio por lo que hice. Alicia me dijo que al menos treinta cartas, del mismo tipo, llegaron también a la redacción periodística. No me esperaba para nada tal reacción. Inclusive el Presidente de la Comunidad judía quiso expresar su reconocimiento con un telegrama. Definió mi gesto como “*una importante contribución a la verdad sobre hechos históricos que todos deberían conocer*”.

Vuelvo a la casa, agarro el paquete de cigarrillos, me siento en el sillón y sigo leyendo. Abro otra carta. Quien escribe es una judía polaca que vive en *Reconquista*. Obviamente debe de ser muy anciana y sus palabras gotean de dolor. De los recuerdos atroces de la vida en el gueto de Varsovia, ella también, como la abuela de Alicia, lleva consigo una amarga desconfianza hacia la justicia. En una parte de la carta hay una frase que me llama particularmente la atención: “*...Era como si Dios también nos hubiera abandonado*”. Pero luego el tono de sus palabras se hace más dulce, vuelve al presente, y no deja de hacerme cumplidos por haber desenmascarado al pintor.

La segunda carta pertenece a un tal Juan Serrano. Prácticamente, la

suya es una larga y poética declaración de amor. Sólo al final desvela ser un antiguo admirador mío y haberme escrito impulsivamente después de haber leído el artículo en *Página12*. *“Estimada Señora Sanz, le escribo con una pizca de nostalgia de un pasado ya remoto, cuando iba a admirarla en sus espectáculos en el teatro Gran Rex de Mendoza”*. Por un instante, me hundo en mi debilidad. No sé si por un fino humo que me ciega, o por la incapacidad de aguantar esos recuerdos, pero empiezo a llorar. La carta sigue así: *“...cuando se abría la cortina, yo estaba allí aplaudiéndola con una gran emoción en el corazón. Entre muchos aplausos, el más fuerte era el mío, pero usted no lo podía saber...”*

Me seco las lágrimas con un gesto automático. Una cae en la hoja. Leer esas palabras es como acercar la oreja a la puerta del cuarto del pasado y escuchar las voces, la música, el teatro de un tiempo. Todo parece real; puedo oír los impetuosos aplausos en la sala, el sonido de la orquesta y mis pasos en el escenario. Reconozco aun la voz de Pier, en los camerinos, y las partes de un guión, que permaneció enterrado quién sabe dónde. Abro nuevamente los ojos y veo la ceniza consumida del cigarrillo caerme encima, sobre el vestido. La quito con la hoja que tengo en mis manos, un golpe seco y oigo el ruido sordo, artificial del papel. Me pregunto dónde termina la realidad y cuál es el límite de la fantasía. La tentación de abrir esa puerta imaginaria y volver atrás es mucha. Es un deseo ardiente de querer vivir de nuevo los momentos más importantes de mi vida, pero esta vez sin cometer los mismos errores.

Exhalo un largo suspiro y me recompongo. Apoyo la hoja en la mesita y sigo adelante con la lectura. Tomo el último sobre y lo observo algunos instantes antes de abrirlo. No tiene sello y tampoco remitente.

Adelante sólo está escrito mi nombre, sin dirección. A diferencia de las otras que llevan el sello postal, no tiene la fecha. Me detengo pensando en por qué alguien prefirió meterla directamente en el buzón de la correspondencia, en vez de mandarla a través de una oficina de correo.

Con perplejidad abro el sobre y saco la hoja. Aparece ante mí una frase escrita en pincel y tinta negra. Parece que es en idioma alemán:

JETZT WAS ERHOFFEN SIE ERREICHT HABEN.
DU BIST SEHR DUMM

Observo atónita esas palabras, intentando encontrar una respuesta a las muchas preguntas que me llegan a la mente. ¿Quién puede ser el autor de ese mensaje en alemán? ¿Y qué quieren decir esas palabras desconocidas?

La frase no tiene una firma y aunque no logre comprender su significado, se parece a un reproche o algo por el estilo. Volteo la hoja para ver si había algo escrito atrás, pero nada: está completamente blanca. Un escalofrío repentinamente me recorre la espalda. Es un escalofrío de angustia. Entonces me levanto del sofá y voy hasta el teléfono. Marco un número que había memorizado: uno, dos, tres sonidos, y por fin, del otro lado, responde una voz.

—¿Hola?

—¿Horacio? Soy yo, Helene.

—Helene, ¿qué tal?

—¡Necesito hablar con vos!

—¿Pasó algo?

—Recibí una carta que me puso nerviosa.

—¿Qué tipo de carta?

—A decir verdad, es sólo una frase, pero no entiendo el significado.

Creo que está escrita en alemán.

—¿Una frase en alemán? ¿Entendí bien?

—Sí.

—¿Y quién te la envió?

—No lo sé, no tenía remitente.

Repito a Horacio, con mucha dificultad y deletreando las palabras, ese incomprensible mensaje, mientras él se lo anotaba quién sabe dónde.

—¿Me sabés decir lo que significa? —le pregunto.

—Lo siento Helene, no sé hablar alemán —contesta —pero un amigo mío sí. Dame un tiempo para ponerme en contacto con él y te vuelvo a llamar.

Corto la conversación e intento inútilmente pensar en otra cosa: mi mente se queda atascada en esas palabras de sonido duro y frío como el acero. Luego, pienso en cuánto me he angustiado últimamente y tengo un sentimiento de envidia hacia quien, en cambio, puede vivir sin dejarse sorprender por las cosas, demostrando en cada oportunidad, la capacidad de saber razonar. Y pensar que durante mi vida me he lanzado sin pensarlo dos veces en todo lo que se me presentaba sin nunca tener miedo, pero en este período, algo en mi vieja cabeza se trancó y suelo sentirme frágil e insegura.

Para darme a mí misma una demostración de valentía, doblo la hoja con ambas manos y, con un gesto de locura, lo lanzo al porche. “*¡Que se vaya al diablo el alemán!*” hablando conmigo misma. La hoja llega hasta el jarrón del *benjamin*. Creyendo que quería jugar con ella, Lulú la sigue, como hace con cualquier objeto en movimiento y lo agarra con las patas. Luego, después de haberla olido, se aleja sin interés.

Me dedico a hacer otras cosas en la casa, pero cada vez que paso por allí, la mirada cae siempre en esa hoja arrugada y los pensamientos empiezan a acumularse en mi cabeza, como restos al fondo del río.

Pasan un par de horas, pero de Horacio no se sabe nada. Me pregunto si es posible tardarse todo este tiempo para contactar a una persona y traducir una frase. ¿O tal vez ya lo hizo y descubrió que se trata de un mal mensaje que no quiere revelarme para que no me asuste? Detengo mis pensamientos a propósito, admitiendo dar importancia a demasiadas tonterías.

—¿No estaré exagerando? —me pregunto —total, ¿qué será? ... Es sólo un mensaje.

El sonido prolongado del intercomunicador interrumpe bruscamente cada suposición que tenía. A esta hora no suelo tener visitas, pero podría ser mi hija. Ella es la única capaz de presentarse a la casa a cualquier hora del día y de la noche. Abro el portón y me acerco a las escaleras. Por lo general, siempre hago así para ver quién viene a visitarme. El portón de la entrada se abre y el resplandor del sol alumbra el atrio. A contraluz entreveo la sombra de alguien, inmóvil, en la puerta, pero no consigo entender quién es. Y de todos modos, no me parece que sea Sara.

—¿Helene Sanz? ¿Es usted la señora Sanz?

Una voz desconocida hace eco por las escaleras.

— Sí, soy yo, ¿y usted quién es? —pregunto, mientras con la mano me cubro los ojos de la luz.

—¡Alguien que usted tiene que conocer absolutamente! —contesta caminando hacia las escaleras.

Apenas eché para atrás al borde de la puerta me encuentro con una mujer delante de mí. Debe ser algunos años más joven que yo, pero tiene un aspecto bastante descuidado y no consigo darle una edad precisa. La observo con atención. Es alta y robusta. Lleva lentes de vista y cabellos cortos, de un color rojo indefinido, recogidos en un foulard.

Lleva un vestido azul de fantasía que huele a naftalina, como los viejos disfraces. Estamos una en frente de la otra. Por un momento permanecemos así, en silencio. Luego la mujer empieza a hablar.

—Quédese tranquila, no le voy a quitar mucho tiempo. Solo quería decirle algunas cosas.

—No es este el punto. ¿Puedo al menos saber su nombre?

—¿Por qué no hablamos dentro? —responde la mujer, ignorando completamente mi petición.

En esas palabras percibo un raro acento.

—Usted no es de Buenos Aires, ¿verdad? —le pregunto de impulso.

—No, pero esto no tiene importancia. Ya se lo dije, vine sólo para aclarar algo, ¿no va a querer que me quede aquí todo el tiempo?

Sin darme cuenta, logra convencerme y la dejo entrar. La mujer camina hasta el porche, luego, apoya la cartera en el sofá y se pone cómoda. Yo también me siento y empiezo a observarla: la sensación es la de encontrarme frente a una persona misteriosa e impenetrable y me siento incómoda en su presencia. Con la esperanza de acortar el tiempo de la visita, intento adelantar el motivo de su aparición.

—¿Vino por el artículo? —le pregunto.

—Sí.

—¿Qué quiere saber en particular?

Mientras tanto, la mujer se quita el foulard, lo dobla y lo pone en la cartera. Luego, con un tono serio, me hace una pregunta que me toma de sorpresa.

—¿Por qué lo hizo?

—¿Qué cosa?... —le pregunto.

—¿Por qué decidió revelar públicamente aspectos que hacen referencia a su vida privada?

No contesto.

La situación entre nosotras comienza a ponerse fea y de repente me siento invadida por una extraña inquietud. El corazón me empieza a latir fuerte, lo siento incluso en la punta de los dedos y en las sienes. En cambio, ella permanece indiferente y sigue mirándome con dos ojos que parecen de hielo. ¿Quién es esta mujer? Me pregunto. ¿Y qué quiere de mí? Estoy haciendo un esfuerzo enorme para poder mantener la calma.

—¿No entiendo a dónde quiere llegar! —le respondo molesta —las razones de lo que hice están escritas en el artículo, ¡basta con leerlo! En caso de que no las hubiera entendido, se las vuelvo a decir: “*dar mi contribución a la memoria y liberarme definitivamente de un criminal. ¿Le quedó más claro ahora?*”

—Esta es la motivación oficial, señora Sanz. Yo me refiero a la verdadera. ¿Por qué no me habla de su popularidad?

—¿Mi popularidad? ¿Y qué tiene que ver con todo esto? Mi marido era un criminal nazi. ¿Entiende? ¿Le parece algo de poca importancia?

—Qué sí, señora Sanz. ¡Estamos hablando de una noticia de hace ya cincuenta años! ¿Por qué no admite que lo hizo para no quedar en el olvido?

—¿Pero cómo se atreve a decir tal cosa? ¡Yo no tengo ninguna necesidad de hacer farándula! Y además, ¿quién le da el derecho de desprestigiar mis acciones? ¿Qué sabe usted cómo se siente después de haber sido engañada por toda una vida? ¡Aún pago las consecuencias!

—¡Pero mírese! Usted es sólo una oportunista —recalca la mujer.

—¡Basta! ¡Lárguese! ¿Quién es usted para venir a mi casa y hablar-me de esta manera? ¡Vamos, lárguese inmediatamente!

Me levanto de golpe, lista para acompañarla. Pero a ella no parece molestarle mucho.

—Soy Magdalena Braun —contesta.

—Magdalena —repito lentamente.

Luego hay una pausa de silencio. El sonido de ese nombre me entra por las orejas y llega derecho al cerebro. Cierro los ojos y veo de nuevo las imágenes de los días del homicidio. Me detengo en la escena de cuando, desde el hospital, me entregaron los objetos encontrados en el cadáver. Vuelvo al sobre y entre las otras cosas, estaba también ese anillo con el nombre “Magdalena”.

—¿Entonces era usted la esposa de Felipe?

La mujer pareció ausentarse por un instante, como si estuviera excavando en su memoria.

—¿Pero no estaba soltero? - agregó.

—No hace falta estar casados para llevar el anillo. Aquí está, este es idéntico al que le habrán enviado desde el hospital, con la diferencia de que aquí está escrito Felipe. ¡Mire si quiere! —dice mostrándome el anillo que se quitó del anular.

Con un movimiento instintivo evito su mano. Luego, sin pensarlo dos veces, me levanto, voy a la sala de estar y hurgo en la gaveta del escritorio. Es cuestión de pocos segundos y vuelvo donde ella.

—¡Aquí está su anillo de compromiso! Ahora se puede ir.

—Me voy, quédese tranquila. De todos modos, ¡quiero que sepa que las cosas no acontecieron como usted cree! - agregó la mujer.

—¿Qué insinúa?

—Que en el reportaje que escribieron, hay algunas imprecisiones.

—No es posible, detrás de la entrevista, hay una detallada reconstrucción de los acontecimientos.

Una risa sobresale de mi voz.

—¡Usted es una mujer presumida!

—¡Yo soy una mujer que tuvo el coraje de denunciar!

—¿Sólo por haber dado una ridícula entrevista?

—Hice mi deber —agrego.

—¡...Patética! Siga jugando el papel de la víctima si quiere, tal vez es una buena técnica para regenerar su fama. Pero conmigo no funciona.

—¡Ya basta!

—“*¡La diva engañada!*”... ¿Y quién fue que le sugirió el título? ¿Su amiga judía?

—Usted es una persona despreciable. ¡Basta! ¡Váyase! —le grito con toda mi voz.

Miro con desprecio ese ser desagradable, y confirmo la primera impresión que tuve de ella cuando la vi. Qué estúpida que fui en dejarla entrar. ¿Pero cómo pude prestarle atención a una desconocida que es sólo capaz de despotricar sobre mis razones? No me queda otra cosa que calmar mis pensamientos para aislarlos del contagio de sus reproches llenos de odio y alejarme de ella, definitivamente. Entonces cambio de actitud e intento hacerla hablar. Lo hago con un tono más decidido y provocador.

—¿En cambio, cuál sería su conducta? ¿Esconder toda una vida el haber sido la mujer de un nazi?

La mujer no responde, pero su rostro manifiesta una ligera molestia. Tal vez encontré en ella un punto débil y decido insistir.

—En vez de descargar sobre mí toda su rabia, ¡hágase un examen de conciencia! Mírese al espejo intentando ir más allá de la imagen de simple y anónima mujer que se dio en todos estos años. Vuelva a su pasado e intente preguntarse cómo pudo vivir todo este tiempo con un secreto tan atroz.

—¡Es una cuestión de fe! —responde fulminándome con la mirada —¡Usted no puede entender!

—Deje quieta la fe e intente darme una respuesta concreta. Si usted lo sabía, ¿por qué eligió el silencio? ¿Por qué nunca lo denunció?

—¿Y qué cosa habría tenido que denunciar? ¿Al nacionalsocialismo?

—¿Le parece tan absurdo?

—Le hago saber que yo nací en Argentina de padres alemanes y que en mi casa se rezaba por la suerte del Führer.

En sus palabras está la respuesta al por qué en este país el plan de fuga de los nazis tuvo los resultados más significativos respecto a otros lugares del mundo. Magdalena Braun es sólo uno de los ejemplos de apoyo a la operación. La educación que recibió de su familia, motivada a adorar al Führer y a su partido, se convirtió para ella en pura costumbre que duró en el tiempo, aun después de la derrota de Alemania.

—Cuando acepté vivir con Felipe era joven y para mí era un honor estar a su lado. Él acababa de llegar a Buenos Aires.

—Él también en fuga como muchos —agrego.

—Estaban siguiendo un plan. Perdieron la guerra, pero otro reto lo esperaba aquí.

Como si se hubiera enfervorecido con la llama de la nostalgia, la mujer empieza a contar, de manera lúcida, su propia historia. Repite varias veces términos y siglas que oí mencionar a Horacio: cuarto Reich, empresas argentinas creadas con capital alemán, Operación Odessa, *Die Reihenfolge der Heiler*. Luego, explica la organización de la célula de pertenencia de los dos gemelos y describe el insano proyecto de cooperación con otras células nazis. Un plan ideado para acrecentar el poder político y económico en esta tierra, que para ellos desde siempre ha representado una segunda patria.

La mujer se transforma en un río desbocado y me cuesta prestarle bien atención. Siento molestia por como describe un barullo de nom-

bres, fechas y eventos sobre nazis y pro-nazis. Para comprender algo de su compleja personalidad, intento inducirla a contarme de nuevo de su relación con Felipe.

—¿Es posible que nunca haya cambiado de opinión? —pregunto.

—Sí, ¡es posible! Y haría de nuevo exactamente todo lo que hice. Incluso el trabajo en el quiosco.

—¿El quiosco? ¿Cuál quiosco?

—El establecimiento en la estación de servicio. Decidí seguirlo hasta el fin del mundo para estar con él.

Con el pasar de los minutos, otras fracciones de verdad van saliendo a flote: Felipe y Diego, después de la primera fase de asentamiento en la provincia de Buenos Aires, decidieron vivir a salvo de riesgo y se mudaron al sur. Gracias a los viejos camaradas lograron encontrar un trabajo en una fábrica en la periferia de Río Negro. La situación se regularizó pasados los diez años más o menos. Cuando ya la vida de los gemelos parecía estable y tranquila, Diego empezó a padecer por el aislamiento del mundo y, sobre todo, a desear cultivar la pasión por la pintura en un ambiente más alentador que el frío sur, desolado y desestimulante. Como lo es la flauta para las serpientes, así la pintura empezó a convertirse para él en un llamado irresistible. Decidió así partir para Buenos Aires, actuando el papel del pintor mudo.

—¡Ese estúpido desobedeció! —observa la mujer hablando de Diego —A pesar de que Felipe le hubiera repetido tantas veces de no ir, él actuó por su cuenta.

—Y finalmente llegó aquí —agrego en voz baja.

—Por lo que parece sí, en el famoso *barrio de los artistas*, una atracción irresistible. Su hermano decía que hay necesidades que no se pueden reprimir y que la pintura era una de estas.

—Entonces, usted sabía dónde se escondió el pintor silencioso. ¿Por cuál razón no vino a buscarlo?

—¿Y para qué? ¿Para qué me matara? Preferí desaparecer y cuidar de mi hijo.

—¿Su hijo? ¿Usted tuvo un hijo con Felipe?

—Sí, cuando lo mataron, yo estaba en el cuarto mes de embarazo, pero este es otro tema. Creo haberle dicho todo, señora Sanz, el resto es una historia que usted conoce bien.

La mujer se levanta para despedirse. Estaba ya en la puerta cuando le hago la última pregunta.

—¡Espere! ¿...El homicidio de Felipe habría podido evitarse?

Ella se voltea y responde con seguridad:

—¡Sí! ...si sólo hubieran respetado las reglas...

—¿Se refiere a Diego?

—Él primero que nada. Si lo hubiera hecho, no se habría expuesto con los del centro Wiesenthal y no habría matado a Felipe para salvarse. Por otro lado, era a él a quien habían descubierto

—¿Y luego qué? ¿Quién más habría tenido que respetar las reglas?

—Los miembros de la célula. Habrían tenido que pararlo a tiempo - contesta saliendo de la casa.

Magdalena baja por las escaleras y se va. La veo desde el porche mientras se acerca a un joven de buena presencia recostado a un auto estacionado frente al portón.

Debe de ser su hijo. Me detengo pensando en el hecho de que él también, como Horacio, es hijo de un criminal nazi. La diferencia entre ellos dos está en la consciencia de su origen. Una verdad que Horacio, aunque haya sido por casualidad, encontró la manera de descubrir,

mientras el otro, el hijo de Felipe, nunca podrá llegar a saberlo. Él lleva el apellido de su madre, y aún hoy día, vive ajeno a todo esto, por desconocimiento. Y aunque leyera mi entrevista, nunca va a poder imaginar que el hombre asesinado en Mercedes era su padre, ni que era un ex SS.

Magdalena y su hijo se dicen unas cosas, luego, suben al auto y se van. Mientras tanto, regreso a casa, me recuesto a la pared y exhalo un suspiro de alivio.

La mirada se me va hacia el teléfono y noto la luz intermitente en la base del aparato. Me acerco y me doy cuenta que el teléfono está fuera de lugar. *“Debo haberlo colgado mal después de haber hablado con Horacio”*, digo a mí misma, *¡Por eso no me devolvió la llamada!”*.

Me vuelve a la mente el mensaje en alemán y levanto la mirada hacia la hoja en el fondo del porche. Aún sigue allí, en el suelo, cerca del jarrón. Tal vez fue justamente Magdalena que me lo envió. Pero, a diferencia de antes, no tengo más ninguna curiosidad, ni estoy interesada en lo que Horacio pudiera remitirme. Como si de repente, el orgullo por lo que hice se hubiera reanimado. Y aunque ese mensaje fuera un reproche, de cualquier tipo, no podría de todas maneras hacer mella en mi convicción de haber actuado por una justa causa.

Por lo tanto, no me considero una vieja estúpida en busca de nuevas *paillettes* para iluminar la avenida de la puesta de sol, pero dejé la entrevista sólo para el sentido de justicia que siempre me perteneció. Lo hice también por un sentido de deber hacia los jóvenes, como mi nieta, para que puedan vivir en un mundo mejor.

Indice

La noticia	9
El caso Tomasi	17
Detalles	31
Un raro cumpleaños	39
Visida programada	57
Post-it	75
El móvil	95
Kristallnacht	105
Fuga de la indiferencia	117
Sin previo aviso, un desconocido	133
Viaje en tercera clase	143
La cosa justa	151